TERROR EXTRA

Selección TERROR extra

BOLSILIBROS



GRITOS Y ALARIDOS

Burton Hare

Él se llenó de su imagen. La muchacha sonrió.

Él se encogió de hombros. De repente vio su propia imagen reflejada en el espejo que había a espaldas de Jenny y se puso tenso como un cable.

Una vez más el terror enturbió sus ojos. La muchacha lo advirtió.

Él deslizó los dedos entre sus cabellos blancos.



Burton Hare

Gritos y alaridos

Bolsilibros: Selección Terror extra - 15

ePub r1.0
xico_weno 28.11.17

Título original: *Gritos y alaridos*
Burton Hare, 1983
Ilustraciones: Enrique Martín

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




Selección
TERROR
extra

Capítulo primero

EL día anterior había llovido, pero el sol de la mañana secaba las hojas de los árboles y les arrancaba brillos de esmeralda.

El jardín del sanatorio, bajo el sol, resplandecía de luz y color.

Se abrió la puerta del gran porche sostenido por gruesas columnas y el hombre apareció allí, como perdido, mirando con ojos tensos el estallido de color de las plantas.

Tras él surgió una enfermera alta, de bonita cara y grandes ojos azules. El uniforme verde no lograba ni con mucho disimular la pujante belleza de su cuerpo joven.

—Es un día espléndido para salir de aquí, Mils —comentó. El hombre no la miró. Parecía tenso y, aunque sus años no eran muchos, tenía el cabello casi completamente blanco.

La hermosa enfermera sabía que el hombre contaba treinta y tres años.

—¿No te alegras?

Él se encogió de hombros.

—No.

Tenía una voz baja, cauta.

—Deberías estar satisfecho, contento por salir. Estás fuerte y sano, eres joven y posees bastante dinero. Todo eso es algo bueno, Mils.

Él ladeó la cabeza y la miró por primera vez. La enfermera descubrió la tensión y el miedo en sus ojos.

—Tú nunca creíste que yo estuviera loco…

—Y sigo sin creerlo.

—Si no estoy loco, y he contado toda la historia, ¿qué piensas realmente de mí?

—No lo sé. Tal vez sufrieras un trastorno pasajero, algo que te hizo sufrir una pesadilla y luego tú la adoptaste como parte vital de tu propia realidad. No soy psiquiatra, Mils, sólo una enfermera

recién diplomada, pero sé muy bien que el cerebro humano es un mundo todavía desconocido para la ciencia.

—¿Creíste por lo menos lo que conté?

—Pienso que tú «crees» que lo viviste.

—Entonces, estoy loco.

Ella sacudió la cabeza y una sonrisa aleteó en sus labios gordezuelos y rojos.

—No, Mils. No estás más loco que yo o que cualquier otro.

Mils Banon desvió la mirada y volvió a pasearla por el jardín.

Junto a él, la enfermera deslizó los dedos en su mano y apretó.

—Te echaré de menos —dijo en un murmullo.

—Y yo a ti. Ha sido bueno amarte… amarnos todos estos meses.

—Si te quedas en Norfolk seguiremos viéndonos a menudo, hasta decidir qué debemos hacer. Hasta que yo esté segura de mí misma.

Él sacudió la cabeza. Su mirada tensa se ensombreció.

—No voy a quedarme.

—¿Por qué? Tienes medios para vivir donde se te antoje.

—He de volver, Jenny.

Ella se envaró.

—¿Volver?

—Debo volver allí, aunque sólo sea para encontrarme a mí mismo. Para volver a sentirme enteramente un ser humano, cuerdo y equilibrado. ¿Sabes? A veces pienso que todo aquello fue realmente una pesadilla.

—¡Y lo fue! Una pesadilla terrible, por supuesto, pero una pesadilla irreal al fin de al cabo.

Mils sacudió la cabeza. De nuevo, el miedo dominó sus sentimientos y asomó a su mirada.

—No —dijo con desaliento—. Fue una realidad. Por eso he de volver… para salir de dudas de una vez por todas.

La enfermera apretó los dedos y sintió en ellos el leve temblor de la mano de él.

—El doctor te aconsejó olvidarlo todo, alejarte lo más posible de lo que fuere te trajo aquí. Y no conseguirás nada de eso si regresas. ¿Qué esperas encontrar allí?

—Quizá mi propia personalidad, el respeto a mí mismo… la seguridad de que aún vale la pena seguir viviendo.

—¿Y esperas hallar esto en un pueblo que, según todas las noticias, no es más que un pueblo fantasma? ¿Un lugar abandonado por sus habitantes, como muchos otros?

Sin inflexiones en la voz cauta, Mils Banon murmuró:

—No importa. Volveré.

—Y no encontrarás a nadie.

Se encogió de hombros sin replicar. Ella insistió:

—¿Qué harás entonces?

—No lo sé. Te juro que quisiera saber qué voy a hacer. Pero no lo sé…

—Entonces, no vayas. Te repito que perderás el tiempo y lo único que conseguirás será atormentarte, quizás incluso afianzarte más en ese absurdo, porque un pueblo abandonado, desierto y en ruinas debe ser un espectáculo deprimente.

—No ha pasado suficiente tiempo para que esté en ruinas.

—Es igual. No puede hacerte ningún bien.

Tras un silencio, y sin mirarla, Mils murmuró:

—¿Por qué no te vienes conmigo?

Ella dio un respingo.

—¿Para qué? Desengáñate, Mils, si de verdad quieres librarte de esta obsesión, mi compañía no te servirá de nada.

—Haría sentirme más seguro…

Jenny le miraba con una profunda ternura asomándole a los ojos. De pronto dijo:

—Si yo fuera contigo a ese maldito pueblo, ¿me prometes volver inmediatamente, tan pronto hayas comprobado que está desierto, que no existe nada allí?

Él titubeó.

—No debí pedírtelo, lo siento.

—Dime, ¿regresarías conmigo tan pronto…?

—No puedo prometerlo, Jenny.

Ella soltó su mano y apartándose de Mils fue a apoyarse en la balaustrada.

Desde donde estaba, él podía admirar la grácil curva de su cintura, la firmeza de sus caderas, y las largas piernas. Era toda una belleza y él supo que no tenía derecho a pedirle que se arriesgara con él. Ni por él.

—Olvídalo, Jenny. Fue una tontería hablar de eso.

—Iré contigo —dijo sin vacilar.

—No.

Ella se volvió enfrentándosele.

—Antes me pediste que te acompañara…

—Estaba aturdido, asustado. Pero ya murió una mujer por estar a mi lado. No quiero arriesgarte a ti.

—¡No hay ningún riesgo, Mils! Por lo menos, ninguno que yo no acepte voluntariamente.

Se miraron largamente, Mils susurró:

—¿Por qué, Jenny?

—Porque te quiero, porque ha sido hermoso amarnos y gozar juntos todo este tiempo, y porque si yo estoy a tu lado estoy segura de que regresarás conmigo.

—¿Y si… si eso…?

—¡No! Olvídalo, Mils. No existe nada de eso fuera de tu pesadilla.

—Supón que exista.

—¡No!

Él la sujetó por los brazos mirándola fijamente.

—Acéptalo por una vez. Piensa que es cierto, Jenny, y que el terror está allí, agazapado, esperando… ¿Vendrías conmigo?

—Sí, Mils.

La soltó refunfuñando entre dientes. Esta vez fue él quien se apartó de la muchacha y fue a acodarse sobre la balaustrada de piedra.

—Ojalá no te lo hubiese pedido. No debí hablarte de eso.

—Ya es tarde para que puedas borrar lo que hemos hablado. Sólo dime cuándo partimos, para que pueda pedir un permiso y arreglar los turnos con mis compañeras.

Mils miró al cielo, de un azul limpio y profundo. A los grades árboles, al sol…

—Mañana —dijo en un murmullo.

—Está bien.

La vio penetrar en la clínica, y al estar solo hubiera querido borrar todo lo que anidaba en su cerebro, todas las imágenes de terror y pesadillas.

Y, sobre todo, hubiera querido anular ese absurdo compromiso adquirido inesperadamente con Jenny. Pensó que aún había tiempo.

Sólo tenía que desistir de su propósito, no volver al origen del mal.

Permaneció inmóvil mucho tiempo, mirando sin ver el jardín. Veía las imágenes que se repetían en su mente como en una película a cámara lenta, terroríficas, horrendas, devolviéndole a la sangre y a la vesania.

Tenía que olvidar.

Arrojarlas de sí.

Instintivamente, apenas sin darse cuenta, descargó un puñetazo contra la columna más próxima. Sintió un dolor agudo en los nudillos, algo como un trallazo que le recorrió semejante a una corriente eléctrica.

Gotas de sangre surgieron allí donde la piel se había desgarrado. El dolor fue algo bueno, porque le hizo sentirse vivo y capaz de sentir todavía.

Descendió los escalones y caminó por el jardín desierto. El sol calentaba la tierra y al secarla de la lluvia se alzaba un olor sano y vital que le envolvía.

Acabó sentándose en un banco pintado de blanco, y echando la cabeza atrás cerró los ojos.

Tal vez fuera cierto que todo fuera una pesadilla, pero si sólo era eso, ¿dónde estaba Merry Lou? Si todo era producto de su imaginación desbordada, ¿por qué «veía» con tanta claridad, con tanto detalle, el cuerpo desgarrado de Merry Lou?

No pudo contener un débil quejido. Luchó por librarse de las imágenes que su mente evocaba, aquello que no le había abandonado desde entonces, día y noche, tenazmente agarrado a su imaginación.

Y si todo era una complicada pesadilla, entonces Merry Lou tampoco había existido…

Se irguió, súbitamente alerta. Ella había existido, se habían amado como dos adolescentes, locos de deseo. La había poseído hasta el delirio, y eso no era producto de ninguna pesadilla.

Así que la muchacha había existido, había formado parte de su propia existencia. Había sido un ser real.

En consecuencia, todo lo demás relacionado con Merry Lou también era real, no cabía ninguna duda.

El miedo culebreó por sus nervios una vez más. Abrió los ojos, espantado, temiendo que a su alrededor surgieran nuevamente los

monstruos de su cerebro.

No había monstruos en el jardín. Todo respiraba paz y sosiego.

En el porche apareció Jenny. La vio detenerse un instante, hasta que le localizó. Con una esplendorosa sonrisa, la enfermera se dirigió hacia él con paso vivo.

—Todo arreglado —anunció—. He conseguido un permiso de tres días.

Él la miró, llenándose de su hermosa presencia. Sacudió la cabeza.

—Olvídalo —dijo con voz ronca—. No voy a volver allí.

Jenny enarcó las cejas.

—Cambias de idea con mucha facilidad. ¿Qué te ha hecho desistir?

Él desvió la mirada.

—Tú tenías razón —mintió—. No servirá de nada.

—Creo que lo único que pretendes es dejarme de lado, querido. No tendrás la descabellada idea de irte solo…

—No.

—Entonces, ¿qué ocurre?

Él tendió las manos y ella dejó que le apresara las suyas. Notó la frialdad de sus dedos y el leve temblor. Y vio también la sangre en los nudillos. Iba a interrogarle respecto a esa sangre cuando él murmuró:

—Tengo miedo.

La sencilla confesión hizo que ella arrugara el ceño.

—¿Ésa es la única razón?

—No, pero es la más importante. No volveré allí nunca más, y menos contigo.

—De ese modo quizá vivas tranquilo, pero temo que no haces nada para alejar de ti la pesadilla, Mils.

—Jenny, no fue una pesadilla, lo sé, estoy absolutamente seguro. Así que no iremos a ese infierno.

—¿Y qué hago yo ahora con mi permiso?

Mils trató de sonreír. Sólo consiguió una extraña mueca.

—Tómalo. Tres días en cualquier playa pueden ser algo bueno.

—Sin duda. Y esa sangre, ¿qué te ha pasado en los nudillos?

—Pegué un puñetazo a mi pesadilla, nada más.

—¿Y era tan sólida que te los despellejó?

—Tan sólida como una columna de piedra. Ven…

Tiró de ella hasta que la muchacha se dejó caer sentada a su lado. Le rodeó la cintura con los brazos, sintiendo el calor del cuerpo en las manos y el palpitar vital de la piel en la suya.

—Te necesito —murmuró.

Ella asintió en silencio. Sus labios se abrieron y él los besó desesperadamente.

Al fundirse sus alientos y deseos en el beso interminable, deseó que igualmente se fundieran sus recuerdos, el miedo y el terror.

Sólo que eso era más difícil.

Capítulo II

HABÍAN alquilado un pequeño *bungalow* sobre la playa, perteneciente a un motel escasamente concurrido. El primer día de estancia en él habían nadado, hecho el amor y perdido horas tumbados al sol, apenas sin pronunciar una palabra.

De cualquier modo, el hombre no hablaba mucho. Jenny le observaba con disimulo. Su rostro siempre parecía sobrio, y sus ojos luchaban inútilmente para ocultar el miedo que seguía anidando en su interior.

Sin embargo la soledad de aquel paraje era algo bueno. Durante el segundo día ella captó el leve cambio operado en el hombre. Continuaba sombrío, pero sus ojos parecían haberse llenado de la azul intensidad del mar y eran más serenos. Por lo demás, no llegaban periódicos ni revistas, y el televisor de la cabaña era tan viejo que las imágenes aparecían confusas y borrosas, de modo que una vez comprobaron su mal estado, ya no volvieron a conectarlo, lo que contribuía a aislarlos todavía más.

El sol iniciaba su marcha hacia el ocaso y ellos seguían acostados sobre la arena, oyendo el chapoteo de las olas en su incesante ir y venir. De vez en cuando, el graznido de una gaviota, rompía el silencio y la muchacha pensaba en cuánto la necesitaba él, y el amor que sentía crecer dentro de ella cuanto más convivía con Mils en medio de la soledad.

De pronto, él dijo:

—Te quiero, Jenny.

Sorprendida, ladeó la cabeza. Le vio inmóvil, los ojos cerrados con los párpados apretados obstinadamente.

—Y yo a ti, Mils —murmuró—. Si no sintiera amor por ti no estaría a tu lado.

—¿Te casarías conmigo si te lo pidiera?

—¡Mils!

—Dime…

Ella sonrió, mirándole.

—Haces las preguntas más sorprendentes en los momentos más inesperados.

—Eso equivale a una negativa.

—Mírame, abre los ojos y mírame, Mils.

Él parpadeó. El sol era un resplandor rojizo pronto a desaparecer más allá del horizonte.

Vio la sonrisa de la muchacha, y el amor en sus ojos profundos y cálidos.

—No me importa casarme contigo —dijo ella—. Pero antes querría estar segura de que tú lo deseabas realmente.

—¿Qué quieres decir?

—Que quizás exista en ti otro sentimiento que te impulsa a desear casarte conmigo.

—No sé de qué estás hablando.

—Por ejemplo, tal vez sientas gratitud. O yo signifique para ti seguridad. Todo eso es bueno, pero no es amor, Mils. No el amor que yo deseo en el hombre que se case conmigo.

—Entiendo.

—Te dije en el sanatorio que necesitaba un poco de tiempo para estar segura de mí misma. Sigo diciendo lo mismo, sólo que tú también debes buscar esa seguridad en ti mismo, hasta comprobar tus sentimientos sin ningún género de dudas.

—Tienes razón. Espero que con el tiempo pueda volver a sentirme seguro…

—Busca un lugar donde sentar raíces, trabaja otra vez, deja que la pintura te absorba, entrégate a ella de nuevo. Eras un excelente pintor y las galerías se disputaban tus obras. Vuelve al trabajo, donde sea. Y, entre tanto, ámame. Nunca me olvides, porque yo te quiero.

—No podría olvidarte aunque lo quisiera… como no puedo olvidar lo otro. Eso es lo que me atormenta precisamente, el maldito recuerdo que no cesa… las imágenes en mi mente, todo lo que vi.

Ella se deslizó casi sobre él, llenándole la boca de besos y de deseo.

—¡No, Mils, no pienses en eso! Destierra el miedo, alejándolo de

ti. Tienes que repetirte una y otra vez que no existe, que tienes que vivir y que yo estoy a tu lado. Lucha contra ese temor insano que aún te persigue. Sólo si luchas vencerás y eso es algo que tú sabes tan bien como yo.

—Ayúdame.

Fue una palabra susurrada, pero que a Jenny le sonó como una llamada de socorro, una súplica llena de desaliento.

Tiró de él y le obligó a levantarse.

Caminaron enlazados por la cintura hacia el *bungalow*, mientras las sombras del crepúsculo se extendían sobre la tierra. Era la hora más incierta, porque de las sombras brotaban los monstruos y las pesadillas, y ella lo sabía.

Jenny cerró la puerta. En el dormitorio se quitó el bañador sin inhibición alguna, con gesto natural y tranquilo. Su cuerpo resplandeció en la penumbra. Tenía unos pechos breves, agudos, firmes, y los pezones resaltaban tensos y excitados.

Él se llenó de su imagen. La muchacha sonrió:

—¿Qué quieres hacer primero, cenar, amarnos?

Él se encogió de hombros. De repente vio su propia imagen reflejada en el espejo que había a espaldas de Jenny y se puso tenso como un cable.

Una vez más el terror enturbió sus ojos. La muchacha lo advirtió y dijo con voz ahogada:

—¡Mils! ¿Qué…?

Él deslizó los dedos entre sus cabellos blancos.

—Mi cabello era negro, Jenny… completamente negro hace sólo unos meses, antes de… antes de…

—¡Basta! Te estás haciendo daño a ti mismo conscientemente, como un masoquista, ¿no lo comprendes?

—No puedo evitarlo. ¡Condenación! Es superior a mí, no importa que lo intente… no importa nada, ni siquiera tu hermoso cuerpo desnudo como la diosa de la tentación. Eso siempre vuelve. Siempre volverá.

Jenny le rodeó el cuello con sus brazos. Sus labios temblaban, y su cuerpo se estremecía al apretarlo contra los duros músculos de él. Con voz rota suplicó:

—¡Por favor, por favor, Mils, aléjalo de ti!

La besó con ternura. Absorbió sus labios y bebió su aliento en

una caricia infinita y tierna que les colmaba de placer, de ternura y bienestar.

Sin despegar la boca de sus labios, Jenny musitó:

—Ahora, ¿quieres?

—Sí.

Se desplomaron sobre la cama enlazados, besándose llenos de amor y de deseo.

Pero las sombras de la noche siguieron albergando el terror de la pesadilla…

Horas más tarde, ella le oyó gritar en sueños y vio que arrojaba las sábanas al suelo. Tomó amorosamente su cabeza en sus manos y la apoyó sobre sus pechos desnudos, infundiéndole calor, seguridad y paz.

Él continuó dormido y ya no gritó más esa noche.

* * *

El tercer y último día amaneció radiante de sol y de calor. Desayunaron en silencio, conscientes de que la paz a esa soledad tocaba a su fin, y después corrieron a la playa.

Nadaron hasta agotarse y después se tendieron en la arena, viendo sobre ellos la inmensidad azul de un firmamento limpio y brillante, y el vuelo errático de las gaviotas, y un alcotán que planeaba en la lejanía como una chispa de luz cambiante y viva.

Ella dijo de pronto:

—Me gustaría quedarme aquí para siempre, Mils.

—¿De veras?

—Contigo.

—Sería algo muy hermoso. Tú y yo, solos para siempre.

—Podemos conseguirlo si nos lo proponemos.

—Habría que comprar la cabaña. ¿Quieres que la compre?

—No te la… es parte del motel. En serio, cariño. Podemos encontrar otro lugar semejante, tan bello y tranquilo como éste si nos empeñamos en buscarlo.

Mils se incorporó apoyándose sobre un codo. Su mirada se llenó con la imagen de Jenny tendida confiadamente a su lado.

Estuvo observándola un buen rato, hasta que ella estalló:

—Bueno, ¿qué pasa, es que nunca antes me habías visto?

—Pensaba…

—¿En qué?

—En que te mereces una vida mejor de la que yo podría ofrecerte.

—¡Mils! ¿De qué estás hablando?

—Lo sabes perfectamente. Tu vida no sería muy tranquila al lado de un hombre lleno de miedo, de pesadillas y terrores. Incluso, quizá con el tiempo llegases a tener miedo de mí.

—¡Mils!

—Es una posibilidad. Conoces todos los detalles de mi historial clínico.

—No te permito que hables de ese modo. ¿Tan poco confías en mí?

—En quien no confío es en mí mismo, Jenny.

—Ésa es la dificultad principal que tienes que vencer si quieres volver a vivir en paz contigo mismo. Debes confiar en ti, en mí, en los demás.

—Por lo menos, puedes estar segura de que lo intentaré.

Quedaron callados, dejando morir el tiempo lentamente. Poco a poco, la quietud, el rumor del mar, la laxitud provocada por el calor les adormeció y cuando despertaron era muy tarde y él propuso comer en el restaurante del motel y volver a la playa por la tarde, para apurar aquellas últimas horas de intimidad.

Las apuraron tanto que la noche les sorprendió nadando y jugando como chiquillos. Corrieron por la arena hacia el *bungalow* y, a pesar de las sombras, la pesadilla parecía vencida y no existían temores ni miedos ocultos.

Jenny se despojó del empapado bañador, sacudiendo la cabellera y salpicando en torno, haciendo que él se apartara de un salto y protestara con alegría.

Después se quedó mirándola y dejó de reír, quizá subyugado una vez más por la rotunda belleza de la mujer, de sus redondas caderas que eran un hermoso marco a la negra sombra del pubis. O por las largas piernas que sostenían aquella escultura viviente.

Poco a poco, ella retrocedió dejándose caer sobre el lecho. Tendió los brazos y sonrió.

—Ven si me deseas, pero deja de mirarme de ese modo o me saldrán ampollas en la piel.

Mils fue hacia ella y la rodeó con sus brazos, acariciando aquella piel tan suave como el terciopelo, de la que se desprendía una

cálida fragancia que penetraba hasta el fondo de sus sentidos.

Jenny contuvo el aliento, apretándose contra él llena de delicia. Las manos del hombre la acariciaban como las de un artista moldeando su obra, una obra hecha de deseo y de ternura.

—Te amo…

Sus palabras se diluyeron en el aliento que quemaba su boca. Nunca supo si él las había captado o no, pero mental mente las repetía una y otra vez, al tiempo que notaba el fluir de una corriente de fuego en sus arterias, en todo su cuerpo tenso, derramándose amorosamente como un torrente que se desbordaba con el placer y el amor.

Después, cuando Mils se deslizó dentro de ella dulcemente, fue igual que si algo estallara. Igual que una llamarada que ardiera en sus entrañas. Se abandonó con un leve quejido, sus uñas se hundieron en la poderosa espalda de él y ya no hubo más terrores, ni sombra alguna se interpuso en ese universo de plenitud en el que se sentía total y absolutamente feliz.

Quizá porque era un universo hecho de amor y de ternura.

El otro, el que albergaba el terror y la sangre, quedaba lejos, perdido en el tiempo.

Para ella, pero no para él.

Aquella noche, Mils despertó bañado en sudor frío. Abrió los ojos y los sumergió en las tinieblas del cuarto. Había rostros que le acechaban en las sombras, girando y buscándole, como difuminados por la niebla del subconsciente. Estuvo a punto de gritar y sólo la cálida proximidad del cuerpo relajado de la muchacha le calmó, dominándose.

Luchó desesperadamente contra el miedo, contra las imágenes que le acechaban, contra todo lo que se agazapaba en su cerebro devolviéndole al escenario del terror y de la muerte del que nunca podría escapar.

A menos que ella le ayudara.

Sólo Jenny tenía el poder de librarle de sus pesadillas.

Si la perdía no habría salvación.

Sabía que tendría que volver.

Capítulo III

DESDE hacía meses era el primer día que pasaba completamente solo. Jenny había vuelto al sanatorio, a su trabajo, dejándole abandonado a sus propios recursos como una prueba final antes de aportar una determinación respecto al futuro de los dos.

Y ese primer día no estaba resultando un éxito precisamente. Había vagado sin rumbo durante dos horas por las calles de Norfolk, distrayéndose aquí y allá con los artículos expuestos en los escaparates, o deteniéndose ante los cines y sus llamativos carteles; una vez estuvo a punto de buscar un periódico cualquiera de los que se editaban en el distrito de Newborough, pero el solo recuerdo de ese nombre ponía repeluznos en su piel y había desistido.

No recordaba siquiera en qué lugar había comido, para lanzarse después a las calles, buscando la proximidad de las gentes, el movimiento de la multitud, porque en medio del ir y venir de tantos hombres y mujeres sentíase seguro, amparado.

Al caer la noche buscó un hotel y tomó una habitación, pagándola por adelantado porque no llevaba equipaje. Encendió todas las luces del cuarto, dio un vistazo por la ventana y, luego, desolado, miró en torno sintiendo la garra de la angustia atenazarle el corazón.

Estaba solo.

Se quitó la chaqueta y los zapatos y, tendiéndose sobre la cama, permaneció inmóvil, los ojos asustados fijos en el blanco techo de estuco.

Se forzó a pensar única y exclusivamente en Jenny. En el bellísimo rostro de Jenny, en su cuerpo lleno de amor y de deseo, en sus labios, en sus caricias y quejas de placer cuando se entregaban uno al otro…

Así quemó una hora y otra, aferrado al recuerdo de la muchacha como un náufrago a la tabla de salvación.

Y, al fin, de modo insensible, se quedó dormido.

En la negra laguna del sueño empezaron a agitarse todas las fuerzas del mal. Los monstruos surgieron de la oscura nebulosa que unía la vigilia y el sueño, oscilaron, confusos; rostros sin forma aún, sólo insinuaciones de lo que una vez vieran sus ojos conscientes.

Luego, blancos, casi transparentes, los rostros cobraron identidad y ya podía reconocerlos, podía adjudicarles nombres y apellidos, relacionarlos entre sí…

Pete Hascomb, que era el propietario de la cantina de Savin Road. Blanco, de ojos muertos, y Beale, que había entrado en el tugurio mientras él, Mils, permanecía semiinconsciente tirado en un rincón. Y Pete Hascomb que rodeaba el mostrador, y Beale que empezaba a gritar…

Y luego la sangre…

Los rostros, sólidos ahora, giraban en un creciente torbellino. Ya no eran tan blancos, porque algunos estaban manchados de sangre de inocentes.

Y, después, las garras.

Se tendían, rígidas, engarfiadas, tratando de atraparlo. Estaban todos allí, y otros que nunca había visto. Y los cuerpos desgarrados surgían como flotando en la oscuridad de la nada, con sus miembros arrancados, carcomidos o rotos.

Se despertó aullando de angustia y horror, y en los primeros instantes no captó siquiera la luz encendida, ni las paredes blancas. Aún se debatió con la pesadilla sentado en la cama, y después, poco a poco, comprendió y se le llenaron los ojos de lágrimas, que en vano intentaron desalojar el miedo que anidaba en las pupilas desorbitadas.

Se cubrió la cara con las manos y silenciosamente, en un grito sin voz, llamó a Jenny y a la esperanza, y supo que estaba solo y que ya nunca más nadie le acompañaría excepto los monstruos de su recuerdo. No volvió a dormir en el resto de la noche, limitándose a permanecer enroscado sobre la cama, como un gusano, sin voluntad, sin siquiera ansias de vivir. Era sólo un cuerpo sin alma, porque tal vez el alma se hubiera perdido meses atrás en el sangriento escenario de Newborough.

A la mañana siguiente, macilento, débil y asustado, volvió a la calle, buscando el valor necesario para tomar una determinación.

Se detuvo frente a un puesto de revistas y periódicos. Entre la variedad de cabeceras una saltó a su mirada como llamándole, como un desafío.

The tribune, de Newport.

Su mano lo arrancó del expositor. Rebuscó en los bolsillos. No llevaba monedas. Encontró un dólar y lo tendió a la mujerona que cuidaba del puesto. Echó a andar como si le persiguieran.

La mujer vociferó:

—¡Eh, usted, el cambio!

Él no la oyó. Dobló la esquina y allí se detuvo. El corazón le golpeaba en el pecho dolorosamente y respiraba como si le faltara el aliento.

Desplegó el periódico y pasó la mirada por las cabeceras.

No encontró nada que se relacionara con el terror en la primera página, ni en la segunda, ni en las siguientes.

Iba a tirarlo, cuando el nombre saltó a sus ojos como un golpe:

Newborough.

Se estremeció.

Allí estaba.

Leyó el breve artículo en el que se mencionaba el nombre en la cabecera. No había mucho. Una pareja de jóvenes había desaparecido en la zona de Newborough. Se había encontrado el coche abandonado en la carretera, pero ni rastro de los jóvenes. Se suponía que, desconocedores de la región o quizás atraídos por el pueblo desierto y abandonado, se habían extraviado por los cercanos bosques y pantanos. La policía organizaba su búsqueda.

—Nunca los encontrarán —masculló en voz alta.

Sobresaltado, miró en torno temeroso de que alguien le hubiera oído.

Tiró el periódico y echó a andar.

De modo que la pesadilla continuaba.

Aquello seguía allí, agazapado, esperando.

Caminó y caminó con la mente convertida en un caos. Pensó en regresar al sanatorio y contárselo a Jenny, para demostrarle que él tenía razón, y demostrárselo a los incrédulos siquiatras que le habían tratado.

Sólo que nada de eso serviría de mucho. No necesitaba convencerles a ellos. Necesitaba estar seguro «él». Nadie más.

Y él no dudaba.

Ya no.

Así fue como supo que tenía que volver.

Porque si había alguien que pudiera acabar con la pesadilla era él.

Nadie más.

Porque él «sabía».

Capítulo IV

CONDUCÍA con cautela, a velocidad prudencial, sin importarle que le adelantasen hasta los camiones más pesados. No se fiaba aún de sus reacciones al volante después de tanto tiempo de inactividad.

O quizá no tenía ninguna prisa por llegar.

Tal vez no deseaba llegar.

Los campos se extendían como un mar pardo hasta donde alcanzaba la vista hacia el oeste. Sin embargo, en el este, había montes cubiertos de bosques, y algún que otro pueblo encaramado a la ladera como si se aferrara a su pasado.

Un coche reluciente, descapotable, ocupado por una pareja, le adelantó como una centella. La larga cabellera rubia de la mujer ondeaba al viento como una bandera desafiante. Lo vio perderse en la lejanía y envidió al hombre que lo conducía.

Las montañas se hicieron más altas a medida que devoraba millas de carretera, y los bosques de pinos y abetos azules más compactos. Calculó que en menos de media hora entraría en Newport, y luego ya sólo quedaría media hora más de carretera serpenteante entre bosques para llegar… para llegar…

Se resistía incluso a mentalizar el nombre del lugar. Habría sido una gran cosa no haberlo oído nunca, no haber pisado jamás sus calles ni conocido a sus gentes, ni a Merry Lou…

Newport apareció al salir de una amplia curva. Redujo todavía más la velocidad y penetró en la pequeña ciudad, mirando en torno con ojos curiosos.

Se adentró en la calle principal. Las aceras estaban repletas de tiendas y la gente se agolpaba en los escaparates.

Encontró un lugar donde meter el coche y lo estacionó. Parado en mitad de la acera miró arriba y abajo. Cuando echó a andar, el rostro sombrío y la mirada perdida ante sí, sabía ya lo que necesitaba.

Vio una armería y tienda de deportes en una esquina y entró resueltamente.

No había clientes, sólo un hombre viejo al otro lado del mostrador, que apenas si levantó la mirada del periódico que estaba leyendo.

Mils gruñó:

—Quiero comprar una escopeta de caza.

Eso interesó al viejo. Tiró el periódico y se puso de pie.

—¿Qué clase de escopeta, amigo?

—Cualquiera que sea segura.

—Todas lo son. ¿Quiere una repetidora? Las tengo a buen precio y son muy rápidas y seguras.

—¿Qué cuestan?

—Alrededor de doscientos cincuenta dólares. Quince más si quiere el estuche.

—No necesito estuche, y me parece mucho dinero.

—¿Cuánto había pensado gastar?

Mils titubeó. No tenía la menor idea.

—Es igual —refunfuñó—. Veamos esas de doscientas cincuenta.

El hombre se frotó las manos y fue en busca del arma.

Mils la sostuvo unos instantes. Era un rifle de caza de gran calibre. El tendero dijo:

—Puede cargar doce cartuchos y dispararlos con la velocidad de una pistola automática. Por poco que sepa manejarla, no puede fallar.

Mils pensó que, ciertamente, era un arma de un aspecto terrible.

—Deme cartuchos. Dos o tres cajas, no importa.

El hombre colocó tres pesadas cajas de cartuchos sobre el mostrador. Buscó una bolsa de plástico y las metió dentro. Entonces empezó a explicar cómo se desmontaba el arma, cómo se limpiaba y lo que era preciso hacer si alguna vez llegara a encasquillarse.

Mils le cortó con un ademán. Dijo:

—No voy a desmontarla ni limpiarla, me parece. En realidad, amigo, no creo que salga de caza más de una vez.

Pagó el importe de la compra, tomó la bolsa y el pesado rifle, y regresó al coche ante la mirada atónita del tendero.

Tiró la escopeta y los cartuchos en el portaequipajes y volvió a cerrarlo. Miró al cielo, donde la luz del sol palidecía, y con un

gruñido de disgusto condujo hacia un pequeño hotel que recordaba haber visto a la entrada de la ciudad.

Desde la ventana de la habitación veía los montes y los bosques, y un corto tramo de la carretera que habría de recorrer a la mañana siguiente.

Pero eso sería por la mañana.

Por nada del mundo quería llegar de noche a Newborough.

Los densos bosques, oscuros y profundos, ocultaban en su entraña el misterio de lo que no tenía explicación. Con la mirada vagando por encima de ellos, y sin saber lo que él sabía, uno podía imaginar jornadas campestres llenas de paz, aire puro y salud.

Mirándolos desde la ventana del hotel, Mils no imaginaba nada de eso. Y mientras estaba observándolos con ojos inquietos, las sombras los convirtieron en una profunda mancha oscura que, poco a poco, se fundió con las tinieblas de la noche hasta desaparecer.

Cerró la ventana y se restregó las manos lleno de inquietud y de incertidumbre. Con la oscuridad llegaban una vez más los monstruos agazapados en el recuerdo.

Encendió las luces de la habitación. Se detuvo un instante junto al teléfono luchando con la tentación de llamar a Jenny y contarle su decisión, su miedo también. Pero el temor a que aquélla cometiera la locura de querer estar a su lado le obligó a desistir.

Bajó al pequeño comedor del hotel y cenó sin apetito. No había más que cinco o seis comensales y el rumor de su parloteo despreocupado le envolvió pronto, infundiéndole cierta sensación de seguridad.

Después de la cena se quedó en la mesa, fumando un cigarrillo y apurando la impersonal compañía de aquellos hombres y mujeres que, sin conocerles, eran un nexo de unión con la cordura, con la normalidad, con el mundo tranquilo y pacífico al que él, sin proponérselo, había renunciado.

El camarero era un hombre viejo, jovial, con la cara tostada por el sol de la montaña. Sus ojos tenían la vivacidad de los de alguien mucho más joven. Limpió la mesa de Mils y comentó:

—No le había, visto nunca antes por aquí, señor Banon. ¿Va a quedarse mucho tiempo?

Él le miró, casi agradecido de que alguien le dirigiera la palabra.

—No… no creo.

—Ésta es la mejor época del año, se lo digo yo. Los turistas, los cazadores, los jovenzuelos con ganas de jarana, todos se han marchado dejándonos disfrutar de una temperatura espléndida y una tranquilidad que no la encontrará usted en ninguna otra parte.

Mils sonrió.

—Deberían nombrarle a usted delegado de turismo, amigo.

El camarero se echó a reír.

—Eso me convendría —cacareó—. Por el sueldo, ¿sabe usted? Pero es cierto que no hay mejor tiempo que éste en nuestra región. Si se quedase usted lo comprobaría por sí mismo.

Mils titubeó antes de hablar. Luego, cautelosamente, dijo:

—Quiero visitar ese pueblo abandonado… Newborough.

Su voz tembló ligeramente al pronunciar el nombre.

El camarero enarcó las cejas.

—Mucha gente ha ido por allí este verano. No hay nada. Aún no comprendo por qué todos marcharon tan repentinamente. Claro que es un lugar húmedo y sombrío, al borde de los pantanos del otro lado de la montaña, y que no había diversiones precisamente. Pero le digo que algo debió pasar para que decidieran largarse de repente… ¿Qué espera ver usted allí, señor Banon?

Él se estremeció.

—No lo sé… leí que había quedado desierto y se me ocurrió venir. Pensé en esos pueblos fantasmas del oeste y sentí curiosidad. De modo que mucha gente estuvo allí este verano, ¿no?

El camarero se encogió de hombros.

—Bueno, quizá decir mucha gente sea exagerado… algunos hicieron una excursión y luego comentaron la desolación que lo envolvía todo. Por cierto, hace sólo unos días, una pareja desapareció en los alrededores de Newborough…

Mils aguzó su interés. Ocultó que había leído el periódico y sólo exclamó:

—¡Caramba, eso es curioso!

—Esta mañana la policía pasó por aquí remolcando el coche que encontraron abandonado. Creo que lo han llevado al garaje de Spencer, en espera de que alguien lo reclame. Era un buen cacharro, ¿sabe? Un Buick descapotable último modelo.

Mils dejó pasar unos segundos y al fin indagó:

—¿Y la pareja?

—No los han encontrado. Los hombres del comisario dieron una batida, y la policía del estado envió un coche para ayudarles, pero no pudieron localizarlos.

—¿Qué creen que les ha sucedido?

El viejo se encogió de hombros.

—Cualquiera sabe. Tal vez se extraviaron en los pantanos, hay parajes allí muy peligrosos si no se conocen, aunque me gustaría saber qué maldita cosa se les había perdido en semejante lugar, si es que fueron a él.

Mils sentía un frío agudo y viscoso deslizándose por su espinazo. Desvió la mirada y se quedó contemplando las luces de la calle, más allá de los cristales del ventanal. A pesar de la hora, había aún movimiento en las aceras, añadió, como resistiéndose a dar por terminada la charla con el cliente:

—De cualquier modo, algo debe de haber pasado en ese agujero para que todo el mundo lo abandonara en tan poco tiempo.

—¿Qué piensa usted que sucedió?

—No tengo ni idea, pero en todo caso, nada bueno. Nada bueno, señor Banon.

Al fin se alejó entre las mesas meneando la cabeza. Mils le siguió con la mirada hasta verlo desaparecer más allá de una puerta batiente.

Encendió otro cigarrillo. Un matrimonio de mediana edad se levantó y salió del comedor.

Un hombre que había cenado solo y en silencio les siguió después, y sólo quedaron Mils y otros tres hombres sentados junto al ventanal, y que hablaban y reían despreocupadamente.

Diez minutos después, también ellos abandonaron el comedor y Mils quedó solo, De nuevo le invadió el desaliento y la incertidumbre.

El camarero no volvió a aparecer. Él se levantó a regañadientes. Subió a su habitación, cerró la puerta con llave, dejó las luces encendidas y se tendió sobre la cama.

No estaba dispuesto a sufrir otra pesadilla esa noche. No quería despertarse gritando, ni ver a los monstruos y las garras que se tendían en su busca. No quería ver el, en otro tiempo, amado cuerpo de Merry Lou, desgarrado y sangrante.

Quería vivir esa última noche en paz, aunque para ello tuviera

que pasarla en vela, sin pegar ojo hasta el alba.

Fumó un cigarrillo tras otro y venció al sueño.

Sin embargo, de vez en cuando, el humo de los cigarrillos, retorciéndose en el aire quieto de la habitación, tomaba formas sugeridoras de rostros insanos, muertos, hambrientos…

De este modo vio amanecer.

A pesar del arma, las zarpas descarnadas del miedo le arañaron el alma.

Capítulo V

MILS condujo por la serpenteante carretera que se encaramaba en la montaña, con los grandes árboles cerrándose sobre él y el coche. Tenía la ya conocida sensación de deslizarse por un fresco túnel de vegetación, umbrío y misterioso. Era la sensación que le invadiera la primera vez que pasó por el mismo camino, tantos meses atrás. Sólo que ahora esa sensación no tenía nada de placentera, sino que sugería algo siniestro agazapado entre los abetos, en el bosque, más allá del bosque…

Llegó a la cumbre y detuvo el coche. El paisaje era umbrío y hermoso, formando un valle inmenso y verde, al fondo del cual, más oscuros todavía, se ocultaban los pantanos y las ciénagas.

Allá abajo, casi cubiertos por la vegetación, descubrió algunos de los tejados de Newborough. La garra del miedo le atenazó y estuvo mirándolos una eternidad con todos sus sentidos concentrados en uno sólo: la vista.

Sin embargo, no eran más que cubiertas de unas casas que habían albergado hombres y mujeres que amaron, sufrieron, rieron y lloraron.

Y murieron.

Volvió al coche y por unos instantes estuvo tentado de dar media vuelta y huir. El zumbido del motor luchaba contra el susurro del viento entre los árboles, y eso era todo lo que captaban sus oídos.

Rechinó los dientes, lleno de ira contra sí mismo, y condujo resueltamente cuesta abajo. Los tejados desaparecieron y de nuevo se encontró sumergido en la densa fronda del bosque.

Al fin entró en el pueblo.

Redujo la velocidad como si quisiera obedecer el aviso que había junto al cartel de bienvenida.

Miraba en torno con sus ojos desorbitados. Las calles desiertas,

las tiendas cerradas. La farmacia, con el escaparate roto. El bar de Joe Harley, el Harley’s Club donde él y Merry Lou…

Las sillas estaban sobre las mesas, y a través de la cristalera de la fachada pudo ver las botellas aún en los anaqueles, cubiertas de polvo.

Dobló por North Street. En las casas, las ventanas estaban casi todas cerradas, y las que permanecían abiertas mostraban impúdicamente la intimidad de lo que, una vez, fueran hogares.

Algunas cortinas colgaban y se mecían a impulsos del aire, que las azotaba a través de los cristales rotos o los postigos abiertos.

Los jardines, abandonados, estaban siendo invadidos por las malas hierbas que ahogaban el césped, demasiado crecido y falto de riego.

El patio de la pequeña escuela, desolado y solitario, le produjo escalofríos. Los columpios se balanceaban como si el viento quisiera continuar jugando allí donde los chiquillos ya no podían hacerlo.

No existían chiquillos en Newborough.

Al fin avistó la pensión de Neil Parker, donde él había vivido. Detuvo el coche y se apeó, mirando en torno, a toda aquella desolación. Después se encaminó a la puerta y probó el tirador.

No estaba cerrada con llave y se abrió con un chirrido.

El penumbroso interior apareció ante su mirada espantada Retrocedió temblándole las piernas y una vez más escrutó los alrededores.

Tenían que estar en alguna parte, de eso estaba seguro. Quizá no salieran durante el día, o tal vez estuvieran ahítos…

Corrió hacia el coche y abrió el portaequipajes. Tomó el potente rifle de caza y abriendo la recámara introdujo los doce cartuchos de la carga completa. Eran cartuchos de grandes postas, y el peso del arma en las manos le tranquilizó en parte.

Con ella empuñada regresó a la pensión. Esta vez entró al húmedo y silencioso interior, y a pesar del rifle cargado, las zarpas descarnadas del miedo y los recuerdos le arañaron el alma.

Los escalones crujieron bajo sus pies. Recordó que siempre emitían la misma queja chirriante, y las promesas de Neil respecto a arreglarlos. Neil Parker había muerto antes de poder cumplirlas.

Se detuvo en el rellano y miró con ojos sombríos la puerta de su habitación. Sabía lo que le esperaba allí dentro. Empezó a temblar como un epiléptico y un amargo quejido escapó de su crispada garganta, pero al fin abrió la puerta.

Las cortinas estaban corridas y a través de ellas de filtraba la luz del día, mostrándole los detalles que habían permanecido fijos en su mente desde entonces, desde que… desde que…

Cerró los ojos un instante, para abrirlos después y escrutar lo que le rodeaba.

Había una antigua cómoda que había sido orgullo del viejo Neil. Una cama de hierro, ancha, grande. Dos sillas unos estantes con libros que aún le pertenecían.

Y el caballete, la tela, la caja con pinturas y la paleta abandonada, sobre la que los colores se habían secado. Paso a paso entró en la habitación. El caballete estaba colocado delante de la ventana, donde le diera más luz. Veía la parte posterior de la tela sujeta a él. Recordó que había tenido que ir a Newport para comprar una de ese tamaño cuando decidió pintar el retrato de… el retrato de ella.

Conteniendo el aliento, se desplazó de costado y miró su obra inacabada.

Allí estaba.

Un hondo quejido rompió el silencio. Las lágrimas inundaron sus ojos y lloró como un niño, viendo por entre el velo del llanto el rostro juvenil, bello y lleno de ansias de vivir de Merry Lou.

Casi lo había terminado antes de que todo empezara.

Los ojos estaban allí, profundos, tiernos, con aquella mirada dulce que la muchacha poseía como otro de sus dones.

Faltaban sólo los últimos toques, los últimos y definitivos detalles para que el bellísimo retrato pudiera darse por acabado.

Le temblaban las piernas. Retrocedió y se dejó caer sentado sobre una silla. Apoyó el rifle en la pared y se cubrió la cara con las manos.

Nunca podría terminar el retrato de Merry Lou, porque la última imagen que conservaba de ella no era la que se reflejaba en la tela, sino otra llena de sangre, destrozada, con la garganta atrozmente desgarrada y sangrante…

Se levantó como un autómata y quitó el cuadro del caballete.

Recuperó la escopeta y descendió a la parte baja de la casa. Atravesó la cocina y salió al pequeño patio posterior. Amontonó unos papeles y pequeños pedazos de madera seca. Después, les prendió fuego con un fósforo y esperó ver arder todo el montón antes de colocar encima el cuadro, la tela, la imagen de la muchacha que le había amado.

Las llamas acariciaron la montura de madera, lamieron los colores y los saborearon, prendiendo en ellos, derramándose por la superficie antes de hincar el diente en la tela.

El hermoso rostro se contorsionó, como sufriendo el tormento del fuego. Luego, como un estallido, las llamas rugieron y todo ardió a un tiempo.

Mils encendió un cigarrillo y sus dedos temblaban tanto que casi se avergonzó. Parado allí, no se movió hasta que del cuadro y las maderas no quedaron más que cenizas humeantes.

Entonces, siempre con el rifle listo para disparar, salió de la casa a la calle.

Cuando subió al coche dejó el rifle a su lado, sobre el asiento. Recorrió toda la calle hasta el final, allí donde otra más ancha se convertía en un paseo que subía por la ladera. También aquí las casas mostraban signos de abandono, y los árboles inclinaban sus ramas al suelo, como abatidos, como si también ellos derramaran llanto por los muertos… y los que no lo estaban.

Mils miraba al frente, negándose a captar la desolación del abandono de casas y jardines.

Hasta que una vez más detuvo el coche. A su lado, una casa pequeña, pulcra, que en un tiempo estuviera inmaculadamente limpia y cuidada, mostraba la puerta abierta de par en par, y las ventanas estaban rotas y se balanceaban con pereza rozadas por el viento.

El jardín era un mar de hierba y el césped se había secado. El sendero de piedra estaba cubierto de hojarasca y musgo, y al fondo, donde estaba el patio lateral con la barbacoa, el aire del verano había amontonado papeles, hojas secas y desperdicios.

Aquélla había sido la casa de Merry Lou.

Ella y sus padres habían vivido allí.

Empuñó el rifle y atravesó el ruinoso jardín. El sauce lloraba su abandono junto al pequeño estanque de aguas verdosas. A él le

lloraba el corazón.

Entró en la casa y sin saber por qué lo hizo pisando con cautela, como si temiera provocar el menor ruido.

Todo estaba como lo recordaba, con la diferencia del polvo que lo invadía todo como un manto sucio y gris. Cuanto le rodeaba estaba plagado de recuerdos placenteros, aunque después se convirtieron en otros amargos y atroces.

Él se había sentado en el diván, y charlado y reído con aquel hombre y aquella mujercita pulcra como una muñeca. Y acariciado a Merry Lou, y susurrado con ella palabras de amor y proyectos que nunca fueron realidad…

Igual que si quisiera recrearse en los recuerdos que le afianzaban en la verdad, de la que él nunca había dudado, recorrió la planta baja de la casa. Cada uno de los objetos tenía una remembranza del pasado. Incluso la artística barandilla de madera que protegía la escalera de caracol que se encaramaba a los dormitorios del piso superior.

Fue allí donde se detuvo como herido por un rayo. En el suelo, al pie de los escalones, unas manchas oscuras, de color parduzco, le hicieron inclinarse y tocarlas con las puntas de los dedos. Formaban una costra rígida, seca.

Sangre.

No dudó ni por un instante de que se trataba de sangre seca. Pero no tan seca que datara de aquel tiempo… eran mucho más recientes.

Levantó la mirada, espantado. En los escalones de madera había otras, como si hubieran goteado desde arriba, desde el pequeño rellano superior.

Deslizó el dedo en el gatillo del rifle y empezó a subir temblándole las piernas, pero al mismo tiempo con una desesperada resolución. La resolución de matar… sólo Dios sabía qué.

Escalón tras escalón, conteniendo el aliento y concentrando todos sus sentidos en captar cualquier rumor allá arriba, asomó la cabeza en el rellano.

Lanzó un grito y se tambaleó. Hubo de apoyarse en la barandilla para no rodar escaleras abajo y por unos segundos el mundo giró enloquecido a su alrededor.

Sobre las tablas de madera del rellano, yacía una mano de

mujer. En la muñeca brillaba el oro de un pequeño reloj orlado de diamantes. Parecía haber sido rota, arrancada de cuajo, y de ella se había desprendido la sangre que goteó hasta los peldaños.

Mils rechinó los dientes. Acabó de subir y rodeó el sangriento despojo, el rifle amartillado, agazapado como un cazador en la selva.

Uno a uno registró los cuatro dormitorios y los dos cuartos de baño. Encontró charcos de sangre en una de las habitaciones, y la cama revuelta y manchas de sangre en las sábanas, pero nada más.

A nadie más.

Regresó al rellano. Inclinándose sintió que los pelos se le ponían de punta, porque el diminuto reloj de oro marcaba las once y tres minutos. Exactamente la misma hora que el suyo.

El relojito estaba en marcha, y no era electrónico, de modo que aquella mano había estado viva sólo unas horas antes.

Pensó en la pareja de jóvenes desaparecidos.

No se habían extraviado en los pantanos.

Como el terror que le llevara al sanatorio no procedía tampoco de una pesadilla. Ante sus ojos estaba la prueba.

Descendió las escaleras sin tomar aquella mano. Aún no alcanzaba a comprenderlo conscientemente, pero dentro de él se afirmaba el convencimiento de que en sus manos, y sólo en ellas, estaba ahora acabar o no con el infierno.

Salió de la casa, atravesó el jardín y se dirigió a su coche. Arrojó el rifle sobre el asiento y abrió la portezuela.

Tras él, una voz dijo:

—Si no me equivoco, la temporada de caza terminó hace un par de semanas, amigo.

Lanzó un grito, volviéndose con un sudor frío corriéndole por las sienes. Vio al hombre y, rechinando los dientes, atrapó otra vez el rifle y con él amartillado se enfrentó al desconocido.

Capítulo VI

EL hombre levantó las manos poco a poco, sin apartar la mirada del rifle.

—Tómelo con calma —gruñó—. No pienso hacerle ningún daño, ni podría teniendo usted ese cañón amartillado.

Mils temblaba a pesar del rifle. Veía ante sí a un individuo alto y recio, de unos cuarenta años y los cabellos ralos, ojos penetrantes y seguros y una boca firme, como un tajo en la cara.

Parecía un ser humano normal. Muy fuerte, pero absolutamente normal…

Pero también habían sido absolutamente normales los habitantes del pueblo antes de que empezara el horror.

—¿Quién… quién es usted?

—Me llamo Jack Woodward.

—¿Qué hace aquí? Usted no vive en el pueblo… le recordaría…

—Aquí no vive nadie. Por lo menos, eso me dijeron. Oiga, ¿no puede apartar ese rifle?

—No.

—Está asustado, eso podría verlo un ciego, pero no tiene que temer nada de mí, se lo aseguro.

—Usted no sabe… Y si lo sabe es peor —recapacitó en voz alta.

—No comprendo nada. ¿Qué le pasa, hombre?

Mils miró en torno con ojos desorbitados. Temía ver aparecer alguien más… alguien quizá con aspecto menos amistoso que el desconocido.

Éste insistió:

—Baje el arma y hablemos… no le pido que la suelte, sólo que deje de apuntarme con ella. Está más nervioso que un gato, de modo que puede dispárársele incluso sin proponérselo.

—Si disparo será conscientemente. Retroceda y apóyese de espaldas en esa verja de madera. Está demasiado cerca de mí.

—Bueno…

El hombre alto obedeció. A pesar de las circunstancias no parecía demasiado preocupado.

Mils volvió a atisbar por encima del hombro, a derecha y a izquierda, y más allá de los árboles del jardín más próximo.

Nada se movía. El silencio era absoluto. Se diría que él y el tal Jack Woodward eran los únicos seres vivos de este mundo.

—¿De qué tiene miedo? —insistió desde su nueva posición junto a la valla—. No hay nadie cerca. No hay nadie en todo el pueblo.

—Estamos usted, y yo, y ellos…

—¿Quiénes?

Mils no respondió. Pensaba que tenía un gran problema entre manos. Era el dueño de la situación, y con sólo mover un dedo podía partir por la mitad al fornido desconocido. Pero ahora sabía que no era nada fácil disparar contra un ser humano.

Con eso no había contado.

—¿A quiénes se refería? —insistió el otro.

—Cállese.

Necesitaba pensar, buscar la manera de averiguar si él era uno de ellos, aunque empezaba a dudarlo. Su aspecto era normal, sano, casi atractivo en su rudeza.

—Dígame qué está haciendo en Newborough —le espetó.

—No me siento muy comunicativo, con ese cañón apuntado a mi barriga.

—Hable, Woodward, o disparo.

—Tiene usted un aspecto raro, con unos ojos llenos de miedo, y todo ese cabello blanco, pero no creo que sea un asesino. No da el tipo, si entiende lo que quiero decir. Y créame que yo entiendo un rato de eso. Soy policía.

Mils quedó sin habla.

—¡Policía! —balbuceó—. ¿Puede demostrarlo?

—Claro, pero si bajo las manos usted disparará ese maldito cañón antitanque. Llevo las credenciales en el bolsillo derecho de la chaqueta.

—Sáquelas despacio. Si veo que intenta sacar un arma le mato.

El otro obedeció. Deslizó la mano izquierda debajo de la chaqueta de *tweed*, y con la misma lentitud volvió a sacarla y mostró un estuche de piel negro.

—Tírelo al suelo y apártese.

Hizo una mueca, pero también obedeció.

Un instante después, Mils tenía ante sus ojos la credencial que certificaba que Jack Woodward era teniente de policía, adscrito a la Brigada de Homicidios de la ciudad de Los Ángeles, California.

En la otra solapa del estuche relucía la chapa de metal.

—De Los Ángeles —mascculló Mils intrigado—. Está a más de mil millas de California, Woodward.

—Ése es todo un descubrimiento. Llegué anoche a Cumberland en avión, y alquilé un coche en el mismo aeropuerto para venir aquí.

—¿Por qué?

—Baje el rifle. Y dígame su nombre si hemos de entendernos usted y yo.

—Mils Banon.

Poco a poco desvió el cañón del rifle. El otro caminó hacia él y tendió la mano. Mils le devolvió el estuche y se quedó mirándole, intrigado.

El policía explicó entonces:

—Vi humo en una de las casas desde la carretera, cuando descendía la montaña, y me sorprendió, porque me habían asegurado que el pueblo estaba desierto. Luego, vi su coche, y a usted, y su condenada escopeta. Me hizo pasar un mal rato.

—Yo encendí el fuego…

—Bueno, si se ha tranquilizado quizás esté dispuesto a decirme por qué tiene tanto miedo en un pueblo donde no hay nadie.

—Usted no sabe nada de nada. De cualquier modo, no seré yo quien le cuente lo que sé. Ya hablé una vez a los policías y me tomaron por loco. He pasado meses y meses en un sanatorio porque yo mismo llegué a dudar de mi cordura, así que no pretenda empezar de nuevo la historia.

—Pero usted anda buscando algo… o a alguien. Alguien a quien dispararle un cañonazo con ese rifle. Y yo no vine aquí por casualidad. Se me ocurre que quizá podríamos ayudarnos mutuamente. Sólo dígame qué busca.

—Dígamelo usted.

Woodward suspiró. Con ademanes lentos para disipar cualquier sospecha, sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno.

Después dijo:

—Busco a dos jóvenes que desaparecieron por estos alrededores. Tal vez lo leyera usted en los periódicos.

Mils se quedó mirándole estupefacto. De nuevo la desconfianza le asaltó.

—No mienta, Woodward —gruñó—. No enviarían a un policía de California a investigar aquí.

—Nadie me envió. La chica desaparecida es mi sobrina.

—¡Cristo!

—¿Qué sabe usted de eso?

—¿Y usted?

—Con preguntas y más preguntas por respuestas no llegaremos a ninguna parte. Supe de la desaparición de mi sobrina y de su acompañante, por la familia. Entré en contacto con la policía local y me dijeron que organizaba la búsqueda. Luego informaron que no habían hallado el menor rastro, sólo el coche abandonado. Pensé que si alguien podía encontrar a la chica era yo y vine, es así de sencillo.

—¿Sería usted capaz de identificar las joyas de su sobrina?

—Algunas sí, supongo. Las que le había visto alguna vez.

—¿Y su reloj de pulsera?

—Tenía varios. Yo mismo le había regalado uno el día mismo que se licenció.

—¿Cómo era?

—De oro y pequeños brillantitos. No era una gran joya, pero me costó buena parte de mis ahorros, conque usted verá si lo reconocería. ¿Por qué lo pregunta?

Mils aún titubeó unos instantes. El miedo engendra desconfianza, y él estaba lleno de miedo.

Al fin señaló la casa, la puerta abierta de par en par. Balanceó el cañón del rifle y dijo:

—Vaya delante de mí hacia la casa, Woodward. Y no intente nada.

El policía se encogió de hombros y le precedió por el sendero de piedra. Entró en la casa sin vacilar, con Mils a su espalda.

—¿Y ahora qué? —Gruñó.

—Vaya hacia esas escaleras de caracol.

Woodward también obedeció. Para su ojo experto descubrir las

huellas de sangre no fue difícil.

Se inclinó vivamente. Tras él, Mils barbotó:

—Si estoy acertado en lo que pienso, es sangre de su sobrina.

Rígido, Woodward giró sobre sus talones. Sus ojos se velaron a causa del dolor y la ira.

—¿Cómo lo sabe, qué le pasó a Babs?

—¿Se llamaba Bárbara?

—Sí.

—Suba las escaleras. En el rellano verá lo que yo encontré poco antes de que usted apareciera.

No titubeó ni un instante. Subió velozmente y Mils le oyó soltar un quejido cuando llegó arriba.

Él retrocedió, hundiéndose en una butaca sin importarle la nube de polvo que se alzó a su alrededor.

El tiempo se eternizó. Oía moverse al policía allá arriba, y de vez en cuando le llegaba su voz colérica cuando soltaba algún juramento.

Tuvo tiempo de apurar dos cigarrillos completos antes de que viera aparecer los pies de Woodward en los escalones.

Cuando llegó abajo, el policía estaba lívido. Mils pensó que había envejecido en aquellos últimos diez minutos.

—¿Ha reconocido usted el reloj? —preguntó.

—Es el de mi sobrina.

—Entonces, Woodward, ella está muerta.

—Ese despojo… esa mano, pertenece a alguien joven, de su edad más o menos, pero habrá que comprobar las huellas digitales para estar seguro. Pudieron haberle robado el reloj… pudo perderlo también.

—Deje la esperanza fuera de este asunto, polizonte. Una pareja desapareció en este pueblo maldito hace un par de días. Su sobrina era la chica de la pareja. Bueno, está muerta.

Con voz silbante, Woodward le espetó:

—¿Cómo está tan seguro, la mató usted?

—No, por supuesto que no.

—Pero sabe que era ella… Babs.

—No pudo ser nadie más. Ella y el chico. Se metieron en este pueblo maldito viendo sólo un pueblo abandonado, desierto. Encontraron una casa abierta y se metieron en ella para hacer el

amor arriba, en la cama revuelta. Allí les sorprendieron. Eso es lo que pienso que sucedió, Woodward.

—¿Quiénes? ¡Hable de una vez, Banon!

Éste sacudió la cabeza.

—Usted también creería que estoy loco.

—Haga la prueba, es todo lo que le pido. Deme una oportunidad de creerle.

—Salgamos de aquí.

Esta vez él fue delante, y una vez a la luz del día, en la calle, volvió a mirar en todas direcciones.

El policía de Los Ángeles le oyó borbotar entre dientes:

—Están ahí… en alguna parte.

—¿Quiénes, Banon?

Éste le miró y sus ojos estaban llenos de desesperanza.

—Los muertos —dijo castañeándole los dientes.

Woodward por poco no se cayó de espaldas.

—¿Y teme que le tomen por loco? Amigo, siga diciendo eso y se encontrará dentro de una camisa de fuerza sin darse ni cuenta.

—Ya le dije que no me creería…

—Nadie le creerá. Esa mano tirada allá arriba fue rota y arrancada de cuajo por alguien muy fuerte… no por un muerto.

—Si por lo menos usted lo creyera…

Woodward pareció reflexionar. Fumó un cigarrillo paseándose por la acera, lívido aún, angustiado, pero sereno.

Al fin pareció tomar una determinación.

—Muy bien, Banon, le escucharé. Le prometo que haré cuanto pueda por comprenderle, por creer lo que usted me cuente. Tal vez entre los dos aclaremos este asunto.

—No quiero hablar aquí, no estoy tranquilo. Y si llega la noche…

—¿Dónde entonces?

—Volvamos a Newport. Cuando usted lo sepa todo decidiremos lo que habrá que hacer. Volver por la noche… o de día para localizarlos.

—A los muertos…

—Sí.

Woodward suspiró.

—De acuerdo, pero antes he de encontrar una bolsa de plástico.

Quiero enviar esa mano a los laboratorios de policía.

—Yo tengo una.

Abrió el portaequipajes. Saco la caja de cartuchos de la bolsa y le ofreció ésta al policía.

Diez minutos después, cada uno en su coche, se internaban en los bosques de regreso al mundo normal donde las pesadillas no existían más que en sueños.

Capítulo VII

MILS BANON Newborough

El día que conoció a Merry Lou, la bruma procedente de los pantanos invadía el valle, humedecía las calles y humedecía las perspectivas.

Mils había entrado en el
Harley’s
Club huyendo de la humedad.

Y porque era el local más agradable de cuantos existían en el pueblo.

Desde la barra vio llegar a la hermosa muchacha y ya no pudo despegar los ojos de ella hasta que la vio acomodarse a una mesa.

Ella pidió un refresco y después miró el reloj. Debía esperar a alguien.

Siguió observando a través del espejo que había detrás del mostrador.

No advirtió cuándo había empezado a llover. El agua caía, mansa, mezclándose con la bruma que por momentos era más espesa.

La muchacha acabó su refresco y, levantándose con gesto impaciente, se acercó al mostrador y pidió el teléfono. El mozo lo sacó de alguna parte y lo depositó encima de la barra.

Ella disco un número. Cuando le respondieron dijo:

—¿Eres tú Norma? —Hizo un gesto de enfado—. Habíamos quedado en el
Harley’s.
No me digas que lo olvidaste…

Escuchó con el ceño fruncido. Estaba disgustada. Al fin exclamó:

—Me has fastidiado, niña, porque está lloviendo y contaba que me llevaras a casa con tu coche. Está bien, está bien…

Colgó y miró hacia las cristaleras por las que escurría el agua.

Mils dijo plácidamente:

—Oí lo que hablaba, señorita. Si me lo permite yo puedo llevarla. Tengo el coche ahí fuera.

Ella le miró achicando los ojos.

—Usted es el pintor forastero —comentó.

—Bueno, soy forastero y pinto cuadros, ciertamente.

Ella sonrió. Tenía una sonrisa dulce y cálida.

—La gente dice que no es usted de fiar.

—¿Qué más dicen?

—Generalidades, ya sabe. Todos los artistas son seres extravagantes, y los pintores, más. En un pueblo como éste, eso no debería sorprenderle.

—Y no me sorprende. Lo esperaba.

—La gente tampoco comprende qué ha venido usted a hacer buscar aquí, que no pudiera encontrar en otra parte.

Mils se rió de buena gana.

—Se lo diré si acepta tomar otro refresco conmigo.

—Me encantaría.

Los pidieron. Él dijo su nombre, y la muchacha el suyo.

Así se conocieron.

Él había elegido Newborough porque deseaba pintar una colección completa de cuadros con las luces tamizadas de la bruma, los bosques difuminados por la media luz, y, sobre todo, los impresionantes tonos verde-grises de los pantanos, con su misterioso y profundo encanto velado por la tenue niebla que no era posible encontrar en ninguna otra parte.

Estuvieron charlando hasta que oscureció. Para entonces había dejado de llover, pero Merry Lou no opuso ningún reparo a que la llevara a casa a bordo de su coche.

Quedaron citados para el día siguiente.

Una semana después, Mils le propuso pintar su retrato, y la muchacha se echó a reír.

—¿Por qué? No creo ser buena modelo. ¿O sólo tratas de halagarme?

—Eres la más bonita modelo con que me haya enfrentado nunca y, además, lo sabes porque imagino que te miras al espejo de vez en cuando. Pero de cualquier modo no es sólo tu belleza lo que quiero

plasmar en la tela, sino ese encanto dulce que se desprende de tu mirada. ¿Nadie te dijo nunca que hay toda la luz del firmamento en tus ojos?

Merry se ruborizó hasta la nariz de los cabellos.

—No te burles, Mils.

Él sacudió la cabeza.

—Nunca en mi vida he hablado tan en serio.

—Me gustaría… ¡Oh, demonios! Me encantaría que pintaras mi retrato. Pero la gente ya murmura y mamá está sobre ascuas de estas citas contigo.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Nada… para alguien forastero, pero yo vivo aquí. Y habré de seguir aquí cuando tú te vayas.

—Insisto en que no comprendo nada. No te pido que te acuestes conmigo ni nada de eso, sólo que me permitas pintar tu retrato.

—Ella soltó una risa abierta y franca.

—Precisamente es lo que pensará la gente si me ve entrar donde sea que trabajes. Darán por seguro que nos acostamos.

Mils enarcó las cejas y se quedó mirándola como hechizado.

Después, cautelosamente, murmuró:

—Lástima que no tengan razón… ¿Qué decides? Si dices que sí habré de ir a comprar una tela adecuada a Newport. Las que tengo aquí son demasiado grandes.

—Sí.

Lo dijo como un juego, pero con una voz profunda y segura.

De modo que él atravesó los bosques y regresó con la tela. Merry Lou le dijo aquella tarde:

—Hubo una pequeña revolución en casa cuando les dije que ibas a pintarme.

—¿De veras?

—Sobre todo mamá… No veas cómo se puso.

—Entiendo. Piensan en lo que dirá la gente.

—Ni más ni menos. Tendrías que venir a casa, que te conocieran, que mamá viera que no eres un sátiro lujurioso ni nada parecido.

Riendo, Mils aceptó hacerles una visita de cortesía.

Al día siguiente se celebró el encuentro, se disiparon suspicacias, y Merry Lou empezó a posar como modelo, en la luminosa pensión

de Neil Parker.

Ninguno de los dos tenían noción del tiempo cuando estaban juntos, pintor y modelo. A veces, era la luz la que indicaba el fin de la sesión. En otras ocasiones, él daba un respingo en la mitad del trabajo, y arrojaba la paleta a un lado con fingida cólera.

—No tengo derecho a explotarte hasta ese extremo. Basta por hoy. Te invito a un refresco.

Los días transcurrían, plácidos, tranquilos, y el retrato adelantaba dejando constancia en la tela de la sublime belleza de la joven modelo.

Y la gente murmuraba, naturalmente, y les observaba descaradamente por la calle.

Era una especie de juego que les divertía, pero que tenía amargada a la madre de la muchacha.

Diez días después, cuando Merry Lou llegó para la acostumbrada sesión, encontró a Mils sentado frente a la ventana, leyendo.

Él le sonrió.

—Pensé que sería bueno declarar un día de huelga total, Merry Lou.

Ella enarcó las cejas.

—¿Por qué? Estoy impaciente por ver el cuadro terminado.

—Era sólo una idea.

Cerró el libro y lo tiró sobre un estante.

Tras él, la joven murmuró:

—Es cierto que estoy impaciente por verlo terminado, Mils, pero hay otra cosa…

Él se volvió, mirándola intrigado.

Ella desvió los ojos.

—Mamá no quiere que vuelva. Me ha prohibido venir aquí.

—Comprendo. Los rumores y todo eso.

Ella asintió. Sus ojos no eran tan dulces como de costumbre, sino que estaban velados por la ira.

Mils le preguntó:

—¿Tú quieres seguir viniendo?

—Por supuesto que quiero.

—Bueno, eres mayor de edad.

Ella se acercó a la ventana. Se quedó allí, mirando el jardín de espaldas a Mils.

—Eso le dije a mamá. Temo que no me sirvió de mucho.
—Todo esto es sórdido, absurdo.
—Le dije algo más, Mils.
—¿Qué?
Se volvió, mirándole abiertamente.
—Le dije que me había enamorado de ti.
Mils se quedó tan sorprendido que en los primeros instantes no acertó a replicar.
Después, una ancha sonrisa alegró su cara.
—¡Apuesto que saltó hasta el techo! —exclamó—. Pero de cualquier modo, se me ocurre que eso debiera haber sido yo quien lo dijera.
—¿Tú?
—Quien te lo dijera a ti primero, y a ella después, por supuesto.
Merry Lou dio un respingo.
—¡Mils!
Se echó en sus brazos. Se besaron por primera vez desde que se conocían, y el beso les elevó por encima de murmuraciones y suspicacias.
Abrazados, la muchacha susurró:
—¿Y cuando te vayas…?
—Vendrás conmigo, naturalmente.
Volvieron a besarse una y otra vez, hasta el delirio.
Después ella dijo:
—Hoy no tocarás los pinceles para nada. Saldremos, iremos a cualquier parte y que nos vean, abrazados, felices. Que murmuren… ¡Que se vayan al infierno!
Bajaron los chirriantes escalones casi a saltos. Salieron al jardín y sólo entonces advirtieron la agitación que reinaba en la calle.
Neil Parker estaba en la acera, y al otro lado había grupos hablando agitadamente. Lejos, hacia los bosques, aullaba una sirena.
—¿Qué pasa, señor Parker?
El hombrecillo se volvió.
—Un accidente —explicó—. Dicen que hay varios muertos.
Merry Lou contuvo el aliento.
—¿Gente del pueblo, Neil?
—Los Fielder, dicen. Y otro coche forastero…

Se fueron caminando hacia el bar de Harley. Algunos coches pasaron apresurados hacia los bosques. La sirena ya no se oía.

Una hora más tarde volvió a escucharse el lúgubre lamento, esta vez aproximándose. Mils y la muchacha salieron a la puerta y vieron una ambulancia pasar zumbando. Apenas se había perdido de vista en la esquina de North Street, otra la siguió, y tras ella un coche grande, azul, con luces intermitentes y el alarido de su sirena policíaca a todo gas.

Merry Lou exclamó:

—Ése es el alguacil Moylan. También llevaba a alguien en el coche.

—No entiendo a dónde se dirigen. ¿O hay un hospital en esa dirección?

La muchacha levantó la mirada hacia él.

—No, Mils.

—Entonces…

—El depósito de cadáveres es un pequeño pabellón en el cementerio de Ross Hill.

Él se estremeció.

—Entendido. No ha habido supervivientes. ¿Conocías tú a esa gente?

—¿A los Fielder? Claro que les conocía. Aquí todos nos conocemos. Eran un matrimonio con dos hijos pequeños.

—Quizá no viajasen todos en el coche —aventuró Mils.

Más tarde supieron que sí viajaban todos, y que todos ellos habían muerto.

Las víctimas del coche forastero eran un hombre y una mujer, turistas residentes en un motel de Newport. También habían muerto.

La tragedia pareció tender un manto de tristeza sobre el pueblo.

Nadie podía sospechar que no era más que el inicio de otra mucho más terrible, sangrienta y pavorosa.

Capítulo VIII

EL retrato estaba casi terminado. Faltaban los últimos toques, los últimos detalles para que Mils lo diera por finalizado.

Cada mañana, al levantarse, se plantaba delante de la tela y examinaba su trabajo. Estaba satisfecho porque aquellos ojos, que le devolvían la mirada desde el cuadro, tenían aquella luz que él había admirado desde el instante de conocer a Merry Lou, y toda la profunda ternura del amor, que ella ya no ocultaba.

Mirándolo una vez más cada mañana, pensó en la escena que se había desarrollado la noche anterior, en casa de la muchacha, cuando él les anunció que estaban enamorados, que se querían y que cuando él se marchara Merry Lou se iría con él.

La madre casi se desmayó y sólo dijo:

—¿Irse? ¡Casada, supongo!

Se habían echado a reír.

—Casada —dijo Mils como si pronunciase una sentencia.

Miró por la ventana. El día era gris y nubes plomizas flotaban por el pueblo. Cayó en la cuenta de que no había vuelto a tocar sus paisajes, aquellos proyectos que le habían traído a ese pueblo chismoso y aburrido donde había conocido a Merry Lou.

Abajo, vio a Neil Parker hablando con dos mujeres. El propietario de la pensión era un hombrecillo vivaracho y charlatán con un extraño sentido del humor.

Mils descendió los escalones. Como de costumbre, rechinaron bajo sus pies y dos de ellos se combaron con el peso, también como de costumbre.

Parker entraba en aquel momento y el pintor le espetó:

—El día menos pensado alguien se romperá la crisma en esta escalera, señor Parker.

—Tiene razón, tengo que arreglar esos malditos peldaños, cuanto antes. ¿Qué tal ha dormido esta noche?

—Bien, como siempre.

—¿No oyó nada?

—En absoluto. ¿Por qué, ocurrió algo?

Parker se rascó la cabeza, alborotando su revuelto cabello.

—No sé… tuve pesadillas, y me pareció como si alguien hurgara en la puerta. Desperté y me costó volver a conciliar el sueño. Ya le digo, tuve pesadillas toda la condenada noche.

—Debe ser el bochorno.

Mils se alejó hacia el bar de Harley. Se había acostumbrado a desayunar allí, y a veces Merry Lou se le unía si por cualquier causa salía de casa tan temprano como él.

Había casi los mismos parroquianos de cada día. Desde el mostrador, Harley le saludó y empezó a prepararle unos huevos revueltos y las tostadas, mientras preparaba también un tazón de café.

En una mesa, un forastero de severo traje oscuro terminaba de desayunar. Mils advirtió las miradas curiosas que despertaba el desconocido, y cuando éste abandonó el local oyó comentar a su lado:

—Está chiflado. Me gustaría saber que espera para enterrarlos.

Miró de soslayo. Dos hombres seguían al forastero con la mirada a través del ventanal.

Harley dijo:

—¿Para enterrar a quién?

—A los muertos del accidente. Ese cuervo es el forense que vino de Stonhaven para los trámites legales.

Harley colocó el desayuno de Mils sobre la barra y se encaró con los otros dos.

—¿Quieres decir que todavía los tiene a todos en el depósito, Saxon?

—A todos no. Los chiquillos fueron enterrados el día siguiente del accidente. Pero Teddy Fielder, su mujer y el matrimonio de turistas aún está allí. Y hace tres días que se pegaron el trompazo. Esos forasteros no tienen familia, así que nadie los ha reclamado, pero tampoco ha autorizado su entierro.

—¿Por qué?

—Regístrame. Todos los días viene, los examina, me echa fuera si estoy allí y después de tomar notas se larga. Ya te digo, está

chiflado.

Mils se desentendió de la charla y se dedicó a su desayuno. Pensaba en Merry Lou y su retrato.

Walt Saxon, el encargado del cementerio local, y su amigo siguieron discutiendo con el dueño del bar sobre la más que segura chifladura del médico, hasta que los dos se despidieron.

Saxon miró las nubes desde la acera. Dijo:

—Va a llover.

—¿Y qué? —Gruñó el otro.

—Ese cuervo es capaz de ordenar que los entierren bajo la lluvia.

—Ya…

—¿Tienes algo que hacer esta mañana?

—Nada.

—Entonces ven conmigo. Tengo una botella en el pabellón.

—Bueno.

Subieron a la furgoneta de Saxon y éste condujo hacia el cementerio de la colina. Estaba a una milla del pueblo y era un lugar plácido, bien cuidado y limpio. Walt Saxon estaba orgulloso de su trabajo.

Cuando enfilaban el último tramo de carretera, el coche del médico salía del recinto de los muertos. Se detuvo para esperarlos, y desde la ventanilla el forense dijo:

—Le he dejado todos los documentos firmados, Saxon. Mañana podrá enterrar los cadáveres.

—¿Por qué mañana?

—Porque supongo que necesitará un poco de tiempo para avisar a los familiares.

—Entiendo. Pero los dos forasteros no tienen familia.

—Eso es cosa suya…

El médico arrancó y se fue.

Rezongando entre dientes, Saxon reemprendió la marcha.

—¿No te dije? Y ya empieza a llover. ¡Maldita sea!

Corrieron hacia el pabellón del encargado, con las gruesas gotas de lluvia azotándoles. Una vez dentro, Saxon sacó la botella prometida y ambos bebieron en silencio.

La lluvia se convirtió en un ruidoso aguacero que arrancó nuevas maldiciones del enterrador.

—Un barrizal —gruñó—. Voy a tener que trabajar con barro hasta las cejas.

—Olvídalo. Esta lluvia durará poco.

—Lo suficiente para fastidiarme.

Volvió a llenar los vasos. Bebieron.

Cuando la lluvia cesó, la botella estaba vacía.

El enterrador tenía la cabeza turbia. El otro sentía las piernas flojas y cuando se levantó dio un traspiés.

—Ahora habré de volver andando —se quejó.

—Es un paseo.

—¿Por qué no vienes con la furgoneta? Con la tierra encharcada no vas a poder trabajar.

—Siempre hay algo que hacer… me quedo.

Refunfuñando, el otro abrió la puerta, eructó, soltó una risita tonta y se fue.

Saxon examinó la botella por si aún quedaba algo en ella. Vio que no había ni una gota y decidió que ya era hora de empezar a ganarse el sueldo.

Salió fuera. La bruma llegaba ahora, empujada por el aire procedente de los pantanos. Echó a andar por un sendero de gravilla hacia el depósito.

Vio la puerta abierta y una vez más maldijo al médico. Entró. Había una habitación con una mesa escritorio, un archivador metálico y tres sillas. Sobre la mesa encontró los documentos legales de que el forense había hablado.

Refunfuñando se dejó caer sobre una silla, junto a la mesa. Revisó los papeles. Pensó que había bebido demasiado e hizo esfuerzos por serenarse. Empezó a escribir en el libro registro, y en aquel instante oyó un extraño ruido al otro lado de la puerta del fondo.

Levantó la cabeza. Allí nada podía provocar ningún ruido, porque no había más que cadáveres.

—El maldito *whisky* —dijo en voz alta.

Volvió a escribir con mano torpe.

El ruido, más allá de la puerta, se repitió.

Parecían los pasos de alguien que estuviera aún más borracho que él.

Se levantó mascullando entre dientes.

Caminó hacia la puerta y la abrió de golpe.

Entonces empezó a gritar.

Extrañamente deprimido, Mils contemplaba la lluvia a través de la ventana. Pensaba que Merry Lou no acudiría a posar con semejante tiempo. Y tampoco la luz era la más adecuada para terminar el retrato.

Encendió un cigarrillo. Vio pasar el coche del alguacil salpicando agua a los lados y escandalizando con la sirena.

Se tendió sobre la cama. Tenía la mente en blanco y no había nada que le preocupara particularmente, como no fuera la lógica ausencia de la muchacha.

Hasta que llamaron a la puerta y se levantó de un brinco.

Abrió, y allí estaba Merry Lou envuelta en un impermeable azul que chorreaba agua.

—Seguro que he pillado una pulmonía —rió, colándose en la habitación a saltitos, procurando no mojarle.

Se despojó del impermeable, que quedó en el baño, y sólo entonces Mils pudo abrazarla y se besaron profundamente.

Él murmuró:

—Pensé que no vendrías con ese aguacero…

—Mamá no quería que saliera. Pero te echaba de menos.

—Me alegro de que estés aquí, aunque no podamos trabajar con esta luz tan pobre.

Ella le miró fijamente a los ojos. Los suyos eran más brillantes y luminosos que nunca.

Con voz apenas audible musitó:

—Mils…

—¿Sí, linda?

—Hagamos el amor esta mañana.

—¿De veras lo deseas?

—Sí. ¿Y tú?

—Desde que te conocí no he pensado en otra cosa.

Volvió a besarla y ella se apretujó contra él, como si con su amor quisiera fundirse en su cuerpo.

Cuando la soltó, Merry Lou dijo:

—Corre la cortina…

Él obedeció, dejando la habitación sumida en una penumbra cómplice. Al volverse, la muchacha le esperaba sentada en la cama.

Cuando se tendió junto a ella, murmuró:

—Te quiero. No sé qué haría sin ti.

—Por favor, ámame… sólo eso. Hazlo con ternura, Mils.

Así se amaron la primera vez, oyendo el rumor de la lluvia, sus propios suspiros y el loco palpitar de los corazones.

Después, abrazados, dejaron morir el tiempo sin hablar, compenetrados, felices, como si esa experiencia amorosa les hubiera realizado el uno en el otro.

Dejó de llover más tarde y volvieron a amarse, oyendo confusamente las voces en la calle. La sirena del coche del alguacil volvió a escandalizar y se alejó.

Cuando se levantaron el agua escurría una vez más por los cristales, al otro lado de las cortinas. Sólo entonces cayeron en la cuenta de que era muy raro que a pesar de la lluvia hubiera tanto movimiento en la calle.

—Algo debe haber sucedido —comentó Mils mientras se vestía.

Ella sonrío.

—Seguro que sí. Nos hemos amado. Ahora, por lo menos, las chismosas tendrán razón.

Él la contempló fascinado. No apartó la mirada de la muchacha hasta que ésta se hubo enfundado el impermeable y entonces abandonaron la habitación.

Incluso el chirrido de los escalonas se antojó musical en esta ocasión.

Fuera, bajo el aguacero, pasaban gentes apresuradas, y también circulaban más coches que los habituales.

—¿Qué demonios ocurre? —rezongó Mils, cerrando la portezuela del suyo.

Condujo con precaución bajo la lluvia hacia la casa de Merry Lou, sólo que allí no había nadie. Los padres habían salido, y debieron hacerlo apresurados porque en la cocina estaba la comida a medio cocinar.

Se quedaron unos instantes perplejos. Finalmente, la muchacha descolgó el teléfono y llamó a su amiga Norma.

Preguntó si sabía algo de sus padres, porque en ocasiones iban a su casa.

Norma replicó:

—No, ni siquiera les hemos visto, aunque supongo que estarán

en casa de los Ogden. Mi madre también está allí.

—¿Por qué, que les pasa a los Ogden?

—¿No te has enterado? Su hijo ha desaparecido.

Merry Lou dio un respingo.

—¿Desaparecido? —balbuceó.

—No se habla de otra cosa en todo el pueblo, querida.

—Bueno, estuve fuera. ¿Cómo sucedió, no fue a la escuela esta mañana?

—No entiendes… desapareció anoche. Cuando se levantaron esta mañana ya no estaba en su dormitorio. Debió levantarse, abrió la ventana y salió. Por lo menos, eso me han contado.

—Qué raro, ¿no?

—Todos los hombres están buscándole.

Colgó, intrigada. Mils indagó:

—¿Quién ha desaparecido?

Ella le contó lo que Norma le acababa de decir. Mils arrugó el ceño, preocupado.

—Un chiquillo. ¿Cuántos años tiene?

—Cinco, creo.

—Un chiquillo de esa edad no suele levantarse y salir de casa por la noche. Creo que iré a unirme a las partidas de rastreo, cariño.

—Espera, me acompañarás a casa de los Ogden. Si mi madre está allí la acompañaré de vuelta.

—Vamos.

Las partidas habían sido organizadas por el alguacil. Rastreaban el bosque en los alrededores del pueblo, porque nadie creía que el chiquillo se hubiera dirigido a los pantanos de noche.

El padre de Merry Lou y Mils se unieron a un grupo de cinco hombres que acababa de organizarse espontáneamente.

Se les asignó una zona y se desplazaron bajo el aguacero, empapados hasta los huesos, refunfuñando, pero angustiados por la suerte de la criatura perdida.

No encontraron el menor rastro, y cuando la noche cayó sobre los bosques y el pueblo, los grupos fueron regresando con el convencimiento de que el niño debía haber muerto, o había llegado a los pantanos, y si era así jamás sería encontrado.

El velo de la tragedia empezaba a extenderse sobre Newborough.

Era sólo el principio.

Capítulo IX

A la mañana siguiente Mils desayunaba en el bar de Harley cuando el alguacil Moylan se le acercó.

Llevaba un uniforme que casi no lo era, y la insignia prendida a su camisa brillaba como si estuviera recién pulida.

Era un individuo de mediana edad, rubicundo y de cabellos revueltos, en los que empezaban a asomar algunas canas.

—Hola, señor Banon. Me gustaría hablar un momento con usted.

Mils le miró sorprendido.

—Bueno, hágalo —sonrió—. ¿Soy sospechoso de algo?

—Oh, por supuesto que no.

Se encaramó a un taburete junto a él y pidió café. El propietario del bar se acodó ante ellos para no perder una palabra y esperó.

Moylan revolvió el azúcar y la crema. Luego dijo:

—He sabido que ayer usted formó parte de uno de los grupos que rastrearon el bosque, al otro lado de Ross Hill, señor Banon.

—Es cierto.

—¿Puede recordar quiénes le acompañaban?

—Les recuerdo, pero no sé sus nombres, excepto el del señor Simpson, el padre de Merry Lou.

—¿No oyó el nombre de los demás, quizá si hablaron entre ellos, o uno llamó a otro? Cosas así, ya sabe…

—Pues no. ¿Qué pasa, alguacil?

Harley, desde el otro lado del mostrador, también exclamó:

—Sí, ¿qué diablos está pasando, Moylan?

—Walt Saxon ha desaparecido. Nadie le ha visto en veinticuatro horas o más, y su mujer me trae loco. Pensé que quizá había formado parte de alguna de las partidas.

—¿Qué quieres decir con que ha desaparecido?

—Pues eso. No volvió a casa. Nadie le ha visto. Nadie sabe nada de él.

—Quizá se largó a Newport, de juerga. A veces.
—¿Cómo, andando? Su furgoneta está en el cementerio.
Mils terció:
—¿En el cementerio? —exclamó.
—Walt es el enterrador, el sepulturero y jardinero oficial del municipio, todo a la vez.
—¿Un tipo pelirrojo?
—Ajá. ¿Dónde le vio usted?
—Aquí, ayer por la mañana.
Harley asintió.
—Es cierto, Moylan. Estuvo tomando unas cervezas con Mick Conway. Se fueron juntos.
—Quizá se emborracharon y están durmiendo la mona Dios sabe dónde… A los dos les gusta demasiado el *whisky* —sentenció el alguacil, apurando el café.
Harley negó con la cabeza.
—He visto a Conway esta mañana. Estuvo aquí, desayunó y tomó una copa y se largó. Parecía perfectamente normal.
—Ya veo… Después de lo del chico de los Ogden, sólo me faltaba la mujer de Saxon alborotando a mi alrededor. Y luego, lo del entierro. Van a volverme loco.
Harley, cada vez más intrigado, le acució:
—¿De qué entierro hablas?
—¿No te enteraste? Saxon parece que enterró a los Fielder sin encomendarse a Dios ni al diablo, lo mismo que a esos forasteros. Si no aparece pronto, éste va a ser otro escándalo, porque la tía de Teddy Fielder está poniendo el grito al cielo. Era la única pariente que tenía y quiere saber dónde está. ¿Qué te parece?
—Todo esto es muy raro —dijo Mils, pensativo—. Oí a ese pelirrojo comentar con su amigo que ese médico forense aún no había autorizado el entierro de todos esos cadáveres. Estuvieron hablando de eso ayer, de modo que cuando salieron de aquí los cuerpos aún debían estar sin enterrar.
El dueño del bar sacudió la cabeza de arriba abajo.
—El señor Banon tiene razón, Moylan, yo también lo oí. Walt hizo el comentario a raíz de ver al forense sentado a una mesa. Dijo que estaba chiflado.
—Y eso fue ayer por la mañana, ¿eh?

—Tal como te digo.

—Bueno, buscaré a Mick Conway, a ver qué tiene que decir.

Pagó, se despidió y se fue.

Harley gruñó:

—No es un tipo muy listo, pero sí una excelente persona…

Mils se fue caminando rumbo a la pensión. Espesas nubes flotaban, bajas, ocultando las cumbres de las montañas.

Sobre el pueblo parecía flotar una sombría y triste inquietud.

A última hora de la tarde la noticia corrió como un reguero de pólvora: habían encontrado los restos del niño de los Ogden.

Mils y Merry Lou estaban sentados en el bar de Harley, discutiendo sobre la conveniencia de irse al cine de Newport esa noche, cuando advirtieron la excitación de los que estaban junto a la barra.

Joe Harley, el dueño del bar, salió del mostrador y se acercó a su mesa.

—Lo encontraron, señor Banon.

—¿Al enterrador?

—No, al chico de los Ogden.

Merry Lou contuvo el aliento. Los dos se quedaron mirando a Harley sin atreverse a formular la temida pregunta.

Harley añadió:

—Muerto.

No supieron qué decir. A pesar de haberlo esperado, la noticia les dejó anonadados.

Y luego, el mazazo.

Harley añadió:

—Devorado.

Mils casi se levantó de un brinco.

—¿Qué?

—Es lo que dice Barton… ese chico de ahí. Él y otro andaban por el bosque a la caza de ardillas vivas. Las venden en Stonehaven, ¿sabe? Bueno, lo encontraron en una hondonada, a media milla de Ross Hill, hacia los pantanos. Devorado —añadió casi en voz baja.

Merry Lou no pudo evitar un sollozo. Mils la miró, preocupado, pero él también sentía un agudo repeluzno.

El pintor miró al joven que había traído la noticia. Era alto y delgado, pero de aspecto fuerte. Estaba tan blanco que

impresionaba, y seguía hablando con los otros parroquia nos que le rodeaban.

Merry Lou susurró:

—Será mejor que me lleves a casa. Mamá querrá acompañar a la señora Ogden esta noche, seguro. Las dos son amigas de siempre.

—Está bien.

Estaba junto al mostrador esperando el cambio, cuando la puerta se abrió de golpe y entró el alguacil Moylan. Su cara rubicunda estaba contraída por una mueca de ira. Tras él entró otro joven de unos veinte años. Después supieron que era el compañero de Barton en sus expediciones de caza.

Moylan dijo con voz fuerte:

—Supongo que todos saben ya la noticia. ¿Cuántos de los que hay aquí tienen escopeta de caza?

Cinco de los presentes dijeron que ellos tenían escopeta de caza.

—Muy bien, id a buscarlas. Saldremos dentro de media hora y quiero a todos los hombres armados en la plaza en ese tiempo.

Los aludidos salieron de estampida sin hacer más preguntas. Harley llenó un vaso de *whisky* y exclamó:

—Bebe eso, Moylan, te sentirás mejor.

El alguacil lo agradeció vaciándolo de un trago.

Mils indagó:

—¿Qué es lo que van a cazar, alguacil?

Éste se volvió en redondo.

—Ah, es usted, señor Banon… A los perros, naturalmente.

—¿Perros?

—Sólo una jauría de perros salvajes puede haber devorado al niño como lo hicieron. Yo he visto los restos… ponen los pelos de punta, palabra.

—¿Hay perros salvajes en los bosques?

El alguacil se encogió de hombros.

—Nunca los hubo aquí, pero sí aparece alguno de vez en cuando en el condado. Hay gentes a las que habría que ahorcar por abandonarlos. Los perros se asilvestran y se vuelven salvajes y peligrosos. Imagínese, pastores alemanes, dogos, alanos o dobermans asilvestrados y salvajes… Peores que fieras.

Mils se estremeció. Si era cierto, realmente eran una amenaza.

Moylan le espetó:

—Supongo que usted no posee armas.

—Ni un cortaplumas. Pero me gustaría ser útil, alguacil.

—Yo puedo prestarle un Winchester si quiere formar parte de la partida.

—Cuente conmigo. Sólo deme tiempo a acompañar a Merry Lou a su casa.

La muchacha contuvo el aliento. Una angustia inexplicable la inundó de inquietud.

No obstante, dijo resueltamente:

—Puedo ir sola, Mils, no te preocupes por mí.

Se besaron ligeramente sin importarles la presencia de los hombres y la muchacha se fue.

—Venga conmigo, señor Banon —gruñó Moylan.

Le acompañó a su oficina, donde el alguacil le enseñó a cargar y manejar el Winchester.

—¿Está seguro que sabrá disparar con él?

Mils esbozó una sonrisa.

—No me crea tan torpe, alguacil. Pero dudo que tengamos ocasión de utilizar las armas.

—¿Por qué?

—Yo no creo en esa jauría de que usted habló.

—¡No me diga!

Mils se encogió de hombros.

Moylan empuñó una escopeta de dos cañones y examinó las recámaras. Luego empezó a llenarse los bolsillos de pesados cartuchos. Entre tanto gruñó:

—¿Qué sabe usted de perros asilvestrados, señor Banon?

—Nada, ésa es la verdad.

—Entonces, ¿cómo está tan seguro de que no los encontraremos?

—Yo no estoy seguro, ni en un sentido ni en otro. Pero pienso que una jauría habría sido vista por alguien en los días inmediatamente anteriores a la desaparición del chiquillo. Puede que haya un par de perros salvajes vagando por los bosques, eso sí me parece lógico pensarlo. Pero si sólo hay un par o dos no creo que podamos localizarlos fácilmente.

—Entiendo lo que quiere decir, pero de cualquier modo lo intentaremos. ¡Dios, cuando pienso en esa pobre criatura…!

Por lo menos ochenta hombres armados se lanzaron a los bosques desplegados en línea. Mils se quedó junto al alguacil, porque él desconocía el terreno.

A pesar de las circunstancias admiró la maravilla del bosque, más denso a medida que se alejaban del pueblo.

Luego, la noche les envolvió y sus movimientos se hicieron más cautos. Moylan gruñó al cabo de horas de rastreo:

—Empiezo a pensar que tenía usted razón, Banon.

—Si hubiera una jauría cerca, con el ruido que hemos armado hasta ahora alguno de los perros habría ladrado. Por lo menos, eso creo.

Toda la noche duró la inútil cacería. Luego, al alba, y siguiendo las instrucciones que Moylan había impartido antes de la salida, se reunieron junto a un estrecho torrente cuyas aguas cristalinas corrían en dirección a las ciénagas.

Acordaron regresar. Muchos de los hombres habían llegado por su cuenta a la misma conclusión que Mils Banon. Otros pensaban en su trabajo, o algunos en la cama. Estaban rendidos.

Mils siguió al lado de Moylan en el camino de regreso.

No hablaban mucho. El alguacil estaba furioso y preocupado. La responsabilidad era suya y lo sabía.

Estaban a media ladera, al norte de Ross Hill, cuando Mils preguntó:

—¿Qué hay del sepulturero, ya apareció?

Moylan se detuvo para encender un cigarrillo.

—Ni rastro de él —dijo sombrío—. ¿Cómo se le ha ocurrido pensar en él ahora? ¿Una asociación de ideas?

—Tal vez.

—Uno o dos perros salvajes no se atreverían a atacar a un hombre. Y Walt Saxon es un tipo muy fuerte.

Reanudaron el camino, pero ahora nuevas preocupaciones empezaron a inquietar al alguacil.

—¿Sabe usted? La desaparición de Saxon ya es todo un condenado problema, pero no el único. Estuve en el cementerio y no vi ni rastro de las tumbas tampoco…

—¿Las tumbas de quién? Oh, ya entiendo, esos accidentados…

—Ajá. Maldito si sé dónde pudo enterrarlos. Y la tía de Ted Fielder no ceja… quiere saber dónde está enterrado su sobrino y la

mujer de éste.

—¿Seguro que los enterró?

—Hombre, Banon, no haga preguntas tontas. Los cadáveres no están en el depósito, no están en ninguna parte del cementerio. Y estaban allí cuando el forense se marchó la última vez, lo he comprobado por medio del borrachín que acompañó al sepulturero esa mañana. Según él, Saxon estaba dispuesto a enterrarlos a pesar de la lluvia, aunque maldecía al forense por eso.

—¿Sabe una cosa, Moylan? Nunca pensé que un alguacil rural de un pueblo pequeño como éste tuviera tanto trabajo.

—Ahí le duele. Nunca lo había tenido hasta ahora. Todos mis problemas se reducían a algún que otro borracho demasiado alborotador, o a los cazadores fuera de temporada. Una vez, hace poco tiempo, hubo una riña con heridos y todo, por eso es lo más grave con que me he enfrentado desde que me nombraron. Newborough es un pueblo tranquilo.

—Era un pueblo tranquilo.

Moylan le miró de soslayo y no replicó.

Los demás componentes de la expedición les habían adelantado y ya no quedaba rastro de ellos. De modo que cuando avistaron el cementerio, en la cumbre de Ross Hill, caminaban solos y en silencio.

Desde allí arriba se divisaba una hermosa panorámica de parte del pueblo, difuminada por la débil bruma de la montaña.

Se detuvieron unos instantes. Moylan encendió otro cigarrillo y señaló una pequeña edificación.

—Eso es el depósito de cadáveres y oficina de registro del cementerio. Y aquel pabellón, al otro lado, pertenece al sepulturero. Saxon se queda algunas noches… supongo que cuando está demasiado borracho para conducir su furgoneta de vuelta al pueblo.

Mils paseó la mirada por el césped, los jardincillos, los caminos que serpenteaban entre las lápidas y las cruces. Era un cementerio plácido que no tenía nada de lúgubre.

—¿Es ahí, en el depósito, donde están los restos del niño?

—No. Sus padres encargaron un ataúd a una funeraria de Newport. Vino un empleado y se los llevó, pero los traerán a enterrar aquí… aunque maldito si sé quién lo hará, si Saxon no aparece.

Prosiguieron cuesta abajo, y ya en el pueblo Moylan dijo:
—Le invito a un trago en lo de Harley, Banon.
—Bueno, gracias. Creo que los dos necesitamos algún reconstituyente.
El bar estaba casi desierto. Acodado al mostrador, Nick Conway, el compinche del sepulturero, bebía con actitud abatida.
Se acomodaron a una mesa. Harley les llevó las bebidas y el alguacil, al quedar solos, comentó:
—Se ha portado usted muy bien, Banon. Para ser un tipo de ciudad, no ha flaqueado en ningún momento. Se lo agradezco.
—No tiene que agradecerme nada. Hice lo que debía.
—Pero usted es forastero. No tiene ninguna obligación.
—Merry Lou es de aquí.
Moylan sonrió.
—Entiendo. Es una gran chica… la mejor. ¿Va a llevársela usted?
—Sí.
—No me sorprende. Lo esperaba desde que empezaron a tontear juntos. Bueno, felicidades.
Bebieron y después Mils encargó otra ronda a su cuenta. Mick Conway se apartó del mostrador plantándose ante Moylan. No parecía muy seguro sobre sus piernas.
—¿Sabe algo de Walt? —tartajeó.
—Nada.
—¡Nada! ¿Es que siquiera le ha buscado?
Moylan arrugó el ceño.
—Por lo menos, lo he intentado. A propósito, no recuerdo que tú hayas formado parte de la partida. ¿O ibas de incógnito, Mick?
—Yo… este… cuando me enteré ya habían partido.
—Claro, llegaste tarde.
El beodo masculló lago ininteligible entre dientes, se encaminó a la puerta y desapareció.
Moylan gruñó:
—El día menos pensado se romperá la crisma en cualquier parte y su amigo Saxon tendrá el trabajo de enterrarlo… Bueno, Banon, ya nos veremos. Y gracias por su colaboración.
Tomó el Winchester y se marchó.
Cansado y entumecido, Mils fue en busca de la cama.

En la esquina, balanceándose como titubeando sobre la dirección a tomar, vio a Mick Conway. Parecía perdido, más ebrio que nunca.

Fue la última vez que le vio vivo.

Capítulo X

MICK CONWAY también vio a Mils y le siguió con la mirada a medida que se alejaba, difuminado por la bruma cada vez más densa.

Al fin echó a nadar barboteando frases incomprensibles a media voz.

Al cabo de un rato se detuvo, de nuevo balanceándose inseguro sobre las piernas. Buscó en los bolsillos, encontró unas monedas y las reunió. Siguió buscando y un par de billetes de dólar se unieron a las monedas.

Insistió en el registro de sus bolsillos pero ya no halló nada más.

Aquél era todo su capital.

Lo contempló con gesto torvo. Maldijo y gruñó, y por un instante esbozó un gesto como para arrojar tan pequeña fortuna a la mojada calzada.

Luego lo pensó mejor y volvió a embolsárselo. Dio un traspié, recobró el equilibrio y siguió caminando sin saber muy bien dónde ir.

De las nubes bajas y oscuras empezó a desprenderse una ligera y débil llovizna, que aumentó la densidad de la niebla. Conway dobló una esquina, trastabilló y refunfuñando, con el agua escurriéndole por la cara, inició la suave ascensión por el paseo de la ladera.

La lluvia arreció más densa por momentos. Conway miró en torno y vio que estaba delante de un pequeño jardín, pulcro y atractivo. Lo atravesó hasta el porche de la casa. Había allí una bicicleta pequeña y un par de juguetes más.

Sobresaltado, miró en torno hasta reconocer el lugar. Se estremeció tiritando de frío y humedad. Aquélla era la casa de los Fielder, muertos en el accidente de carretera.

De modo que era una casa vacía.

Paseó la turbia mirada por toda la calle. Estaba desierta, y al

agua, ahora, formaba como una cortina que impidiera la visión a una docena de pasos.

Ya no titubeó más. Tanteó la puerta y ésta se abrió sin la menor dificultad. Mick Conway se coló al interior y cerró apresurado.

Reinaba un silencio espeso, opresivo, allí dentro. El rumor de la lluvia llegaba amortiguado, casi musical a sus oídos.

Se frotó las manos, mientras examinaba lo que tenía alrededor y una idea comenzaba a germinar en su cerebro turbio por el alcohol.

La idea estaba asociada con su escaso capital y la manera de aumentarlo.

Empezó a registrar una estancia que contenía algunas gavetas con cajones. Encontró papeles y revistas infantiles, pero nada más.

Amplió el área de registro. La casa era grande y los Fielder habían sido ricos, eso era seguro. Tal vez después de muertos le solucionaran a él la situación económica.

Se embolsó un mechero dorado. Tal vez fuera de oro.

Encontró una lujosa pluma estilográfica y también fue a parar a sus bolsillos, pero todo carecía de importancia.

En el primer dormitorio tuvo más suerte. Era el del matrimonio, y en un cajón, dentro de un joyero, encontró todo un surtido de alhajas. Las contempló fascinado antes de trasladarlas a sus bolsillos.

Esto estaba bien. Ahora sólo faltaba descubrir dónde guardaban el dinero. Forzosamente debían tener dinero en casa…

Abrió más cajones, impaciente.

Le pareció que alguien se movía en alguna parte y se irguió, alarmado. Sólo oyó el tenue crepitar de la lluvia.

Volvió a agacharse. El último cajón de la cómoda se resistía, pero al fin se abrió. Revolvió entre las prendas de ropa y allí estaba. Un buen fajo de billetes.

Estuvo a punto de lanzar un grito de entusiasmo.

Iba a echar mano al dinero, cuando una zarpa muy dura cayó sobre su hombro. Los dedos se hincaron cruelmente hasta dañarle, pero Mick Conway apenas advirtió el dolor, aterrado por el hecho de haber sido descubierto en pleno robo.

La zarpa tiró de él hacia arriba, obligándole a incorporarse. Las piernas apenas le sostenían.

De pie, notando al fin el dolor de aquellos dedos como garras,

ladeó la cabeza. Pensó que quizá fuera el alguacil Moylan…

Abrió la boca y ningún sonido brotó de ella. Algo helado entró en sus venas. Algo como un frío polar que le paralizó hasta el alma.

Al fin jadeó.

—¡Ted… Teddy Fielder…!

Fueron sus últimas palabras.

Después de ellas la sangre.

Leda Haré vivía sola. Siempre había vivido sola. Tenía buenas rentas, una vista de lince, y estaba considerada como la chismosa oficial de Newborough.

No era un título muy halagüeño, pero a ella no le preocupaba demasiado. Sabía que la mayoría de la gente la detestaba, pero ella detestaba a «toda» la gente, así que la cosa quedaba más o menos nivelada.

El alguacil había recibido infinidad de quejas de los vecinos, porque la mirada implacable de la solterona les perseguía como el ojo del destino.

Y ella había presentado infinitas denuncias de amenazas, y también de algún que otro cristal roto por una mal intencionada pedrada.

Parada junto a la ventana, a oscuras, miraba el jardín de la casa del otro lado, la que había pertenecido a los Fielder. Le sugestionaba desde que, ya hacía horas, creyó ver un movimiento detrás de una ventana. Incluso pensó que oía un grito, pero después todo había seguido quieto y silencioso.

Se había aburrido horas y horas, porque con la lluvia la gente era reacia a asomar a la calle. En días como ésos, Leda lo pasaba muy mal.

Por fortuna, a última hora, había sorprendido a Merry Lou Simpson, a aquella descocada Merry Lou Simpson, cuando paseaba en compañía del pintamonas forastero.

Seguro que esos dos se entendían. Era una vergüenza que aún tuvieran el tupé de pasearse por la calle, enlazados por la cintura. Desde luego, ella había catalogado a aquel degenerado desde el primer día que lo vio en el pueblo. Todos esos artistas son lo mismo, viciosos, corrompidos, chiflados por el sexo.

Los había visto detenerse un instante y besarse en plena calle. Eso debería estar penado por la ley y las buenas costumbres. Si la

dejaran a ella…

Después de tamaña indecencia, aún les pudo ver mientras llegaban al recodo del paseo y se perdían de vista. Seguro que iban a casa de los Ogden.

No había sorprendido nada más de interés en el resto de la tarde, como no fuera la lluvia que caía intermitentemente.

Pensó que debía dejar su observatorio y prepararse algo para la cena. Afortunadamente ella tenía costumbres muy morigeradas y no necesitaba gran cosa.

Se levantó y atravesó la sala a oscuras. Encendió la luz del corto pasillo que desembocaba a la cocina.

La cocina era grande, espaciosa, y comunicaba con el jardín posterior por una puerta que ella siempre cerraba.

No obstante, ahora estaba abierta.

Intrigada, encendió la luz.

El hombre y la mujer se levantaron despacio de las sillas que habían ocupado, junto a la mesa. Los dos estaban desnudos, indecentemente desnudos, y Leda desorbitó la mirada y emitió un ahogado grito de espanto.

El hombre y la mujer se movieron pausadamente hacia ella. Tenían una mirada vidriosa y fija, muerta. Algo les había sucedido en la cabeza, porque tenían en ella unas horrendas cicatrices rojizas, mal cosidas con unos burdos puntos de sutura.

Al fin la voz acudió a sus desesperadas llamadas. Pero fue una voz agónica, apenas un quejido.

—¿Qué… qué…?

Eran tan blancos que daban náuseas. Y desnudos… nunca antes había visto a un hombre en aquel estado…

Las manos se tendieron hacia ella. Y entonces, por fin, un largo alarido brotó de su garganta.

Tras el alarido, ya sólo brotó sangre.

Capítulo XI

MILS dormía perfectamente cuando aquello le despertó.

Abrió los ojos a la oscuridad y dio vuelta en la cama. Confusamente, aturdido de sueño, pensó en la razón de que hubiera despertado.

Atisbo la ventana. Era noche cerrada y no se oía ningún ruido.

Desvelado, trató de descubrir lo que fuera que le había roto el sueño profundo en que estuviera sumido.

Un ruido, sin duda. Creía captar en el subconsciente un ruido. O quizás un grito. Pero nadie grita a esas horas de la noche, como no sea en medio de una pesadilla.

El viejo Neil Parker, quizá. Dormía en la planta baja y entonces recordó que ya el otro día se había quejado de pesadillas.

Cerró los ojos esforzándose por reconciliar de nuevo el sueño, sólo que eso no era tan fácil, una vez roto bruscamente.

Entonces, en alguna parte de la casa, resonó algo como un golpe, y el arrastrar de algo pesado.

Gruñendo, se incorporó de la cama y escuchó.

Silencio.

Acabó saltando al suelo y, acercándose a la ventana, trató de penetrar las tinieblas del exterior. Había una luz en la calle, más allá de la verja de madera del jardín, pero su opaco resplandor apenas si lograba disipar la bruma a unos pasos de distancia.

No se veía ningún movimiento.

Pensó que quien estaba sufriendo pesadillas era él. Se disponía a regresar a la cama, cuando aquello blanco atravesó el sendero y desapareció más allá del seto que dividía el jardín con el de la casa vecina.

Se quedó estupefacto, porque creía haber visto a una mujer completamente desnuda. Pero ningún cuerpo humano podía ser tan blanco como aquella cosa. Además, llevaba algo arrastrando, un

fardo oscuro.

Intrigado, con un oscuro temor, Mils encendió la luz y se vistió apresuradamente. Fuera lo que fuere, estaba seguro de haber visto a alguien moviéndose en el jardín.

Descendió las escaleras, y una vez abajo llamó:

—¡Neil! —tanteó buscando la llave de la luz—. ¡Señor Parker!

La luz del vestíbulo brilló. Todo estaba en orden allí abajo. Por un instante estuvo tentado de regresar a su cuarto y acostarse sin más alboroto. Probablemente, Neil Parker estuviera dormido, y no le daría las gracias precisamente por despertarle a esas horas de la noche.

No obstante levantó la voz una vez más:

—¡Parker, responda!

No sabía con exactitud dónde estaba la habitación del dueño de la casa. Empezó a buscar, abriendo y cerrando puertas de estancias vacías, hasta que llegó a la del viejo.

En la oscuridad, recortándose con el tenue resplandor de la calle, vio una cama revuelta y vacía.

Contuvo el aliento y encendió la luz.

Emitió un grito, fue algo superior a él y a su voluntad.

Otro cualquiera hubiera gritado igual al ver toda aquella sangre en las sábanas, y en el suelo, junto al lecho.

De la sangre partían algunas huellas confusas hacia la puerta. Huellas de pies desnudos. Él estaba pisando una y dio un paso atrás al advertirlo.

Asustado, corrió hacia el teléfono. Allí cayó en la cuenta de que ignoraba el número del alguacil. Buscó la guía y perdió unos minutos preciosos hasta encontrar el número de Moylan, al que llamó con una angustia creciente en su interior.

El teléfono sonó y sonó infinidad de veces al otro extremo de la línea. Luego, al fin, la voz adormilada del alguacil refunfuñó algo imposible de entender.

Él dijo:

—¡Habla Mils Banon, alguacil! Algo ha sucedido aquí…

—¿Qué, quién…?

Soltó un juramento.

—¡Han matado a Neil!

Eso le despejó.

—¿Neil Parker, de la pensión?

—Venga, Moylan, no pierda más tiempo. Soy Mils Banon.

—No se mueva de ahí…

Colgó.

Pensó en lo que había visto y se precipitó al jardín a oscuras. Vio el rastro de algo pesado allí por donde había sido arrastrado. Y oscuras manchas de sangre, como el siniestro camino de la muerte.

Moylan llegó poco después, a medio vestir y sin utilizar la sirena que tanto le gustaba. Atropelladamente Mils le informó de lo que había creído ver, y lo que de seguro había visto en el dormitorio del viejo Parker. Los dos entraron en la casa.

Impresionado, el alguacil penetró en el jardín de la casa vecina siguiendo el rastro del suelo. Vio que se perdía en la parte de atrás, en el seto de la calle posterior y regresó junto a Mils mascullando juramentos.

—Ahora seamos sensatos, Banon. ¿Usted cree que una mujer ha hecho todo esto? Neil era viejo, pero bien conservado y fuerte…

—No estoy seguro, Moylan, ya se lo dije. Me pareció una mujer desnuda, pero podía ser un hombre con algo blanco sobre el cuerpo… algo muy blanco.

—Si no fuera por la sangre, creería que vio un fantasma envuelto en una sábana. Usted no bebe, Banon. ¿O sí?

Mils suspiró.

—No lo bastante para embriagarme, Moylan. Y sea lo que fuere que vi, no llevaba una sábana flotando a su alrededor. Parecía un cuerpo desnudo.

—El cuerpo de una mujer…

Mils se encogió de hombros.

—Escuche, me he limitado a contarle mi experiencia, no la he adornado con detalles truculentos ni nada de eso. Por lo demás, esa sangre es lo bastante elocuente para que nadie tenga que forzar la imaginación para saber lo ocurrido. Y ese rastro… Han asesinado al viejo y se lo han llevado arrastrando. No hay otra explicación a mi entender.

Moylan refunfuñó. Pensaba en lo que le había caído encima esos últimos días, y ahora un asesinato.

—Si he de pedir ayuda a la policía de Newport van a reírse de mí hasta las piedras. Y no creo que ellos sepan mucho más que yo…

Habría que traer oficiales de Estonhaven.

Mils iba a replicar, cuando, en alguna parte, una mujer empezó a chillar como una loca.

Los dos dieron un salto fuera de la casa. Los alaridos parecían brotar de las mismas tinieblas, pero un instante después Moylan exclamó:

—¡Ahí… la casa de los Barrie…!

Echó a correr y Mils le siguió, saltando un seto, una cerca, y casi rompiéndose la crisma al caer en un hoyo de arena.

Los gritos salían de una casa cuyas ventanas estaban iluminadas. La mujer que gritaba estaba ante una de ellas y se debatía histéricamente entre los brazos de un hombre. Los dos llevaban pijama por toda vestimenta.

De las casas más cercanas empezaban a brotar chorros de luz, al encenderse los faroles exteriores y las ventanas.

Moylan rugió:

—¿Qué pasa aquí? ¡Suelte a esa mujer!

Llevaba el revólver empuñado cuando se plantó delante de la ventana. Mils llegó resoplando y se quedó mirando la escena, estupefacto.

La mujer dejó de debatirse y gritar. Parecía completamente enajenada.

El hombre dijo con voz ronca:

—¡Soy Norman Barrie, Moylan!

—Ya lo veo. ¿Qué pasa?

—La niña…

—¿Qué?

La mujer aulló:

—¡No está! Mi hija… mi pequeña…

Moylan sintió el hielo de la muerte en el espinazo.

—¿Su hija no está en la casa?

—No.

—Trate de calmar a su mujer, y abra la puerta. A gritos no solucionaremos nada.

Entraron en la casa. Mils vio un interior confortable y ordenado. La mujer lloraba histéricamente. Barrie explicó:

—Mi mujer se levantó para dar un vistazo al cuarto de Bessie. Desde que pasó lo del niño de los Ogden no duerme tranquila y lo

hace cada noche.

—Muchas madres hacen lo mismo —rezongó el alguacil, lívido.

—Bueno, la niña no estaba en su cama, y las ropas estaban caídas en el suelo. Entonces empezó a chillar.

Moylan tuvo un horrible presentimiento.

—¿Hay sangre en las ropas?

La mujer dejó de llorar y le miró alucinada.

El hombre balbuceó:

—¿Sangre? No sé… no tuve tiempo de fijarme.

—Ahí, la última puerta, al fondo del pasillo.

Moylan corrió como si le persiguieran, y Mils fue tras él.

Las ropas de la pequeña cama estaban caídas en el suelo, pero limpias, sin una gota de sangre.

El alguacil hubo de apoyarse en la pared. Con voz apenas audible murmuró:

—¡Dios, creí que también…!

Mils estaba junto a la ventana. Comentó:

—¿Cuántos años tiene esa niña, Moylan, lo sabe?

—No… pero es muy pequeña. Tres o cuatro, creo.

—Me parecen pocos para que haya podido levantar la ventana de guillotina ella sola. Y sin embargo no hay señales de que la hayan forzado.

—¿Quién demonios iba a forzar la ventana? La chiquilla debió verla abierta…

—¿Y salió por su cuenta? Dudo de que su madre dejara la ventana abierta después de la alarma por lo sucedido al otro niño. Ya ha oído usted a ese hombre. La madre ni siquiera dormía tranquila y se levantaba para vigilar a la pequeña. No dejaría la ventana abierta en esas circunstancias.

Quedaron mirándose largamente, sin hablar. Moylan estaba pálido y desconcertado. Mils, más inquieto a cada momento.

En la puerta Barrie dijo:

—¿Hay sangre, Moylan?

No le había oído llegar.

—Ni gota. ¿Estaba cerrada la ventana cuando acostaron a la niña?

—Seguro, y con el pasador puesto.

—Si es así, ¿quién la abrió, Norman?

Éste abrió la boca, estupefacto, y se olvidó de cerrarla. Si antes estaba pálido su rostro empezó a tomar un sórdido color terroso.

Moylan añadió:

—Y no hay señales de que la hayan forzado.

—¡Dios! ¿Entonces…?

—No sé. Supongo que la chiquilla no podía abrir la ventana.

—¿Con tres años? Claro que no.

—Pregunte a su mujer. Quizá la abrió ella al entrar en el cuarto.

El hombre desapareció. Mils dijo de pronto:

—Algo está pasando en el pueblo, Moylan. Son demasiados acontecimientos a la vez.

—¿Qué quiere decir con eso, qué cree que está pasando?

—Eso no lo sé, naturalmente. Pero no es lógico nada de cuanto ocurre estos últimos días.

Barrie volvió. Sus ojos tenían una mirada perdida.

—No lo recuerda… apenas razona. Menos mal que algunas vecinas amigas suyas están ahora con ella. ¿Qué piensa hacer ahora, Moylan?

—Dar la alarma, reunir gente y buscar a su hija, por supuesto.

La alarma se dio. Y una vez más los hombres rastrearon el pueblo y sus alrededores, valiéndose de linternas eléctricas, faros de coche y focos portátiles.

No encontraron el menor rastro de la chiquilla.

Pero para el alguacil y Mils Banon, eso no fue lo peor. Tampoco vieron ni una huella del cadáver de Neil Parker, más allá del seto por donde desapareciera la aparición blanca que el pintor creía haber visto.

Capítulo XII

AHORA, el pueblo tenía miedo.

Uno podía notarlo con sólo salir a la calle.

Mils, parado en el jardín de la pensión, miró en todas direcciones sin ver alma viviente. La soledad desolada del miedo reinaba en Newborough y ese miedo empezaba también a filtrarse en sus nervios.

Echó a andar hacia el bar de Harley. En todo el camino no se cruzó con nadie.

Harley estaba solo, acodado detrás del mostrador. A juzgar por su expresión tampoco estaba muy satisfecho. Cuando oyó la puerta dio un respingo.

—Oh, es usted, señor Banon.

—¿Dónde está la gente esta mañana?

—Imagino que en sus casas. Éste era un pueblo en el que nunca se cerraban las puertas, ¿sabe usted? Ahora, quien más quien menos da dos vueltas a la llave para asegurarse. ¿No hay noticias de Neil Parker?

—Ninguna.

—Pero usted continua viviendo en la pensión.

—Claro. ¿Dónde voy a alojarme si no?

Sacudiendo la cabeza, Harley preparó el desayuno de Mils sin más comentarios. De espaldas a él, poco después, dijo:

—Ni siquiera Mick apareció por aquí esta mañana, y era de los primeros en tomar una copa.

—¿Quién?

—Mick Conway.

—Le vi ayer, parado en la esquina. Se balanceaba sobre las piernas como si no pudieran sostenerle.

—Había bebido mucho. Es una bala perdida. Ése acabará mal, aunque supongo que todos los pueblos tienen un golfo oficial, como

tienen su chismosa, su belleza oficial y su comité de buenas costumbre. Una peste…

Colocó el desayuno delante de Mils y éste comió sin apetito. Estaba saboreando el café cuando entró el alguacil.

Estaba pálido, demacrado, y había profundos círculos oscuros en torno a sus ojos.

Saludó con voz apagada y fue a sentarse al lado de Mils.

—¿Tienes alguna noticia?

—Montones —gruñó, lúgubre.

Mils le observó de soslayo. Dijo:

—A juzgar por su expresión, Moylan, ninguna buena.

—Acierta.

Harley esperó ponerle el café delante de la nariz y entonces le acució:

—Bueno, suéltalas de todos modos.

El alguacil saboreó la ardiente bebida a pequeños sorbos.

Al fin gruñó:

—Primero, Neil Parker: desaparecido; usted vio cómo, Banon. Segundo, la chiquilla de los Barrie: desaparecida, y tenía tres años, lo que hace suponer que no podría ir muy lejos por sus propios medios. Tercero: Mick Conway: desaparecido. Su madre estuvo dándome la lata desde el alba. Vivía con ella.

—¿El borracho? —exclamó Mils.

—Usted le vio ayer. Bueno, nadie ha vuelto a verlo.

—Ése puede estar durmiendo la mona en cualquier parte.

—No. Según su madre nunca pasaba toda la noche fuera. Sobrio o ebrio, volvía a casa a dormir, y se acostara a la hora que fuera, ella le sacaba de la cama a las ocho, así cayeran rayos. Es una mujercita dura como el acero… Bueno, no ha vuelto a verlo desde que lo levantó ayer.

Harley, desconcertado, masculló:

—Todo esto no tiene pies ni cabeza, Moylan. ¿No se ha sabido nada del sepulturero tampoco?

—Ni una palabra.

Mils, pensativo, dijo:

—Eso parece una plaga, pero no sólo desaparecen los vivos, sino los muertos.

Harley pegó un respingo y el alguacil cabeceó.

—Sé lo que quiere decir…

—Claro, los cadáveres que el sepulturero enterró nadie sabe dónde.

Hubo un silencio mientas Moylan daba cuenta del resto del café. Sólo cuando hubo terminado dijo:

—Usted tenía razón, Banon, las huellas de pies desnudos eran de mujer. Pies desnudos, una mujer desnuda. ¡Maldita sea! No hay quien lo entienda. ¿Por qué una mujer desnuda fue a asesinar al pobre viejo?

—¿Y por qué se lo llevó después?

—No hay respuesta. No hay una sola y podrida respuesta para nada de lo que está pasando. ¿Sabe una cosa, Banon? Ya hay quien está pensando en abandonar el pueblo. Sobre todo los que tienen niños pequeños.

—Lo comprendo.

—Voy a pedir ayuda a Newport. No puedo manejar eso yo solo…

Dejó unas monedas sobre el mostrador y se fue, abatido y sombrío.

Harley masculló:

—No quisiera estar en su lugar…

Mils pensaba más o menos lo mismo cuando salió a la desierta calle. Caminó de vuelta a la pensión y al entrar se dirigió a la habitación del viejo.

Vio las huellas de sangre seca, el revoltijo de ropas y las señales de su paso que el alguacil había dejado. Una sensación de viscosa inseguridad comenzaba a adueñarse de él.

Subió a su cuarto. El retrato de Merry Lou le miró desde la tela, con sus ojos llenos de luz. Descolgó el teléfono y la llamó.

La muchacha dijo:

—No puedo acudir esta mañana, Mils… mamá está histérica de miedo con todo lo que pasa, no quiere que salga.

—Muy bien, lo comprendo perfectamente. Sólo quería oír tu voz, saber que estás bien.

—Yo también deseaba oírte. Te quiero, Mils.

—Y yo a ti. Cuídate.

Colgó, deprimido, y al mismo tiempo tieso como un cable.

Más tarde oyó alboroto en la calle y, asomándose a la ventana

vio a un grupo de ocho o diez hombres, armados de escopetas de caza y algún que otro Winchester, pasar caminando resueltamente, como si supieran muy bien a dónde iban.

Descendió a saltos las peligrosas escaleras. Acercándose, oyó la sirena del alguacil y pronto apareció el coche a toda velocidad.

Le hizo señas y Moylan frenó violentamente. Corrió hacia él y saltó al asiento junto al alguacil.

—¿Qué pasa, tiene alguna pista?

Moylan arrancó de nuevo.

—Ninguna, pero empiezan a perder los estribos. Unos chiquillos dicen que la cocina de la *Gaceta* está llena de sangre y no hay rastro de la vieja.

—¿De quién está hablando?

—Oh, es cierto que usted no sabe… Una solterona metomentodo, fisgona y chismosa. Vivía sola y todo su trabajo consistía en espiar la vida de los demás. Bueno, parece que le ha pasado lo mismo que al pobre Neil.

Había un grupo de gente en el jardín de la pequeña casa. Moylan se abrió paso entre los hombres iracundos, preocupado por las armas, y alguien le señaló la fachada lateral.

Mils le siguió. Vieron el jardín posterior, una puerta abierta de par en par, y una mujer acurrucada junto a la barbacoa sujetando contra ella a dos chiquillos.

El interior de la espaciosa cocina parecía un matadero. Había sangre hasta en las paredes, pero ni rastro de ningún cuerpo.

Salieron al jardín. La mujer apretó más a los chicos contra su cuerpo.

Moylan gruñó:

—No voy a comérmelos, señora Mars. Si sigue así les ahogará. ¿Qué es lo que pasó?

Los chicos estaban pálidos, pero la mujer parecía mucho más asustada que ellos.

—Entramos al jardín… Íbamos a la escuela, ¿sabe?

—Ajá, continúa.

—Algunas mañanas lo hacíamos… entrábamos, llamábamos al timbre de atrás y echábamos a correr, así la vieja se levantaba chillando…

—Claro.

—Bueno, esta mañana hicimos igual… sólo que la puerta estaba abierta y… y vimos todo eso rojo…

La mujer balbuceó:

—Vinieron a casa, alguacil, y yo le llamé a usted.

—Entiendo. Gracias, señora Mars, puede llevárselos y que vayan a la escuela.

—No volverán a la escuela hasta que todo esto acabe. Deberían cerrarla, eso es. Cerrarla. No estamos seguros los mayores con que los pequeños menos…

Se alejó llevándose a sus hijos como si temiera perderlos de vista un sólo instante.

Moylan se secó el sudor de la frente.

—Bueno, esto va a estallar en cualquier momento, Banon. Lo malo es que estallará en mis narices.

Los hombres armados les rodearon cuando volvieron a la fachada delantera. A gritos exigieron acción, organizar la caza de los asesinos, así se escondieran en el infierno.

Moylan les dejó gritar hasta que se calmaron. Entonces dijo con forzada calma:

—Eso está bien, amigos. Todos queremos lo mismo, acabar con esta pesadilla, pero hay que utilizar la cabeza. Sean quienes sean, no pueden ocultarse más que en los bosques, quizás en los pantanos. No podemos salir de cualquier modo, arriesgándonos a dispararnos los unos a los otros con los nervios.

—Entonces, ¿qué hacemos, Moylan, dejarnos asesinar?

—Organizamos en grupos bien compenetrados. Saldremos a cazar a esos malditos asesinos, pero además de eso, voy a organizar patrullas nocturnas de voluntarios. Recorreremos el pueblo sin parar, toda la noche, y de día si es preciso. Lo haremos de modo que ningún gato pueda salir de casa sin que lo veamos.

Hubo un murmullo de conformidad. Todos se fueron detrás del alguacil, tan pronto hubo éste cerrado la casa tras recorrerla para comprobar que estaba desierta.

Mils quedó solo en la acera.

Un poco más abajo de la cuesta, un pequeño grupo de mujeres estaban reunidas en un jardín. Hablaban y gesticulaban violentamente.

El miedo empezaba a convertirse en histeria.

Aquella misma tarde, en el bar de Harley, tuvieron la primera muestra. Alguien entró y dijo:

—Los Satterlee se van. Acabo de verlos cargando cosas en su furgoneta. Se llevan todo lo que cabe en ella y aseguran que no piensan volver nunca más.

Harley se rascó el cogote.

—¿Y la casa? No pueden llevársela con ellos.

—Satterlee dice que la dará a un agente de bienes y raíces para que trate de venderla, pero esta noche ya no la pasarán aquí.

Alguien más, desde una mesa, refunfuñó:

—Deberíamos imitarle, porque eso es lo más sensato. Si uno lo piensa fríamente, este pueblo no tiene nada bueno como para quedarse en él.

Hubo murmullos de asentimiento, y apenas alguna que otra protesta. Mils, acodado en la barra, asistía a la discusión sin intervenir, pero preocupado e inquieto.

A la noche, el alguacil distribuyó patrullas formadas por dos hombres armados cada una. Les asignó una zona del pueblo, pero no pudo librarse del terror de que, en sus ansias por cazar a los misteriosos criminales, disparasen contra cualquiera que saliera de casa inadvertidamente.

Sólo confiaba en que el miedo mantuviera a todo bicho viviente en la cama.

Esperó el regreso de los que habían salido por su cuenta a rastrear los bosques próximos, sólo para comprobar que no habían hallado el menor rastro. Después, desalentado, se dirigió al bar.

No quedaba nadie más que Mils y el propietario.

Harley exclamó:

—Parece que estamos en guerra. No recuerdo haber visto tanto miedo ni en Vietnam.

—Dame algo fuerte, Harley, me gustaría emborracharme.

—Eso lo arreglaría todo…

Le sirvió una enorme dosis de *whisky*. Mils esperó a que bebiera un buen trago y entonces le espetó:

—¿Qué piensa usted de todo esto, alguacil? Todas esas muertes y la manera como se han producido.

—Maldito si lo entiendo. Locos, quizá. O una secta de fanáticos de Satanás o algo así. Recuerde a Manson y sus degenerados. Un

grupo como ése podría muy bien firmar todos esos crímenes.

Harley asintió.

—Quizá has dado en el clavo —murmuró—. Una especie de crímenes rituales, ¿eh?

—Algo semejante.

Estuvieron discutiendo el tema unos minutos más. Luego, Mils pidió el teléfono y llamó a Merry Lou. La muchacha estaba en casa y aseguró que había cerrado puertas y ventanas, y que su padre se proponía pasar la noche despierto, al lado de su escopeta.

Colgó, aliviado por ese lado. Al menos, la muchacha estaba segura.

Salió en compañía de Moylan y éste le llevó a la pensión en su coche.

—Para que cualquiera de mis nerviosos ayudantes no le peguen un tiro, Banon —dijo más o menos irónicamente.

Mils, casi avergonzándose de sí mismo, recorrió toda la casa afirmando puertas, asegurando ventanas y comprobando que nadie pudiera entrar sin armar escándalo.

Tras esto, se acostó.

A pesar de las patrullas, de los vigilantes armados, esa noche desaparecieron cuatro personas más.

Dos de ellas vivían solas.

Las otras eran un matrimonio de mediana edad.

Encontraron sangre en todos los casos.

Sólo sangre.

Capítulo XIII

AL día siguiente con el terror aleteando en todos los rincones del pueblo, cinco familias más decidieron abandonarlo todo y marcharse. La gente les vio partir con el ceño fruncido, inquietos, pero quizá reprochándoles aquella especie de deserción.

Al medio día llegaron policías de Newport. Vestían uniformes vistosos, llevaban grandes revólveres y dos coches espléndidamente equipados.

Investigaron en las casas de las víctimas conocidas, tomaron muestras de sangre, hicieron preguntas, y antes de que cayera la noche se marcharon satisfechos de su trabajo. Prometieron que al día siguiente, cuando hubiera luz suficiente, un helicóptero volaría por encima de los bosques y ciénagas para ayudar a las patrullas que salieran del rastreo.

—Un gran trabajo de investigación —refunfuñó Moylan aquella noche, en el bar de Harley donde había cenado.

Mils, ceñudo, sugirió:

—Pida ayuda a la policía del estado. Ellos son auténticos profesionales.

—Se reirían de mí. Además, mis Superiores inmediatos están en Newport. Son ellos quienes habrán de pedir esa ayuda… si lo creen conveniente.

—Ya veo.

Harley paseó la mirada por la desierta sala y gruñó entre dientes:

—Esto va a ser mi ruina. Hoy ni siquiera cubro gastos.

—No te quejes, otros lo pasan peor. A propósito, no se abre la escuela. Hoy no asistieron ni la cuarta parte de los chicos. Las madres los encierran bajo siete llaves.

Miró el reloj y se levantó.

—Se prepara otra noche de mil demonios. La mitad de los que

ayer salieron voluntarios no han acudido hoy para patrullar. Mañana no acudirá nadie, seguro. Empiezo a pensar que todos esos que abandonan el pueblo no van tan desencaminados…

Harley empezó a quitarse el delantal.

—Voy a cerrar, Moylan. Si me prestas un arma yo iré contigo.

—Lo mismo digo —se ofreció Mils.

El alguacil les sonrió, agradecido.

—De acuerdo, vamos a mi oficina.

Las calles desiertas, con la ligera bruma y el manto de terror que flotaba sobre el pueblo, imponían respeto.

Mientras se dirigían a la oficina del alguacil se cruzaron con dos de los vigilantes. No habían visto nada sospechoso y todo parecía tranquilo.

Los vigilantes se quedaron parados en la esquina, viéndoles alejarse y uno comentó:

—Moylan no tiene capacidad para resolver algo tan grave como todo eso…

—Ni los figurines que vinieron de Newport tampoco —rezongó el otro—. Ya viste lo que hicieron, pavonearse como si estuvieran interpretando una película en televisión. Ninguno se ofreció para quedarse esta noche.

—Bueno, mandarán un helicóptero.

—Eso lo solucionará todo…

Echaron a andar, las escopetas al hombro, recelosos, escrutando las sombras de los jardines y las casas, escuchando el denso silencio de la noche.

—Mi mujer está hablando de marcharnos —dijo uno cuando se detuvieron para encender un cigarrillo—. Creo que tiene razón.

—No sé, abandonarlo todo; la casa, los muebles…

—Con el tiempo alguien comprará las casas.

—No sé qué decirte. Mi mujer también habló de eso durante la cena. Tenemos dos niños, ya sabes. Pero no creo que sea la solución.

Siguieron adelante, cuesta arriba.

Nunca lo habrían admitido, pero tenían miedo. A pesar de estar juntos, de las escopetas, tenían miedo.

Tenían miedo ellos y tenía miedo el pueblo.

El pueblo que siempre había sabido de oscuridades y temores;

pero hasta entonces habían sido temores a algo concreto y sabido: A las tormentas que destruían cosechas, a la enfermedad y a las privaciones, al rayo y al qué dirán.

Ahora era un miedo distinto. Era un miedo como pudo tenerlo el ser humano en los albores del tiempo ante fenómenos que no comprendía. Era el miedo a los demonios, a la oscuridad, miedo a las tinieblas del alma.

Los hombres siguieron patrullando las calles.

Y entre tanto, el mal acechaba…

Pero ahora el mal también había desarrollado cierta astucia.

* * *

La señora Barrie, repleta de sedantes, se revolvía en la cama presa de inquietud, sumida en una extraña duermevela.

Su marido, despierto, la veía revolverse de un lado a otro y la angustia impedía que pudiera pegar ojo. La angustia por ella y por la criatura desaparecida.

Cuando por fin el agotamiento y la tensión nerviosa le vencieron y quedó amodorrado, las atroces pesadillas siguieron atormentándole el sueño.

Entonces, la mujer abrió los ojos y paseó la mirada por la negra oscuridad.

Miró a su marido. Barrie dormía al fin con una respiración agitada.

Ella se levantó en silencio. Caminó como una sonámbula hacia la habitación de su hija, encendió la luz y contempló alelada la pequeña cama vacía.

Ahogó un sollozo y sus ojos de alucinada vagaron en torno. Abrió la ventana y las tinieblas del exterior parecieron golpearla con su mano helada y húmeda.

Con voz contenida, baja, llamó:

—Nenita, ¿estás ahí? Vamos no te escondas de mamá, deja ya de jugar…

Primero una pierna, luego la otra paso por la ventana y salió al jardín. Caminó sin rumbo, como buscando algo, buscando quizás su propia razón.

Atravesó el raquítico seto y dobló a un lado, hacia la calle lateral. La bruma la envolvió, húmeda y viscosa.

De la bruma surgieron las zarpas del mal. La atraparon y ella

aún gritó. Un alarido lacerante, seco, corto.

Después, silencio.

* * *

Los dos se detuvieron en seco.

—¿Oíste eso? —jadeó uno de los vigilantes.

—¡Seguro!

Descolgaron las escopetas de sus hombros y echaron a correr. La noche y la bruma pareció engullirlos y sus pasos resonaron sobre la acera, veloces, resueltos a pesar del miedo.

No vieron nada en las tinieblas, sólo la luz de una ventana allá, al otro lado del paseo.

Era la única luz en todo lo que alcanzaba su vista.

—El grito sonó por aquí…

—Ésta es la casa de los Barrie.

Atravesaron el jardín con las armas prestas a disparar. Por la ventana iluminada vieron un dormitorio infantil, vacío y en orden.

Se miraron, intrigados.

—¿Crees que debemos llamar a Barrie? Me parece muy extraño que tenga la ventana abierta, después de lo que les pasó.

—Vamos.

Llamaron, y Norman Barrie apareció con ojos desorbitados.

—¡Mi mujer! —estalló antes de que pudieran pronunciar una palabra—. ¿Dónde está mi mujer?

No la encontraron.

* * *

Fastidiado, Pete Hascomb gruñó:

—Vete a dormir, Ned. Quiero acostarme de una maldita vez.

Ned Grant le miró con sus ojos turbios. Era un hombrecillo delgado, desastrado y sucio que cabeceaba sentado en un rincón de la descuidada cantina.

—Yo no… —tartajeó.

—Estás borracho como una cuba. Vete a casa y déjame cerrar las puertas. En toda la noche no ha venido nadie, ni vendrán ya, así que lárgate, Ned, antes de que te eche.

El borracho se levantó. No era peleón. Nunca lo había sido.

Sólo dijo:

—Tú también tienes miedo…

—¿Hay alguien en el pueblo que no lo tenga? Anda, vete.

—Yo.
—¿Tú qué?
Le empujaba hacia la puerta mientras hablaban.
—Yo no tengo miedo. Eso.
—Porque estás borracho.
—Tonterías…
Al fin logró que saliera a la acera. Se dio una prisa endemoniada a cerrar la puerta, de modo que cuando Ned Grant giró tambaleándose se encontró con la puerta en las narices.
—Tienes miedo, Pete —tartajeó dando traspiés—. Miedo a los fantasmas…
Se fue calle abajo canturreando entre dientes.
Vivía fuera del pueblo, en una casa, casi una choza, que había heredado de su mujer. No era hombre de grandes necesidades, nunca lo había sido. Comía lo imprescindible para subsistir, y bebía mucho más que comía. Fuera de eso no necesitaba nada.
Ni mujeres, excepto en sus sueños heréticos de cada noche.
Desde que muriera su esposa ninguna otra había ocupado nunca su lugar, y no por honestidad o falta de deseos, sino porque Ned sabía bien que para conseguir una mujer habría de ir a Estonhaven y pagar una prostituta. Y eso costaba dinero… mucho dinero.
Pero soñaba con mujeres casi cada noche. Estuviera más o menos borracho, las mujeres siempre aparecían en sus sueños de solitario placer.
—Al diablo… con ellas. Viva el *whisky*…
Se rió al empujar la puerta que nunca cerraba. Entró a tientas y se tiró sobre la cama canturreando, con todo girando a su alrededor.
Empezó a quitarse las ropas a tirones, y de nuevo, al quedar desnudo, las imágenes obscenas surgieron en su cerebro empapado de alcohol.
Solo que esa noche algo cambió.
La mujer desnuda abrió la puerta y entró sin prisas, mirándole en la oscuridad.
Ned Grant hipó, sorprendido. Eso no era una pesadilla, ni un sueño. Esa mujer completamente desnuda estaba allí, acercándose paso a paso.
Claro que era muy blanca… demasiado…
Pero ni siquiera lo advirtió. Era la primera mujer desnuda que

veía en años. Tenía unos pechos un poco flácidos tal vez, pero sus muslos eran firmes, y la oscura mancha entre ellos era suave y rizada.

La mujer llegó a la cama. Ned balbuceó:

—¿Quién… quién…?

Tuvo una erección brutal, como no recordaba otra en toda su vida.

La mujer, lentamente subió a la cama.

Capítulo XIV

DURANTE todo el día el helicóptero de la policía sobrevoló los bosques casi rozando las copas de los árboles.

Lo único que sus tripulantes pudieron ver, fueron los grupos de hombres armados que rastreaban la espesura.

Fue un buen trabajo. Se suponía que ni una serpiente había podido pasar desapercibida a tanta vigilancia.

Pero no encontraron nada.

No encontraron a nadie.

—Es como si se escondieran bajo tierra —masculló el alguacil, cuando los hombres regresaron al pueblo, frustrados y con el miedo asomando a su mirada.

Se desperdigaron con prisas, deseosos de hallarse en sus casas, junto a los suyos, encerrados y vigilantes.

Mils, agotado como los demás, entró en el bar de Harley y llamó por teléfono a Merry Lou.

La voz de la muchacha sonaba tensa.

—¿Cómo te encuentras?

Oyó el suspiro de alivio a través del auricular.

—Ahora bien, Mils. Pero he pasado un día muy malo pensando en ti, en que estabas en los bosques.

—No hemos visto nada sospechoso. ¿Qué tal tus padres?

Ella bajó la voz.

—Asustados. Y yo también, Mils. Dicen que han desaparecido otras personas… la señora Barrie, los Morton, y ese hombrecillo que nos cortaba la leña cada invierno… Ned Grant…

—Está bien, cálmate. La gente no puede esfumarse en el aire, tiene que estar en alguna parte. ¿Quieres que vaya a tu casa esta noche?

—Me gustaría, Mils, te hecho tanto de menos. Pero no quiero que estés en la calle, solo. Nos veremos por la mañana.

—Como quieras.

Se despidieron y colgó.

Harley había colocado un gran vaso de *whisky* sobre el mostrador y casi lo vació de un sólo trago.

Moylan gruñó:

—Esta noche tengo sólo cinco voluntarios. Ya sabía yo que esto acabaría así.

—Para lo que te han servido, maldita la falta que hacen. Ninguno vio nada, a ningún extraño. Y la gente desapareció igual, así que ya me dirás para qué los quieres.

—Harley, tú patrullaste anoche conmigo. Tampoco vimos nada y no nos descuidamos ni un minuto.

—Entonces, ¿qué, son fantasmas, hombres invisibles? ¡Maldita sea! ¿Dónde están?

Mils dijo suavemente:

—Tómelo con calma, Harley.

—¡Calma, calma! Y hoy se han marchado tres familias más. Dentro de poco no quedará nadie en el pueblo, entre los que se van y los que desaparecen. Éste será un pueblo muerto… un pueblo de muertos.

Moylan le observó, preocupado.

—Lo malo de todo esto —dijo—, es que mucha gente piensa ya como tú, Harley. Eso se llama derrotismo.

—Llámalo como quieras. Si yo no tuviera negocio…

—¿Qué?

—Me largaría yo también.

Moylan sacudió la cabeza. Hubo un silencio. De pronto, Harley se dirigió a Mils y le espetó:

—¿Y usted, qué hace aquí, por qué no se va? No es del pueblo, no tiene nada que lo retenga aquí. ¿Qué espera, que le echen el guante también?

—¿Quién, Harley?

Éste se echó atrás, mirándole intrigado.

Mils repitió:

—¿Quién va a echarme el guante?

—No lo sé. Pero si yo estuviera en su lugar, juro que esta noche cogería el coche y adiós muy buenas.

—Tal vez lo haga.

Moylan levantó la cabeza. Mils añadió:

—Si Merry Lou se viene conmigo.

—Ya veo, le ha dado a usted fuerte.

Mils sonrió. El alguacil apuró las últimas gotas de licor y saltó del taburete.

—Si dentro de un rato aún tienes abierto, vendré a cenar, Harley. ¿Se queda usted, Banon?

—El tiempo de comer algo. ¿Qué hacemos esta noche, patrullamos con usted?

—Me agradaría, pero supongo que está usted agotado después de su excursión por los bosques.

—Puedo aguantar un poco más.

—De acuerdo, nos veremos aquí dentro de media hora.

Se fue ante la mirada escéptica de Harley.

Luego, éste comentó:

—No le comprendo a usted, Banon. Se arriesga por algo que no le concierne en absoluto.

—Estoy en el pueblo, ¿no es cierto?

—Sí, ya sé, y tiene aquí a su chica. Bueno.

Se fue a la cocina y Mils quedó solo. No había nadie más en todo el local.

No cesaba de darle vueltas a todo lo que sucedía. Pensaba y pensaba sobre lo mismo, y no conseguía elaborar una sola idea más o menos sensata.

Cuando Harley regresó, él seguía allí, absorto y preocupado.

El dueño del bar anunció:

—Tengo la cena casi a punto. Usted, Moylan y yo… como en familia.

Mils no replicó. Algo se agitaba en su mente.

—¿Qué le pasa? Parece que está a cien millas de aquí.

—¿Qué?

Harley sacudió la cabeza.

—Parecía lejos, ¿en qué pensaba?

—En la manera como empezó todo esto.

—Pues sí que…

—Con el accidente en la carretera.

—Nadie sabe cómo empezó. Y lo que es peor, nadie sabe cuándo acabará ni cómo.

—Escuche, Harley, yo llevaba más de tres semanas aquí cuando hubo ese accidente. No había pasado nada, éste era el lugar más tranquilo y pacífico del mundo. ¿Comprende?

—Ni una palabra.

—Hubo ese accidente. Entonces empezaron a suceder hechos inexplicables. El chiquillo desaparecido y que después apareció devorado, la desaparición del sepulturero y los cadáveres, y luego todo lo que ha seguido… Pero empezó entonces.

—¿Y qué? Pudo empezar de cualquier otro modo y en cualquier otra ocasión. No tiene relación una cosa con otra.

—Quizá no, pero no deja de ser extraño.

—Créame, se trata de crímenes rituales. Una pandilla de chiflados, repletos de droga como esos bastardos degenerados de Manson, en California. Y otros que han aparecido después en otros lugares.

—¿Y dónde diablos se esconden, Harley?

—Si alguien lo supiera se acabaría el problema.

Cuando Moylan regresó, trayendo armas para Mils y el dueño del bar, no habían llegado a ninguna conclusión.

Cenaron en medio de un sombrío silencio. Después, Moylan destinó a Harley para que formara pareja con uno de los cinco voluntarios, y él y Mils se dirigieron hacia las anchas calles de la ladera.

No hablaban mucho. Uno y otro escrutaban la oscuridad, las cambiantes formas de los jardines, donde las plantas se movían a impulsos del aire y había leves susurros que hasta esa noche nunca habían captado.

—¿Sabe una cosa, Banon? No me importa decirle que hasta ahora jamás había tenido miedo de la oscuridad.

—Ya somos dos, Moylan.

El alguacil sonrió.

—Es usted un gran tipo para ser de ciudad.

—Y usted lo es a pesar de ser un polizonte rural.

Rieron sin alegría. Un perro ladró de pronto en alguna parte y ambos se estremecieron. Otro, más lejos, respondió.

Moylan dijo:

—Ése es el dogo de los Ford. Tiene un ladrido como un trueno. Los Ford también se marchan mañana.

—No puede reprochárselo.
—No, claro. Pero usted sigue aquí.
Mils se encogió de hombros.
—No sé por cuánto tiempo, Moylan. Quiero hablar con Merry Lou antes de tomar una determinación.
Continuaron su ronda. Tal como lo veían, el pueblo ya parecía desierto y muerto. Un pueblo fantasma.
De pronto, el alguacil se detuvo.
—Mire, hay luz en casa de su chica.
—Ya la vi.
—Bueno, entre un momento, sólo para que vean que estamos alerta. Y para que usted la vea a ella también —acabó, sonriendo.
—Bien, gracias, Moylan. No perderemos más que unos minutos.
Atravesó el jardín dejando al alguacil junto a la verja de madera pintada de blanco. Llamó a la puerta y casi al instante la voz asustada de un hombre inquirió al otro lado:
—¿Quién está ahí?
—Soy Mils, señor Simpson. Abra.
La puerta se abrió con extrema cautela. Una cadena impidió que se abriera del todo y la cara asustada de un hombre a atisbo por la rendija.
—Está bien, espera un momento, hijo.
Volvió a cerrarse para retirar la cadena.
Tan pronto entró, Merry Lou se echó en sus brazos llena de contento.
—Bueno, nenita, no pasa nada; el alguacil está aquí fuera esperándome. Sólo entré para asegurarme de que estaban todos bien.
Ella le besó sin importarle la presencia de los padres.
Sólo al separarse, Mils vio la escopeta en las manos del hombre.
—Me tranquiliza ver que está usted armado.
—¿Ha ocurrido algo más esta noche?
—Nada que yo sepa. Hay patrullas en las calles.
—También las había las otras noches y ya viste. ¿Qué opina Moylan?
—No lo sé.
Miraba a la muchacha, encandilado por su belleza. Después del tiempo sin verla se le antojaba aún más hermosa.

—Muchas familias abandonan el pueblo —dijo—. Mañana se irán más. Quizá fuera conveniente que ustedes lo pensaran con calma, señor Simpson.

—Nunca abandonaré mi casa. La levantamos con trabajo y sudor, aquí hemos vivido. Nos quedaremos en ella, Mils.

—Lo comprendo.

—Merry Lou se irá contigo si tú decides marcharte. Y maldito si me importa que estéis casados o no. Sólo llévatela.

Mils miró de soslayo a la madre de la muchacha. Apenas si se asombró al ver que asentía en silencio a las palabras de su marido.

—Veré lo que decido. ¿Qué opinas tú, nena?

—Yo iré a donde tú vayas, querido.

—Muy bien, mañana lo decidiremos. Ahora debo irme, Moylan estará impaciente.

Volvió a besarla ligeramente y salió. Esperó a oír los cerrojos y el correr de la cadena al otro lado antes de atravesar el jardín hacia la calle.

Del alguacil no había ni rastro.

Alarmado, Mils miró en todas direcciones.

Moylan había desaparecido.

En el suelo, como un despojo, quedaba la escopeta de dos cañones. Ni siquiera la había disparado.

Capítulo XV

LA desaparición del alguacil fue la gota que colmó el vaso. Las familias empezaron a hacer sus preparativos para abandonar el pueblo y el miedo se convirtió en un terror viscoso hacia lo ignorado y desconocido.

Desde Newport enviaron a dos agentes para que mantuvieran el orden e investigaran las circunstancias en que Moylan había desaparecido, cosa que les llevó a marear a Mils con preguntas y más preguntas, que no les condujeron a nada práctico.

Mucho más tarde, ese mismo día, se supo que un matrimonio llamado Dudley se había esfumado también durante la noche. Encontraron toda la casa en orden excepto el dormitorio. Allí todo estaba revuelto como si se hubiera desarrollado una enconada pelea.

Sobre la alfombra había incluso unas gotas de sangre.

Del hombre y de la mujer, ni el menor rastro.

Harley, en su desierto bar, comentó dirigiéndose a Mils, su único cliente:

—Esta noche no habrá nadie patrullando las calles, y esos dos figurines de uniforme no creo que asomen la nariz fuera de la oficina del pobre Moylan. Tienen más miedo que nosotros.

—Y usted, ¿qué piensa hacer?

—Cerrar en cuanto usted se vaya y encerrarme en casa. Vivo solo, ¿sabe? Si esos degenerados, sean quienes sean, vienen a buscarme, se llevarán un par de sorpresas.

Mils no replicó. Tenía miedo, como todos, pero intentaba razonar con más calma que la mayoría, aunque eso no le llevara a ninguna parte.

Estaba en silencio cuando sonó el teléfono. Harley lo descolgó, lo escuchó y tendió el auricular a Mils.

—Para usted. Su chica…

Inquieto, preguntó a través del aparato:

—¿Qué pasa, nena?

—Mils, pensé que estarías ahí, cenando.

—Casi me iba. ¿Estás bien?

—Sí. Te he llamado porque papá dice que si quieres puedes venir a pasar la noche en casa. Bueno, yo se lo he pedido, ésa es la verdad. ¡Oh, Mils, no quiero que estés solo en ese caserón!

—Cálmate.

—Ya mataron a Neil Parker allí. Y tú solo…

—Está bien, iré.

—¿De veras vas a venir?

—Seguro. Si no fuera que le tengo miedo a tu madre, yo mismo lo hubiera pedido —terminó, riendo.

—Debes temerla más que a esos monstruos para no haberlo hecho.

Era la primera vez que se pronunciaba la palabra monstruo y Mils habría de recordarlo muy pronto.

—Harley va a cenar, así que iré a buscar un par de pijamas. Hasta luego, cariño.

—Ven pronto.

Colgó. Harley dijo:

—¿Va a cambiar de residencia, Banon?

—Eso parece. Pierde usted un cliente de la hora del desayuno.

Harley esbozó una mueca.

—Si yo tuviera una chica como ésa no me separaría de ella ni para la cena.

Harley le acompañó a la calle. Mientras se alejaba, Mils oyó cómo cerraba la puerta metálica. Encendió un cigarrillo y apresuró el paso.

El silencio era tan absoluto, tan denso, que casi dañaba los oídos. A medida que caminaba, escuchando sus propios pasos, sentía crecer la opresión del temor a lo desconocido, a la fuerza que había desatado el terrible misterio.

Ciertamente, no había patrullas en las calles. No había nadie, nada. Mils hubiera deseado que por lo menos un perro ladrara en alguna parte. Sería un signo de vida. Quizás el miedo hubiera hecho presa hasta en los animales.

El pequeño jardín de la pensión era un lago de sombras. Más

allá, la casa a oscuras se le antojó un enorme panteón sombrío y abandonado.

Caminó a través del jardín. Le pareció que una sombra se movía más allá del seto, junto al tronco de un árbol, y se detuvo en seco, el corazón latiéndole desacompasadamente.

No vio ningún otro movimiento. Escuchó con todos los sentidos, pero tan sólo el roce del aire entre las plantas turbaba el inmenso silencio de esa noche negra y amenazadora.

Se dirigió a la puerta. La encontró entornada y no recordaba si la había cerrado al salir. Titubeó presa de una extraña zozobra. Al fin, cautelosamente, la empujó.

Giró con un chirrido mostrando las tinieblas del interior.

Bueno, todo estaba como cada noche. Mils pensó que una cosa era el miedo y otra muy distinta hacer el ridículo ante sí mismo.

Entró y tanteó la pared en busca de la llave de la luz.

Entonces oyó el jadeo.

Parecía el jadeo de alguien que estuviera anhelante.

O de alguien que sufriera.

Se quedó helado, tenso.

—¿Quién está ahí?

Su voz resonó por toda la casa vacía.

Unas manos como garras cayeron sobre él apretándole contra la pared. Una forma blanca se materializó a su lado y el pánico le invadió restándole facultad de reacción.

Las zarpas buscaron su cuello. Tenía una fuerza inhumana, paralizante.

Mils chilló en la oscuridad. Y sólo entonces luchó.

Descargó un puñetazo de abajo arriba por en medio de los dos brazos. Su puño se estrelló contra un rostro y los huesos crujieron, haciendo que las zarpas se aflojaran. Él saltó de costado, arrastrando consigo a su atacante y ambos rodaron por el suelo.

Las zarpas le soltaron. Jadeando como un fuelle, temblando, se levantó retrocediendo hacia la pared. El cuello le dolía como el infierno, pero ese dolor no significaba nada comparado con el pánico.

Ante él, el cuerpo blanco, desnudo, de un hombre alto y fuerte se irguió pesadamente. No podía distinguir sus facciones con claridad, eran sólo una mancha clara en las tinieblas.

Pero sus ojos… sus ojos…

Mils apoyó las manos contra la espalda y la pared y disparó las dos piernas con toda su fuerza. El golpe tiró al hombre desnudo hacia las escaleras y él cayó al suelo, pero se levantó como si hubiera rebotado y se lanzó a saltos hacia la puerta.

Allí, una mujer desnuda le cerró el paso. Algo nauseabundo, sonido burbujeante, pareció brotar de su boca crispada.

Mils, aterrado, intentó esquivarla. Ella le golpeó de refilón y la potencia del golpe le tiró dando tumbos fuera del porche, gritando sin voz, gateando sobre el césped, huyendo.

Volvió un instante la cabeza al llegar a la acera. El hombre y la mujer se dirigían a él rígidos como tablas, apresurados, pero sin correr.

Entonces los vio con más detalle y los pelos se le pusieron de punta.

Y corrió.

Corrió como jamás había corrido, ni en sus tiempos de universidad. Corrió enloquecido, gimoteando entre dientes porque había visto el terror con forma humana.

Había visto los monstruos.

Antes de llegar a casa de Merry Lou hubo de detenerse. Los pulmones amenazaban con estallarle, y un dolor agudo, punzante, le laceraba el costado allí donde la mujer le había golpeado con una fuerza salvaje y destructora. Y el cuello le ardía y todos sus músculos estaban tensos como cables de acero.

Se apoyó en una cerca, jadeando ruidosamente. Miró en torno y todo era soledad y silencio.

De nuevo corrió, y el dolor del golpe se hizo tan intenso que se vio obligado a dejar de correr limitándose a caminar encorvado como un anciano.

Cuando al fin vio la casa de Merry Lou, con las luces encendidas en las ventanas, esperándole, el alma se le llenó de gratitud.

Corrió hacia la puerta y sus golpes resonaron secos, desordenados.

El padre de la muchacha preguntó desde el otro lado.

—Soy Mils, abra, por favor…

Casi se desplomó al abrir la puerta.

Merry Lou lanzó un grito de espanto. Él, sólo jadeó:

—¡La puerta… cierre la puerta!

Apoyado en la muchacha llegó hasta el diván y se dejó caer en él. Le miraban asustados, y Merry Lou se arrodilló a su laso lado sujetándole las manos.

—¿Qué te ha pasado? Tienes arañazos en el cuello… y hematomas. ¡Mils, habla!

—Los he visto, han estado a punto de atraparme…

—¿A quién has visto?

—A los… a los monstruos.

—¿Quiénes son? ¡Mils, hay que dar la alarma!

—No sé quiénes son. No sé siquiera qué son. ¡Dios, no son de este mundo! No pueden ser de este mundo…

El hombre y la mujer se miraron alarmados. Merry Lou soltó un quejido.

Él se dobló de repente con una mueca de angustia.

—El costado… me golpeó…

—¿Estás herido?

—No sé.

Le despojaron del jersey y la camisa.

Un hematoma enorme oscurecía su costado izquierdo.

El hombre murmuró:

—Quizá tengas una costilla rota, muchacho. No te muevas demasiado. ¿Con qué te golpearon, con un bate de béisbol?

Él le miró con ojos desorbitados.

—No comprende. Me golpeó con la mano. Una mujer. Una mujer desnuda… muerta.

Merry Lou ahogó un sollozo.

—¡Mils! ¿Qué te pasa?

—Tienen que creerme. Sus ojos estaban muertos. Eran ojos de muertos. Y tan blancos como la harina… y…

—¡Basta, Mils! Cálmate.

Él se echó atrás y cerró los ojos. Con voz sin inflexiones explicó:

—Esperaban en la pensión. El hombre estaba dentro y fue él el que me atrapó, sus manos tenían una fuerza increíble, me rompía… aún no sé qué hice, cómo me libré. Pero entonces, en la puerta, la mujer intentó impedirme la salida y me golpeó. Pensé que me mataba y el dolor me volvió loco…

—¿Eran un hombre y una mujer?

Miró al padre de la muchacha y asintió con un gesto.

—Sí —dijo—. Desnudos. Horriblemente blancos. Muertos.

—No digas simplezas, muchacho. Desnudos, lo creo. Si son drogadictos, degenerados y dementes puede esperarse cualquier cosa. Pero eso otro…

—Los he visto después, en el jardín. Venían hacia mí y pude verlos mejor. No estaban drogados, ni eran jovenzuelos degenerados. Eran un hombre y una mujer de unos cuarenta años.

Siguió hablando, insistiendo en lo que había visto, en los detalles, rechinando los dientes ahora porque el dolor y el miedo dejaban paso a una ira creciente, a una cólera salvaje que dominaba sus otros sentimientos.

Cuando calló, jadeando, el hombre se echó atrás y sólo dijo:

—Prepara unas compresas calientes, querida. Y algo de beber, algo fuerte. Eso le reanimará.

Las dos mujeres se movieron, silenciosas, espantadas.

Mils abrió los ojos y los fijó en la cara de Simpson.

—¿Me cree usted?

—En lo de la pelea, claro que te creo. Nunca en mi vida vi un golpe como éste. Pero en lo otro…

—Yo los vi, señor Simpson. Rígidos, torpes, pero con una fuerza salvaje y brutal. Y sus ojos eran ojos de muerto.

—Bueno, bueno, ya hablaremos de eso con más calma. De momento voy a llamar a la oficina de Moylan, supongo que los policías de Newport estarán allí.

Se dirigió al teléfono y Mils volvió a recostar la cabeza contra el respaldo. Con los ojos cerrados seguía viendo en su imaginación los espeluznantes seres que casi le habían cazado.

Unos minutos después Simpson volvió al lado de él y murmuró preocupado:

—No responden al teléfono. A menos que hayan salido a vigilar a la calle, tendrían que estar allí…

Los policías habían salido, pero no a vigilar las calles precisamente.

Capítulo XVI

LOS dos policías se detuvieron en el jardín a oscuras.

—Si no me he equivocado es aquí —dijo el más alto.

El otro miró en torno, receloso.

—¿Seguro?

Volvieron atrás. Había un buzón a la entrada, y al lado del buzón el número de la casa.

El alto gruñó:

—Número setenta y tres, Barton Romayne. Es aquí.

Volvieron a internarse en el jardín, hacia la mole oscura de la casa.

—Deberían estar esperándonos.

—El tipo que habló conmigo por teléfono dijo que nos esperarían, que les parecía haber visto a alguien en el jardín. Pero no hay ni una condenada luz.

Fueron a la puerta y llamaron varias veces, impacientes.

Y también asustados.

No sabían exactamente por qué, pero no estaban tranquilos ni mucho menos.

Nadie respondió. No se encendió ninguna luz en la casa.

Los dos policías cambiaron una mirada incierta. Instintivamente, el más alto apoyó la mano en la culata del revólver.

El otro aventuró:

—¿Nos habrán tomado el pelo?

—Dudo que haya nadie con ganas de gastar bromas en este poblacho, Willy.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Entrar. Veamos las ventanas.

Dieron vuelta a la casa examinando cada una de las ventanas. Estaban cerradas.

Pero la puerta posterior estaba abierta de par en par.

Se quedaron parados mirándola.

Willy gruñó:

—Eso cada vez me gusta menos, Andy. ¿Entramos?

—Debe haber luz en alguna parte.

Entraron. Encendieron las luces y registraron toda la casa.

Excepto una lámpara de pie caída en una salita interior, todo estaba en orden.

Pero no había nadie.

—Bueno, alguien sabía que esta casa estaba vacía y nos llamó para hacernos perder el tiempo. ¿Qué opinas tú?

—Lo dudo. Hay platos sucios en la cocina, y los restos son recientes, no están secos ni descompuestos.

—¿Qué hacemos entonces?

—Este maldito pueblo acabará por hacerme creer en aparecidos y cosas así. Vayamos a preguntar a los vecinos, ellos deben saber si los Romayne estaban aquí hoy o no.

—Suponiendo que no nos suelten un escopetazo. Por lo que llevo visto desde que llegamos, la gente, aquí, duerme con el dedo en el gatillo.

Fueron a la casa más próxima. Tuvieron dificultades para que les abrieran la puerta, pero al fin hicieron sus preguntas y comprobaron que el matrimonio Romayne había estado en casa hasta después de la hora de la cena.

Sólo que ya no estaban. Como tantos otros, habían desaparecido sin dejar rastro.

* * *

Desde el jardín de Merry Lou, Mils contemplaba el trecho de carretera que podía verse desde allí, hundiéndose en los bosques. Por la carretera serpenteaba una larga fila de vehículos de todo tipo alejándose del pueblo.

La muchacha, a su lado, murmuró:

—Todos se van, Mils…

—Creo que es lo más sensato. Nosotros también deberíamos marcharnos cuanto antes.

—Ya sabes que me iré contigo cuando lo decidas. Pero me apena dejar a mi mamá. Papá quizá dejara la casa a pesar de todo lo que dice, pero ella… Esta casa es su vida.

Mils estuvo tentado de decirle que quizá fuera su muerte si se

quedaban, pero apretó los dientes y calló.

Los coches se habían perdido de vista al adentrarse en el bosque.

El pueblo estaba silencioso. La bruma apenas empezaba a levantarse procedente de las marismas pantanosas.

Mils se apoyó contra el tronco del sauce. En el agua clara del pequeño estanque evolucionaban unos peces de colores.

Encendió un cigarrillo. Buscaba la decisión para abandonar el pueblo, pero no era tan fácil tomarla.

El padre de Merry Lou apareció en la puerta.

—¡Al fin he dado con los policías! —anunció—. Están en camino para hablar contigo, Mils.

—Es una gran noticia, después de tantas horas de buscarlos. ¿Le dijeron dónde pasaron la noche?

—Pregúntaselo tú. No me parecieron de humor como para hacerles esta clase de preguntas.

El coche con los distintivos de la policía de Newport llegó disparado, pero sin utilizar la sirena, como le gustaba hacer a Moylan.

—¿Fueron ustedes quienes nos llamaron hace unos minutos?

Simpson asintió, añadiendo:

—Pero es con él con quien deben hablar. El vio a los asesinos, anoche.

Se volvieron como si les hubieran azotado. Mils abandonó la protección del sauce.

—Entremos, hablaremos más tranquilos dentro —gruñó.

Le siguieron. Simpson cerró la puerta y Mils dijo:

—Empezamos a llamarles a ustedes antes de las doce… No hubo forma.

—Antes que usted llamó otro hombre, un tal Romayne. Él y su mujer desaparecieron después de telefonearnos. Desde entonces estamos buscándolos.

Merry Lou contuvo una exclamación de estupor.

El policía bajito añadió:

—Al parecer faltan dos personas más, pero no es seguro porque pueden estar entre los que han abandonado el pueblo al despuntar el día, aunque si es así lo han dejado todo.

—Hasta el coche —remachó el otro—. Veamos esa experiencia suya, señor…

—Mi nombre es Mils Banon. Éstos son el señor y la señora Simpson y ella es su hija, Merry Lou.

—Bien, adelante.

Contó todo lo que le había sucedido en la pensión sin omitir ningún detalle. Únicamente calló su personal convencimiento de que el hombre y la mujer eran muertos vivientes o algo semejante.

Los policías cambiaron una mirada azorada.

El alto arrugó el ceño y dijo, incrédulo:

—¿Quiere hacernos creer que el hombre y la mujer estaban tan desnudos como el día que vinieron al mundo?

—Ciertamente.

—Y que tenían una fuerza sobrehumana, ¿eh?

—Algo más que eso. La mujer me golpeó al pasar por su lado. El golpe me hizo volar por encima de los escalones del porche y aterricé cinco o seis pasos más allá, sobre el césped.

Se desabrochó la camisa, arrancó el apósito que la madre de Merry Lou le había colocado y mostró el enorme hematoma, ahora casi totalmente negro.

Le examinaron cada vez más incrédulos.

El bajito gruñó:

—Ese golpe debieron dárselo con un mazo, amigo. Ninguna mano humana puede hacer eso.

Él dijo suavemente:

—Ha dado en el clavo. No era una mano humana.

—¿Qué?

Simpson rezongó:

—Deja eso, Mils. Ya has dicho todo lo que sabes.

El policía insistió:

—Si no era humana, ¿qué era según usted, un extraterrestre?

—Un muerto. Dotado de movimiento, pero un muerto.

El alto barbotó un juramento que hizo estremecer a la señora Simpson.

El otro palideció.

—No creo que éste sea el momento de gastar bromas de esta clase, amigo. Ni de crear fantasmas donde no existen.

—Hacernos perder el tiempo para hablarnos de muertos vivientes… la próxima vez será el conde Drácula. Vámonos.

Se llevaron dos dedos a la gorra y salieron. Uno se volvió antes

de cruzar el umbral.

—Le aconsejo que no cuente esta clase de truculencias en la calle. La gente ya está bastante asustada. Y yo en su lugar buscaría un buen psiquiatra, Banon, o como se llame.

Cerraron la puerta de golpe al salir y durante un buen rato reinó el silencio.

Oyeron alejarse el coche. Se miraron uno al otro y al fin Mils se encogió de hombros.

—Creen que estoy loco. Eso es todo lo que son capaces de imaginar…

—Reconoce que les has dado motivos para creerlo, Mils.

Se volvió hacia la muchacha.

—¿Tú piensas lo mismo?

—No pienso que estés loco, naturalmente que no. Pero no creo que vieras muertos vivientes. Sean quienes sean son asesinos fanáticos, es la única explicación lógica.

—¡Lógica, lógica! ¿Dónde está la lógica en todo este maldito asunto? No hay lógica en las desapariciones, ni en los asesinatos del principio, ni en lo que yo vi, ni en lo que fuere que se llevó a Moylan, parado ahí fuera con una escopeta de dos cañones en las manos. ¿Qué lógica hay en todo este cúmulo de despropósitos? Y por encima de eso, ¿dónde están tantos hombres y mujeres desaparecidos? No pueden haberse esfumado en el aire, ni volatizado como un jirón de niebla. ¿Dónde están?

—Por favor, cálmate, querido.

Él cerró un instante los ojos. Cuando los abrió dijo:

—Prepara tus cosas para irnos de aquí, Merry Lou. Si es posible nos marcharemos antes de la noche.

Se dirigió resueltamente a la puerta. Antes de salir dijo:

—Voy a despedirme de Harley y a traer el coche.

En todo el camino hasta el bar de Harley no se cruzó con un solo ser vivo. Lo que ignoraba era si los que no lo estaban le observaban a él.

Detrás del mostrador, Harley se enderezó al verle entrar.

—¡Pensé que usted y la chica formaban parte de la caravana que ha pasado esta mañana, Banon!

—Nos iremos hoy mismo. Póngame un buen trago.

Mientras le servía, Harley exclamó:

—¡Caray! ¿Con quién se peleó? Tiene todo el cuello magullado.

Mils bebió sin responder, pensativo. Después murmuró:

—No creo que deba hablarle a usted de eso, Harley. Ya me han calificado de loco sólo por contar lo que vi. No es una experiencia agradable.

—¿Qué fue lo que vio? Vamos, hombre, confíe en mí. Sea lo que sea no me asustará más de lo que ya estoy. El pueblo está quedando desierto entre los que se van y los que desaparecen. Esta mañana usted es el primer cliente que entra. Sí, Banon, tengo miedo y no me importa confesarlo. Y le diré que yo peleé en Vietnam y allí las vi de todos los colores. Y ahora, suéltelo.

Mils bebió sorbo a sorbo todo el contenido del vaso.

Al fin empezó a hablar:

—Fue cuando salí de aquí, anoche, para ir a buscar unos pijamas a la pensión…

Harley le escuchó y a medida que oía el relato su cara iba adquiriendo un tono grisáceo de daba grima.

Al final, Mils calló y el otro se quedó estático, mirándole fascinado.

Hasta que murmuró con un hilo de voz:

—No sé si está loco o no, pero tengo la piel de gallina. ¿Está seguro de que no era una pareja de bastardos drogados hasta las cejas?

—He visto hombres y mujeres drogados en San Francisco más de una vez. Con «ácido», con morfina… con todo. No, Harley, eran un hombre y una mujer de unos cuarenta años y sus ojos eran los de un cadáver.

—¿No vio nada más en ellos?

—Excepto que estaban desnudos, no. Dentro de la pensión, cuando luché con él, estaba oscuro como la tinta. Y una vez fuera estaba demasiado asustado y dolorido para fijarme en detalles. Sólo eché a correr.

Harley le miraba con el ceño fruncido, pálido como si el muerto fuera él.

—Descríbalos lo mejor que pueda, Mils.

Era la primera vez que le llamaba por su nombre de pila.

Mils ni lo advirtió.

—¿Para qué?

—Haga lo que le pido, descríbalos. Todo lo que recuerde.

Se esforzó a recordar. No había muchos detalles en su memoria de todos modos, pero aún así dio cuantos recordaba del hombre y la mujer, íntimamente agradecido de que Harley no se riera de él.

El dueño del bar le dejó hablar sin interrumpirle, luego susurró:

—De cualquier manera, no es posible…

—Ya sé que no me cree, pero eso es todo lo que puedo decir.

—¡Maldita sea! Lo malo es que le creo.

—¿Qué?

—Esas descripciones…

—No me entretuve en examinarlos con más detalle.

—No importa. ¿Usted conocía a Teddy Fielder y su mujer?

—No. ¿Quiénes…?

Su voz se ahogó al caer en la cuenta de lo que la pregunta de Harley implicaba.

Éste añadió:

—Eran ellos. Me jugaría el bar que era Ted Fielder y su mujer… las descripciones encajan, incluso en ese cabello ensortijado y gris de él.

—Pero los Fielder murieron en el accidente de carretera.

—Y se supone que Saxon los enterró, y Saxon desapareció al mismo tiempo que los cadáveres. ¡Condenación, Banon! ¿Qué está pasando en este pueblo?

De repente una idea asaltó al pintor.

—Los Fielder tenían una tía que acuciaba a Moylan para que descubrieran dónde estaban enterrados sus sobrinos. ¿La conoce usted, Harley?

—Por supuesto.

Mils dio un vistazo en torno.

—No parece que vaya a venir mucha gente esta mañana. ¿Qué tal si vamos a verla?

Harley apenas si titubeó medio minuto.

—Muy bien. Tal vez ella sepa qué pasó con los cadáveres. Y si no lo sabe, quizá…

—¿Sí?

—No sé, todo esto parece el delirio de un borracho. Vamos.

La mujer vivía en Noria Road, en una casa de una sola planta. Llegaron allí en pocos minutos y de nuevo Mils observó que no

había nadie en las calles. Muchas de las casas estaban cerradas y abandonadas.

Sólo que la mujer tampoco respondió a sus llamadas.

Harley gruñó:

—Quizá se ha marchado también.

Dieron vuelta a la casa por el sendero de coches. Había un reducido garaje en la parte posterior con las puertas cerradas, pero por el ventanuco vieron un sedán azul de cinco años atrás.

—Es el coche de la vieja —sentenció Harley.

Volvieron a llamar sin resultado.

Cuando se alejaban, Mils comentó, sombrío:

—Esperemos que no haya ido a reunirse con sus parientes.

Regresaron al bar cabizbajos, sumidos en un mar de dudas y temores.

De pronto, Mils dijo:

—Sean quienes sean, Harley, ¿dónde se esconden, dónde está toda la gente desaparecida? Usted conoce los alrededores mejor que yo. ¿Qué lugar se le ocurre que pueda ofrecerles una guarida segura?

—No se me ocurre nada. Pero tratándose de muertos, si he de creer lo que usted dice, pienso que el lugar sería el cementerio.

Mils dio un respingo.

—¡Maldita sea!

—¿Qué?

—Pasamos por allí con Moylan, incluso me indicó qué era cada una de las dependencias, pero ni siquiera se nos ocurrió entrar.

—No se entusiasme, es sólo una idea.

—Una es mejor que ninguna. ¿Tiene usted un arma?

—Espere un momento, Banon. Una cosa es tener una idea y otra jugarse la cabeza. Hay policías aquí. Que vayan ellos a comprobarlo.

—Los policías me trataron de loco cuando les conté lo mismo que le he contado a usted.

—¿Y qué?

—Si ahora insisto son capaces de encerrarme.

Harley esbozó una mueca irónica.

—No me sorprendería. Pero de cualquier modo yo no iré al cementerio. Puede que no haya nada escondido allí, pero prefiero

no comprobarlo. Y déjeme decirle que yo también creeré que está usted pidiendo una camisa de fuerza si va solo, con arma o sin ella.

El bar estaba desierto. La puerta abierta no había tentado a nadie.

Entraron y Harley sirvió dos vasos de *whisky*, que bebieron sumidos en el silencio.

Tras esto, Harley entró en la cocina y tardó un buen rato en regresar. Cuando lo hizo depositó un achatado revólver sobre el mostrador.

—Es un «38» y está cargado, Banon. Guárdelo, vaya o no al cementerio. Un plomo de este trasto hace agujeros por los que pasa un puño.

Mils titubeó. Nunca había sido amante de las armas.

Acabó embolsándose el revólver.

—No sé qué haré, Harley. Pero gracias de todos modos.

Se estrecharon las manos y él se marchó.

Harley rogó para sus adentros que no fuera ésa la última vez que veía al pintor…

Capítulo XVII

MILS paró el coche delante de la casa de Merry Lou. La muchacha apareció en la puerta, inquieta y anhelante.

Él caminó a través del jardín. Se abrazaron, y estuvieron besándose hasta que el padre de Merry Lou carraspeó junto al portal.

—Lo he preparado todo, Mils; todo lo que voy a llevarme, que no es mucho.

—Bien.

Miró al señor Simpson.

—Y ustedes, ¿van a quedarse?

—No podemos abandonar lo que nos ha costado toda una vida de crear, hijo. Nos quedaremos aquí y rogaremos a Dios por nosotros, por vosotros, por el pueblo. Por los que se han ido y por los que se irán.

—Temo que eso sirva de bien poco.

—¿Cuándo piensas marchar, Mils?

—Antes de la noche, por supuesto.

Entraron en la casa. La madre de la muchacha lloraba silenciosamente mientras trasteaba en la cocina. La tristeza de los seres humanos parecía haberse contagiado a la naturaleza y el día se oscurecía a causa de los nubarrones bajos y la pesada bruma que se aplastaba contra la tierra, inmóvil porque no soplaba viento.

Comieron en silencio, abatidos. Parecía como si les faltara algo muy importante a cada uno de ellos.

Después de comer, mientras las mujeres estaban en la cocina, Simpson susurró:

—Cuídala, Mils. Ella te quiere mucho más de lo que puedes imaginar.

Él asintió. Estaban sentados en la salita, fumando.

Justo en aquel momento llamaron a la puerta. Simpson pegó un

salto. Mils se levantó y dijo:

—No tema, ellos no llaman a las puertas.

Abrió y se encontró a Harley allá fuera, armado con una escopeta y mirándole azorado.

—Hola; entre, Harley.

—No… este… Estuve pensando en lo que usted dijo, amigo.

—¿Y qué?

Harley miró por encima del hombro de Mils y saludó con un gesto a los Simpson, que observaban la escena.

Luego añadió:

—Los policías se han marchado. Dijeron que tenían que mandar un informe a Newport, a sus superiores. Ni informe ni nada. Se van, huyen también bajo ese pretexto.

—¿Y…?

—Si quiere ir allá arriba, Banon, le acompaño.

Mils titubeó.

—¿Qué le ha hecho cambiar de idea?

Harley se encogió de hombros.

—Pues no lo sé. Estaba solo, estuve solo todo el tiempo porque hoy mi único cliente ha sido usted. Bueno, me dije que alguien tenía que hacer algo, no podemos dejarnos aterrorizar sin hacer nada para evitarlo. Pensé en lo que hablamos y decidí venir.

—No sé… Merry Lou y yo nos marchamos esta tarde.

El desencanto se pintó en la cara de Harley.

—Comprendo.

—De todos modos…

Merry Lou exclamó:

—¿Qué es lo que pensabas hacer, Mils?

Éste no la miró.

—Nada, una simple comprobación. Creo que tenemos tiempo, Harley —se volvió hacia los Simpson—, Volveré para irnos antes de que oscurezca.

Salió casi corriendo para evitar que ellos le acosaran a preguntas. Harley, sorprendido, le siguió hasta el coche.

—Ahora pienso que no debía haber venido. Pero fue un impulso, si puede entenderlo.

—Vamos.

El coche arrancó con un chillido de neumáticos.

El cementerio tenía el mismo aspecto plácido de siempre. Lo único lúgubre eran las nubes y la bruma.

Harley, con la escopeta empuñada y el dedo en el gatillo, se detuvo delante del pabellón del sepulturero.

—Supongo que lleva usted el revólver, Banon.

—Oh, seguro.

Lo sacó. Abrieron la puerta y Harley, quizá recordando sus tiempos en Vietnam, se pegó a un lado y movió el cañón de la escopeta en un semicírculo, listo para disparar.

Al fin entraron. No había nadie allí. Un olor acre flotaba en la atmósfera. Había una botella de *whisky* vacía sobre la mesa, y dos vasos sucios. De una percha colgaban las ropas de trabajo de Walt Saxon.

Incluso abrieron un armario, para comprobar que estaba vacío.

Salieron fuera en silencio y ambos echaron a andar por el camino de gravilla. De la niebla se desprendía una densa humedad que empapaba el césped, los parterres y las flores.

Volvieron a detenerse frente al pabellón que servía de oficina y depósito de cadáveres.

Banon comentó:

—Si no están aquí ya no tendremos donde seguir buscando.

—Veámoslo.

Entraron rápidamente, las armas rígidas en sus manos.

Unas manos que, no obstante, temblaban.

La oficia estaba desierta y sobre la mesa había un legajo de papeles y un libro registro.

Harley señaló la puerta del fondo con el cañón del arma.

—Allí —murmuró—. Es el depósito.

Se plantaron ante la puerta. Harley descargó un puntapié contra ella y la abrió con estrépito. De un salto estuvo dentro, colocándose instintivamente a un lado para protegerse la espalda, como le enseñaran en la guerra.

—Entre, Banon.

Mils, el revólver temblándole en la mano, se coló dentro.

Vio varias mesas alargadas con canalillos a los lados, y una vitrina llena de instrumentos de cirugía. Había también unos bancos de madera, perchas con ropas colgadas de ellas, y un armario de cristal con multitud de frascos con líquidos coloreados.

A pesar de la poca luz, era fácil ver que tampoco allí había nadie, ni vivo ni muerto.

Se miraron, desalentados. Harley gruñó:

—Bueno, no sé si me alegro o no de esta soledad…

Mils se acercó a las perchas. Las ropas que colgaban de ellas estaban sucias de sangre reseca y negruzca.

Entonces vio algo más y sintió que algo se revolvía en su estómago. Con voz ahogada borbotó:

—¡Aquí, Harley, mire eso!

Eran un montoncito de ropas tiradas bajo un banco.

Harley se agachó. Emitió un quejido ahogado cuando sus dedos recogieron el pequeño pijama infantil, con un osito sonriente bordado.

—Es de niña —jadeó. Y su voz sonó como un sollozo.

—¡La chiquilla de los Barrie!

Harley se levantó con la diminuta prenda en la mano. Se miraron espantados. Mils balbuceó:

—De modo que estuvieron aquí, la trajeron aquí…

Harley miró en torno con ojos desorbitados.

—¿Dónde están? —rugió—. ¡Malditos sean! ¿Dónde están?

Arrojó con furia la pequeña prenda y apenas pudo dominar un violento escalofrío.

Mils dijo:

—No pierdas la cabeza, Harley.

Él examinó las mesas una a una. Se puso rígido.

—Hay sangre seca, pero no tanto como la otra. No es sangre tan vieja como la de las ropas…

—¿Qué delirio infernal es éste, Banon? Una criatura, una chiquilla de tres años…

Salieron al exterior. Había empezado a lloviznar. Una lluvia quieta, mansa, que apenas producía un leve susurro.

Mils dijo:

—¿Se atreve a quedarse aquí hasta la noche, Harley?

Éste titubeó. Había miedo en su mirada, pero también una ira sorda, creciente.

—¿Piensa usted que volverán?

—No lo sé, es una posibilidad.

—Muy bien. ¡Maldito sea si no los parto por la mitad! ¿Dónde

nos ocultamos?

—En el otro pabellón, creo yo. Pero antes he de advertir a Merry Lou. ¿Sabe si hay teléfono allí?

—Cualquiera sabe…

Lo había. Mils dio una excusa y colgó antes de que la muchacha pudiera hacerle preguntas que temía contestar.

Fue a llevar el coche detrás del pequeño edificio, y luego cerraron la puerta y la ventana, dejando sólo una rendija por la que vigilar el exterior.

Harley barbotó:

—Que vengan. ¡Condenación! Que vengan pronto.

Pero no aparecieron.

No sucedió nada en el resto del día, ni en las primeras horas de la noche.

Sólo el triste rumor de la lluvia turbaba el silencio de la tierra de los muertos.

—Bueno, Banon, hemos perdido el tiempo.

Éste miró una vez más su reloj de esfera luminosa.

—Son más de las doce.

Tenían los nervios tensos, casi doloridos por la larga, inútil espera.

—Quién sabe dónde están —murmuró Harley—. Creo que ya podemos largarnos de este lugar maldito.

Salieron fuera y el frío de la lluvia en la cara les relajó un poco los nervios.

—Le llevaré al bar y después iré a buscar a Merry Lou. Nos iremos esta misma noche, sea la hora que sea, Harley.

—Es lo más sensato que puede usted hacer.

En el bar, aún tomaron un trago antes de que Mils volviera al coche. Se despidieron tristemente. Harley cerró las puertas y él se alejó bajo la lluvia.

En la casa de los Simpson todas las luces estaban apagadas menos la de una ventana lateral, cuya luz se abría paso con dificultad entre la lluvia y la niebla. Era la ventana de la cocina.

Mils fue hacia la puerta. Iba a llamar cuando vio que no estaba cerrada del todo.

El corazón le golpeó en la garganta. Sintió una náusea, una abominable sensación de ahogo.

No era posible que hubieran dejado la puerta abierta. Sabía las precauciones del viejo Simpson, el miedo que les atenazaba.

La empujó con cautela.

Entró. Sus dedos se deslizaron hacia el revólver y lo empuñó, aunque ahora empezaba a dudar de que le sirviera de nada.

Avanzó a través de la salita. Todo parecía en orden, pero una silla estaba caída en la entrada del comedor.

Giró hacia el pasillo que conducía a la cocina. Se movía cautelosamente, agazapado, tenso, luchando con todas sus fuerzas contra el pánico que iba inundándole poco a poco.

Antes de llegar a la cocina oyó el ruido.

Se detuvo pegado a la pared.

¿Qué era aquello?

Intentó identificarlo, comprender.

No lo consiguió. Era un sonido extraño, burbujeante.

Era… era…

Era como…

Los pelos se le pusieron de punta de pronto.

Succión.

Era como cuando alguien succionaba una bebida a través de un tubito… o algo así… algo…

Dio un salto y abrió la puerta de la cocina de golpe, con el revólver por delante, amartillado.

La escena le saltó a la cara como un golpe.

El mundo se hizo blando, fofo bajo sus pies, turbio como si lo viera a través de una niebla roja.

Una cortina de sangre.

En el suelo, tirados uno al lado del otro, los padres de Merry Lou estaban muertos. Tenían el cuello negro y arañado y no cabía ninguna duda de que estaban muertos.

Y tendida a través de la mesa de la cocina, con las piernas colgando por un lado, las ropas desgarradas dejando su cuerpo al descubierto, estaba la muchacha…

Estaba Merry Lou… y la sangre…

Mils no pudo evitar un largo alarido. Un grito que ni siquiera era humano. Era el lamento de una bestia herida y torturada antes de la agonía.

Merry Lou tenía el cuello desgarrado y la sangre, que saltaba a

golpes, a borbotones rojos, era absorbida por el hombre desnudo que estaba irguiéndose entonces.

Una mujer, también desnuda, también blanca, se erguía a un lado del cuerpo muerto. Al apartarse, Mils descubrió el espantoso desgarrón del que igualmente manaba sangre.

El hombre y la mujer tenían los rostros tintos de rojo. Chorretones de sangre escurrían de las comisuras de sus labios.

Mils se tambaleó. Las piernas amenazaban con no sostenerle por más tiempo y ni siquiera recordaba que tenía un revólver en la mano.

Todo el terror del alma humana, los espantos que han vivido y muerto a través de los tiempos y las generaciones, todo eso no significaría nada comparado con el horror que se agitaba dentro de él.

Confusamente, vio que el hombre y la mujer no eran los que le atacaron a él. Éstos tenían una burda cicatriz en la cabeza, con una sutura descuidada y torpe.

La mujer emitió un sonido ahogado, algo que parecía burbujear y subir a la superficie desde el fondo del espanto. Luego, se encaminaron hacia él.

Mils retrocedió. Su espalda pegó contra el quicio de la puerta.

La mujer tendió las manos crispadas hacia él.

Sólo entonces recordó el revólver y disparó.

La pesada bala abrió un agujero en el estómago del monstruo, y el impacto lo tiró hacia atrás, contra la mesa. El golpe la derribó y el destrozado cadáver de Merry Lou cayó sobre los de sus padres.

La mujer abatió la cabeza. Del orificio de la bala brotó una materia espesa, grisácea.

Volvió a emitir aquel sonido gorgoteante y otra vez caminó hacia él.

El hombre desnudo levantó una mano y la detuvo. Fue él quien avanzó. Era él quien quería esa nueva víctima, esa sangre nueva…

Con un alarido terrible, Mils le arrojó el revólver a la cara y, girando sobre los talones, huyó sollozando, gritando, aullando como una bestia.

Nunca supo, nunca recordó cómo había subido al coche, cómo lo había conducido dando bandazos ni cómo logró llegar a la carretera de los bosques sin estrellarse.

Cuando llegó a Newport y se desplomó a la entrada de la comisaría, sus cabellos eran tan blancos como la nieve…

Y tenía treinta y tres años.

Capítulo XVIII

MILS BANON y Jack Woodward

El teniente Woodward se echó atrás en la butaca y respetó el silencio.

Mils Banon, sentado ante él, tenía la cara oculta en las manos, los codos apoyados en las rodillas y era la viva imagen del abatimiento y la derrota.

Con una voz que apenas si lo era, añadió:

—Me escucharon entre risotadas, luego dijeron que yo estaba loco. Trajeron a un siquiatra y no sé lo qué les dijo que aún les pareció más gracioso. Me soltaron y yo busqué un médico… estuve en observación seis meses y otro mes, como cura de reposo, en un sanatorio privado. Eso es todo, Woodward.

—¿Qué le dijeron en ese sanatorio privado?

—Vaguedades. Tampoco me creyeron, pero por lo menos no se burlaron de mí.

—Ya veo.

Él levantó la desolada mirada. Revivir todo el pasado había hecho trizas la poca calma que aún pudiera tener.

—¿Me cree usted?

El policía se encogió de hombros.

—No lo sé. Parece una paradoja, pero ni le creo ni dejo de creerle, porque yo he visto esa mano arrancada… y los bordes de la carne estaban macerados, como mordidos por los dientes de un perro.

—Ya lo sabe todo, todo lo que yo he vivido, Woodward. Ahora, decida. Usted no es un policía pueblerino. No es uno de esos aficionados, así que debe saber qué hay que hacer.

—No es fácil, Banon. Cuando llegué me comentaron las extrañas circunstancias en que ese pueblo había quedado desierto, vacío y

muerto. Los periodistas locales incluso hicieron algunos reportajes humorísticos entonces, atribuyendo las desapariciones a los platillos volantes y estupideces así.

Estaban sentados en una habitación del hotel donde Mils se alojara al llegar. Woodward se levantó y con las manos cruzadas a la espalda se acercó a la ventana y tendió la mirada hacia los hermosos bosques que cubrían la montaña.

Desde allí murmuró:

—Hay que localizar al forense que se hizo cargo de los cadáveres del accidente, eso por un lado. Si es cierto lo que usted dice, su conducta me parece por lo menos irregular, al no permitir el entierro de los muertos una vez practicada la autopsia… si es que la practicó.

—Eso tiene que resultar fácil.

—Nunca hay nada fácil en este condenado trabajo. No se mueva de aquí, Banon. Volveré tan pronto pueda.

Había salido de la habitación antes siquiera que Mils hubiera podido formular una pregunta.

Suspiró. Sentía el miedo dentro de él. Desde que sucediera todo aquello, el miedo formaba parte de su propio ser, vivía con él. Pero ahora notaba un principio de relajación, como si acabaran de quitarle un peso de encima, como si alguien compartiera el miedo y ya no fuera su carga tan pesada.

Por lo menos, Woodward, lo creyera o no, «hacía» algo, no se limitaba a mirarle con piedad y declararle loco.

Encendió un cigarrillo y dio unos pasos de un lado a otro. Él también miró hacia los bosques, aquella oscura espesura que era la frontera entre el bien y el mal, entre la normalidad y la demencia.

Entonces sonó el teléfono.

Sorprendido, lo descolgó. El empleado de recepción dijo:

—Una joven pregunta por usted, señor Banon. Su nombre es Jenny Roy.

Mils sintió que el suelo temblaba bajo sus pies.

—¡Oh, Dios, no…!

El recepcionista se impacientaba.

—¿La conoce usted, señor?

Su voz pareció un quejido:

—Sí, por supuesto. Hágala subir.

Cuando Jenny apareció en la puerta Mils hubiera querido golpearla.

—¿Qué infiernos estás haciendo aquí? —le espetó.

Ella entró y cerró suavemente a sus espaldas.

—Creí que te alegrarías de verme.

—No ahora. Ni en este lugar. ¿Por qué…?

Ella sonrió. Fue hacia él y le besó en la boca. La encontró tensa y fría, pero insistió y el estilete cálido de su lengua hizo que al fin él la abrazara y le devolviera el beso desesperadamente.

Después, la muchacha susurró:

—Desapareciste tan completamente que me inquieté. Supuse que habrías vuelto y empecé a llamar a todos los hoteles de este pueblo, hasta que me dijeron que estabas alojado aquí.

—¿Cuándo fue eso?

—Ayer.

—No me avisaron…

—Colgué antes de que lo hicieran. Pensé que te negarías a verme y vine. Te quiero, Mils. Ya lo he decidido.

—Dios, Jenny, en qué momento se te ocurrió. Al fin encontré alguien que cree lo que vi. Es un policía. Estuve en el maldito pueblo y allí le conocí, porque él buscaba a su sobrina…

Poco a poco le contó lo sucedido sin olvidar ningún detalle, viendo cómo Jenny perdía el color a medida que escuchaba.

Él añadió para terminar:

—Siguen allí, ¿comprendes? Atraparon a esa pareja… y seguirán matando a cuantos vayan allí descuidados e ignorantes de lo que se oculta en ese lugar del infierno.

—Entonces, Mils, ¿qué piensas hacer?

Él le tomó las manos y ambos se sentaron en una misma butaca, muy juntos, abrazados.

—Acabar con esos monstruos —rechinó entre dientes con un tono salvaje—. Ahora ya no estoy solo, Woodward es un policía.

—¿Y por qué tú? Déjales a ellos que hagan su trabajo.

Él la miró. Sacudió la cabeza.

Con voz lenta, neutra, dijo:

—Voy a decirte por qué, Jenny. Estuve en la pensión donde me alojé. Allí estaba el retrato que pinté de Merry Lou. No era producto de ninguna pesadilla. Estaba allí su rostro, vivo, con sus ojos llenos

de luz y de ansias de vivir. Lo quemé.

—¡Mils…!

—Por ella he de hacerlo. Por la vida que le arrebataron, por cómo se la arrebataron… por todo.

—Comprendo.

—Ahora ya lo sabes. Ya sabías también cómo había querido a Merry Lou. Constaba en mi historial.

—Por supuesto que lo sabía. Eso no tiene nada que ver con que nos queramos ahora, tú y yo. Cada episodio de una vida es una cámara estanca que se cierra cuando termina. Y otra se abre. La nuestra está abierta de par en par, Mils. Tenemos que vivir.

Él asintió.

—Cuando todo esto haya terminado.

—Esperaré.

—Pero no aquí. Regresa al sanatorio. Yo iré a buscarte.

Ella sacudió la cabeza.

—Me quedo.

—Jenny…

—Tomaré una habitación si temes el escándalo —dijo, sonriendo —. Pero no me iré sin ti.

—Puedes quedarte en ésta. Cuando Woodward vuelva supongo que nos iremos, así que no habrá escándalo.

Ella contuvo el aliento.

Estaban besándose cuando el policía abrió la puerta y se quedó parado allí, sorprendido.

—Lamento estropear algo tan bueno, Banon.

Dieron un salto fuera de la butaca. Jenny le miró serenamente. Woodward sonrió.

Mils dijo quién era la muchacha, un tanto azorado. El policía cerró la puerta y comentó:

—De modo que usted conoce esa historia, ¿eh?

—Cuidé a Mils durante meses.

—Bien, entonces dejemos los formulismos de lado. Usted, Banon, ¿es capaz de recordar al hombre y a la mujer que le atacaron en la pensión?

—Como si estuviera viéndolos. Nunca los olvidaré.

—Bien, por aquí empiezan a creer que yo también he perdido la chaveta. Pero el registro de conductores también depende de la

policía en estos centros rurales…

Sacó algo del bolsillo y lo tendió a Mils.

Éste tomó las fotografías. No pudo evitar un quejido de angustia.

—¡Son ellos, Woodward!

—¿Seguro?

—Nunca en mi vida estuve tan seguro de algo. Son el hombre y la mujer que me atacaron en la pensión.

—Son Teddy Fielder y su esposa Agata.

Él asintió en silencio.

—De modo, Banon, que o bien usted está loco de atar, o en ese pueblo sucedió algo que convirtió a los muertos en monstruos sedientos de sangre, porque los Fielder murieron sin ninguna duda en un accidente de coche.

—Y los otros dos…

—De ésos no hay fotografías aquí, eran forasteros.

Jenny dijo suavemente:

—Mils no está loco. Nunca lo estuvo, aunque nadie, ni yo misma creyera esa historia horrenda. Pero todos lo achacamos a una extraña pesadilla infiltrada en su mente.

—Yo he visto la mano arrancada de una muchacha de veintiún años —gruñó el policía—. Con toda probabilidad, mi sobrina. Bueno, muertos o vivos hay que acabar con semejante estado de cosas.

—¿Cómo, Woodward?

—Responder a eso es otro problema. Si solicito ayuda a la policía local para cazar muertos vivientes, me mandarán al siquiatra a mí.

—¿Entonces?

—Usted y yo, Banon. No podemos contar con nadie más.

Mils asintió.

Jenny contuvo el aliento, pero no dijo ni una palabra.

Tras unos instantes, Woodward añadió:

—El médico forense está en Estonhaven. Voy a ir a verlo antes de emprender nada. Después…

—Usted y yo iremos a cazarlos.

—Muy bien, relájese entre tanto. Y déjeme las llaves de su coche. Ese convertible es mucho más rápido que la carraca que alquilé.

Desde la puerta se volvió un instante. Forzó una sonrisa y dijo:

—Cuide de él, enfermera. Lo necesito en buen estado esta noche.

Salió y cerró la puerta.

Ellos dos quedaron mirándose. Una lenta sonrisa aleteó en los labios de la muchacha.

—Ya lo oíste, he de cuidarte hasta que él vuelva.

—Jenny…

—Te quiero.

La abrazó. El amor luchaba por desterrar los temores de su mente. La levantó en vilo y caminó hacia la cama sin despegar los labios de su boca.

Cuando la depositó sobre el lecho, Jenny sólo dijo en un susurro:

—Por lo menos, cierra la puerta con llave.

Mils sonrió y fue a dar vuelta a la llave. Ya no había miedo, ni sombras agazapadas.

Cuando volvió al dormitorio, el cuerpo bellísimo de Jenny parecía resplandecer como aureolado por el fuego del amor y del deseo.

Se amaron hasta la dulce laxitud del agotamiento.

Fuera, el sol se hundía detrás de las montañas con un estallido de colores rojizos.

Llegaba la noche.

Capítulo XIX

—ESTE es el doctor Hazel —presentó Woodward refiriéndose a su acompañante—. Ha venido conmigo y quizá sea de gran ayuda su colaboración.

Mils observó al hombrecillo con mirada inquieta. Le recordó con dificultad, ya que sólo lo había visto una vez y en aquella ocasión apenas si se fijó en él.

Pero era el hombre que en el bar de Harley provocara los disgustados comentarios del sepulturero.

El médico le observó a él como si fuera un insecto de una especie rara.

—De modo —dijo— que usted es quien ha contado toda esa truculenta historia…

—Supongo que usted no la cree.

El hombrecillo se encogió de hombros.

—Tal como la he oído, no, por supuesto. Pero me interesa acompañarles. Quiero ver por mí mismo esos fenómenos, si es que existen.

El policía gruñó:

—Cuente a Banon lo que me ha dicho a mí.

Mils se anticipó. Dijo, sombrío:

—Escuche doctor; ir a ese pueblo convencido de que no hay nada de lo que he dicho es un suicidio. Ellos están allí, esperando, agazapados en alguna parte. Si nos sorprenden estamos perdidos, porque la sorpresa y el terror le paralizan a uno y ellos poseen una fuerza salvaje y destructora como no puede imaginar. Si ha de continuar creyendo que todo es un delirio de esquizofrénico, quédese aquí.

—Iré con ustedes, señor Banon. Tendré cuidado si eso ha de tranquilizarle.

Desde donde estaba sentada, Jenny murmuró:

—Quien no debería ir eres tú, Mils. Ya has sufrido bastante con este asunto.

—Ya te dije las razones por las que quiero destruir a esos seres, sean lo que sean.

Woodward soltó un gruñido:

—Estamos perdiendo mucho tiempo. Hable usted, doctor, y luego saldremos.

El médico paseó la mirada de sus ojos miopes en torno, sobre todos ellos.

—Antes he dicho que no creo en esos muertos vivientes, aparte de por razones científicas, porque como médico sé que un cuerpo muerto se descompone y nunca puede volver a regenerarse.

—Pero usted realizó un experimento con ellos, según me ha dicho…

Se volvió hacia Woodward.

—No fue un experimento realmente, hice una simple prueba para tratar de conservar el mayor tiempo posible los cadáveres sin necesidad de embalsamarlos. No resultó. Al cuarto día ya mostraban signos de descomposición, así que autoricé su inhumación sin más dilaciones.

—¿No debieran haberse empezado a descomponer antes?

—En su estado, desde luego, y más contando con el húmedo bochorno de aquellos días.

—Si es así, ya consiguió usted algo.

—No lo que yo pretendía. En los medios rurales, conservar un cadáver más allá de veinticuatro horas es un problema, porque no existen instalaciones adecuadas. He ahí mi interés por hallar una fórmula que lo hiciera posible sin un gran costo ni excesivos problemas.

—Aún no ha dicho en qué consistió su prueba, o experimento, o como infiernos quiera usted llamarlo.

Mils empezaba a sentir los nervios tensos.

—Es un principio sencillo y ya experimentado sin éxito. La única diferencia de lo hecho hasta ahora y lo que yo probé reside en la fórmula, en el sustituto de la sangre.

Mils se estremeció.

—No comprendo eso…

—La sangre es lo primero que se corrompe, que se descompone.

Si vaciamos un cadáver de toda su sangre, hasta la última gota, y la sustituimos por un compuesto químico de parecidas características al plasma humano, pero incorruptible, estabilizado con una resina líquida, transparente y neutra, teóricamente el proceso de corrupción del cuerpo debería por lo menos retrasarse.

—¿Y eso es lo que usted hizo?

—Ni más ni menos. «Vacié» de sangre los cadáveres y me limité a inyectarles mi fórmula. Tengo anotados todos los datos de mis observaciones durante aquellos días. El primer día los cuerpos no mostraron signo alguno de deterioro. El segundo seguían igual, sin rigidez aparente y sólo habían adquirido un color más blanco de lo que cabía esperar.

—¿Y luego, los otros días?

—El tercero empecé a tener cierta esperanza de éxito. No había el menor síntoma de descomposición. Parecía como si acabaran de fallecer en aquellos momentos.

—¿Y el cuarto?

—El cuarto fue mi desengaño profesional. Estaban rígidos. La rigidez característica de la muerte. Firmé la autorización para que pudieran ser enterrados y me dediqué a estudiar una modificación de la fórmula. Hasta ahora no he adelantado mucho, en parte debido al intenso trabajo. Apenas me queda tiempo.

—Usted dice que al cuarto día habían adquirido la rigidez de la muerte. Pero no había señales de corrupción.

—Bueno, supongo que mi fórmula lo había impedido hasta entonces.

—Doctor, no sé qué infierno desencadenó usted, pero por mi parte estoy dispuesto a apostar que su experimento convirtió a los cadáveres en monstruos… sedientos de sangre.

—No diga barbaridades, amigo mío. Los muertos no pueden volver a la vida. No pueden resucitar. En ningún caso.

Woodward gruñó:

—Dejen eso, no nos llevará a ninguna parte discutir lo que cada uno piensa. En ese pueblo maldito hay asesinos salvajes y brutales, y de eso yo he visto la prueba. Sean lo que sean, primordialmente son eso: asesinos bestiales y en consecuencia hay que exterminarlos. ¿Estamos de acuerdo?

Asintieron en silencio. El policía suspiró.

—Entonces, estamos perdiendo el tiempo.

Jenny palideció cuando Mils se volvió hacia ella.

—Mils, ten mucho cuidado. Tienes que volver aquí… tienes que volver a mí.

—Si algo me sucediera… Espera, no me interrumpas. Si no regresara márchate y trata de pensar que todo ha sido un sueño que hemos vivido tú y yo. Un sueño que se habría desvanecido en el aire, nada más.

—No, Mils…

El policía empujó al médico hacia la puerta. Salieron y esperaron fuera hasta que Banon salió al pasillo y cerró la puerta con el rostro crispado.

—Vámonos —gruñó.

Viajaron los tres en el veloz convertible de Mils. Éste pensaba, mientras se internaban en los bosques, si también regresarían los tres juntos… y vivos.

* * *

Mils paró en la esquina de North Street. La sensación de ese pueblo vacío, muerto, sin una luz, era escalofriante.

Los edificios destacaban sombríos contra el gris del cielo, donde las nubes ocultaban el resplandor de la luna como si jugaran al escondite.

Las manchas más oscuras aún de los jardines, de una vegetación caótica por el abandono, sobrecogían el ánimo al imaginar que el mal podía estar agazapado en cualquiera de aquellos rincones en tinieblas.

Woodward gruñó:

—Usted conoce el pueblo, Banon. ¿Por dónde empezamos?

—No tengo idea. Sé dónde están algunos de los establecimientos, y donde yo viví, y donde… donde Merry Lou fue muerta. Pero ellos pueden estar en cualquier parte. Habría que idear un medio, un método para iniciar la búsqueda.

—Pienso si no sería mejor dejarles la iniciativa.

—¿Qué?

—Hacer que supieran que estamos aquí.

—¿Cómo, empiezo a tocar el claxon?

—Eso quizá les haría recelar. Demasiado ruido. Pero la luz en algunas de las casa, si la ven, tal vez les atraiga.

Saltaron del coche. Mils señaló las puertas cerradas del bar de Harley.

—Esa cristalera, si se encienden las luces, debe verse a gran distancia. Suponiendo que no hayan cortado la luz.

Se aproximaron al enorme ventanal. El interior era un lago de sombras.

Woodward examinó el cierre de la puerta. Diez minutos más tarde lo había roto y la puerta estaba abierta.

—Espero que nadie venga a acusarme de robo con fractura. Veamos si todavía queda luz.

Entraron extrañamente sobrecogidos por la impresión de soledad, de abandono absoluto. Cuando localizaron los interruptores, las luces del local se encendieron todas a la vez.

Mils miró en torno, recordando. Empezó a temblar y hubo de apoyarse en una mesa.

El policía murmuró:

—¿Es aquí dónde la conoció, Banon?

—Sí.

—Bien, cálmese. Hay tiempo.

El médico rezongó:

—Aquí solía desayunar en aquellos días. Era el mejor establecimiento de todo el pueblo.

Ahora estaba lleno de polvo. Las sillas, sobre las mesas, formaban pequeñas pirámides sin sentido.

—Me pregunto qué haría Harley al final —dijo Mils de pronto—. Ojalá se marchara a tiempo.

—Hay que salir de aquí —decidió Woodward—. La luz les atraerá si la descubren, pero nosotros debemos estar fuera de su alcance. Por lo que usted cuenta, lo peor es la sorpresa, o que le atrapen a uno antes de que pueda actuar y defenderse.

—Así es exactamente.

—Bueno, estaremos más seguros ocultos al otro lado de la calle.

Los dos se fueron hacia la puerta. Allí se volvieron.

El médico estaba parado en el centro del salón, mirando en torno intrigado.

—¿Doctor?

—Un momento…

Se dirigió al rincón más alejado y oscuro. Después atisbo detrás

del mostrador y al fin se coló por la puerta que comunicaba con la cocina y las dependencias interiores.

Woodward rezongó:

—¿Qué demonios…?

Vieron encenderse las luces allí dentro. Y luego, seco, perentorio, un grito:

—¡Vengan aquí, teniente!

Echaron a correr y saltando por encima del mostrador se precipitaron por aquella puerta.

El médico estaba parado junto a la larga mesa de madera sobre la que Harley debía preparar sus guisados.

Ahora, sobre ella quedaban los despojos del cadáver de un hombre despedazado. Despedía un hedor denso, los residuos de lo que ya eran el final de la descomposición.

—Me pareció captar ese hedor desde allá fuera —explico el médico con voz aguda.

Woodward apoyó la mano sobre el hombro de Mils y murmuró:

—¿Cree que se trata del dueño del bar, ese Harley amigo suyo?

—Pudiera ser… no sé. Es imposible identificarlo tal como está.

El policía apretó los dedos en el hombro del pintor, en un intento de infundirle confianza, o quizá de solidaridad con su dolor.

Y con su miedo tal vez.

Porque ahora Woodward tenía miedo. Ahora veía lo que podía esperarse de lo que fuere que permanecía oculto en ese pueblo siniestro envuelto por las tinieblas del mal.

Salieron fuera, a la calle, donde el aire fresco arrastraba girones de niebla hacia la ladera de las colinas.

Sin una palabra, Mils abrió el portaequipajes del coche y empuñó la escopeta. Sorprendido, vio otra de dos cañones y se volvió. El policía dijo:

—Pensé en lo que usted contó sobre el disparo que hizo con un revólver y… Bueno, la compré esta tarde. Imagino que una carga de ese calibre podrá detenerlos por lo menos.

Se entretuvo en introducir los cartuchos en los cañones, antes de llenarse los bolsillos, al igual que Mils.

Tras ellos, el médico rezongó:

—Opino que los asesinos son locos, sádicos, sanguinarios quizá fanáticos de alguna extraña secta. Pero ustedes parecen dispuestos a

cazar elefantes con esta clase de armas.

Mils se revolvió, enfurecido. La mano dura y segura del policía la retuvo y fue Woodward quien replicó:

—Le agradeceré que hasta el momento de poder opinar con conocimiento de causa, doctor, se abstenga de sus ingeniosos comentarios. Ahora ya ha visto lo que dejan tras de sí esos fanáticos de que habla, así que por lo menos reconózcame la capacidad profesional suficiente para decidir cómo he de cazarlos. ¿De acuerdo?

—Perfecto, teniente. Y disculpen si mi temperamento escéptico ha hecho que me excediera.

—No se hable más de eso. Ahora habría que encender las luces de algunas casas más alrededor y luego buscar un lugar desde el que podamos observar lo que pasa.

—Ésa debería bastar, hace días que no cazan a nadie. Tienen que salir —rechinó Mils entre dientes—. ¡Malditos sean, tienen que salir a buscarnos!

—Cálmese. No servirá usted de mucho si pierde la cabeza.

Fue el médico quien señaló la otra acera.

—Allí hay un jardín y la baila está derribada. Y tan oscuro que dudo que nadie pueda vernos, en cambio nosotros dominaremos las dos calles y el bar.

—Tiene razón.

Se ocultaron detrás del cuidado seto. Al otro lado de la calle, la luz del ventanal se desparramaba por la acera y brillaba como la pupila de un cíclope en la negra noche.

Se dispusieron a esperar.

Capítulo XX

MEDIA hora más tarde el médico refunfuñó:

—Se me ocurre que todo esto es una pérdida de tiempo.

—¿Y qué sugiere?

—No sé, quizá venir de día y registrar casa por casa.

Woodward replicó:

—Se necesitaría un batallón de policías para hacer eso, y vigilar las salidas para que nadie pudiera escabullirse. Sin embargo…

—¿Si, Woodward?

—Esos Fielder, Banon, ¿sabe usted dónde vivían?

—Claro.

—Pensaba que tal vez, muertos o no, buscasen cobijo en su hogar.

Mils dio un respingo.

—¡Maldita sea, teniente, nadie pensó en eso!

—Vamos a verlo. Comprobarlo cuesta poco.

Se levantaron de un salto. El médico no se movió y se quedaron mirándole, impacientes.

El doctor Hazel dijo:

—Me parece a mí que queremos hacer demasiadas cosas a la vez y todas mal. La luz está aquí. La trampa está tendida al otro lado de la calle. Si ahora nos vamos y esos carniceros vienen, ¿qué?

—No podemos dividirnos.

Mils gruñó:

—Ir a esa casa, recorrerla y volver no nos llevará más de media hora, Woodward. A menos que estén allí…

El policía asintió.

—Vamos, doctor.

—Vayan ustedes, teniente. Yo me quedaré oculto aquí por si alguien aparece.

Mils barbotó:

—¿Está loco o qué pasa con usted?

—No me descubrirá aunque venga un regimiento. Pero por lo menos alguien vigilará esa luz.

Woodward masculló, disgustado:

—Me resisto a dejarle aquí, solo, doctor.

—Usted no tiene ninguna responsabilidad sobre mí. Por la cuenta que me tiene, no dejaré que me descubran, así que no se preocupe. Sólo dense prisa, eso es todo.

—Está bien, pero guarde eso por si ocurre algo.

El doctor empuñó el pesado revólver del policía. Sonrió en la oscuridad y comentó:

—No creo que sea capaz de acertarle a un elefante a tres pasos… pero le prometo que si sucede cualquier cosa dispararé sólo para que ustedes lo oigan.

Aún titubearon unos instantes. Luego, inquietos, se hundieron en las tinieblas.

* * *

—Ésta es la casa, teniente.

Se internaron en el jardín. Mils deslizó el dedo en el gatillo y murmuró:

—¿Qué hacemos si están aquí, disparar sin más?

—Si son lo que usted asegura, ya puede jurar que les volaré la cabeza antes de que den un solo paso. Pero sino intentaré que se entreguen.

—Bueno…

En el porche, Mils vio en la oscuridad una bicicleta y otros juguetes, casi sepultados por los montones de hojas secas que el viento había arremolinado hasta allí.

Las ventanas tenían algunos cristales rotos. Una cortina movida por el aire les hizo dar un brinco y volverse velozmente hacia una ventana.

—Veamos la puerta —rezongó Woodward.

La empujaron y se abrió sin dificultad. Cambiaron una mirada recelosa.

—Quizá también haya luz…

El policía entró primero con los dos cañones de la escopeta moviéndose ante él, con los ojos de la muerte.

Dio vuelta a la llave de la luz. No sucedió nada.

—Aquí la cortaron —dijo—, ¿Tiene usted cerillas?

—Sí, y usted también. Le he visto fumar.

—No voy a soltar la escopeta. Encienda usted una y yo vigilaré.

Mils gruñó:

—Por lo menos no soy yo solo quien está cagado de miedo.

Se colgó el rifle al hombro y encendió una cerilla. Polvo, algunas sillas derribadas, abandono y suciedad fue lo único que descubrieron en el primer instante.

La cerilla se apagó. Woodward dijo:

—Encienda otra, me parece que he visto un candelabro de adorno en ese aparador, ahí delante.

La lucecilla alumbró dos candelabros decorativos, de rica cerámica. Sostenían tres velas cada uno. Velas que jamás habían sido encendidas y a las que Mils aplicó la llama de la cerilla, y una luz vacilante les envolvió.

—Bien, eso es otra cosa. ¿Por dónde empezamos?

—Por esta planta… después iremos arriba.

Recorrieron las estancias de la planta baja. Excepto polvo y suciedad no encontraron otra cosa, hasta que Woodward se detuvo detrás del voladizo de la escalera.

—¡Mire, Banon!

A la luz de las velas Mils vio las huellas en el polvo. Eran huellas de pies, aunque largas, como…

—Quien fue que las dejó, arrastraba los pies —gruñó Woodward, tenso—. ¿Qué opina?

Mils sólo emitió un gruñido. Temió que la voz le gastara una mala pasada.

—Arriba —dijo el policía.

Subieron cautelosamente las escaleras.

Vieron habitaciones con indudable carácter infantil, cuartos de baño, roperos y otras habitaciones igualmente desiertas.

En una de ellas, el policía señaló los cajones abiertos de una cómoda.

En el interior, las ropas casi habían sido arrojadas fuera del cajón. Había un fajo de billetes y se quedó mirándolos absorto.

—Alguien estuvo revolviendo aquí pero no se llevó este montón de dinero: cada vez me gusta menos todo esto, Banon.

—«Ellos» no necesitan dinero.

—Ni ropas por lo que usted ha contado. Entonces, ¿qué buscaban?

—Cualquiera sabe.

—En cambio aquí hay un joyero y está vacío.

—Volvamos abajo. Esas huellas detrás de las escaleras tienen que significar algo.

Woodward dijo, siguiéndole:

—Seguro que alguien arrastró los pies antes de subir.

—¿Y por qué no las dejó aquí arriba? Hay polvo más que suficiente digo yo.

—¡Cristo! Ahora ha dicho algo…

Casi saltó los peldaños escaleras abajo.

Los rastros en el polvo estaban allí, claros y nítidos. Woodward levantó el candelabro por encima de su cabeza y lanzó una exclamación de estupor.

—¡Una puerta disimulada, la puerta de un sótano!

La abrió de un puntapié. Estaba cada vez más tenso, furioso y asustado, y ese mismo miedo se volvía contra él como un reproche.

Alumbró una escalera que se hundía en la tierra, pero retrocedió jadeando.

Una vaharada de horrible pestilencia subía de la oscuridad, densa, nauseabunda.

—¡Ahí está! —barbotó—. Ese hedor, Mils.

—Vamos por ellos. ¡Malditos sean!

—Espere un minuto. Se necesitan dos manos para disparar estas armas. ¿Cómo nos alumbramos entonces?

—Deje usted, el candelabro aquí arriba. Usted seguro que es mejor que yo disparando tiros, así que ocúpese de eso.

—Bien, pero intente respirar lo menos posible. Esto le mata a uno…

Se hundieron escaleras abajo, peldaño a peldaño, conteniendo el aliento porque era casi imposible inhalar aquella horrenda pestilencia.

El sótano era una nave casi del tamaño de la casa. Había una gran caldera para la calefacción, una mesa de trabajo, trastos inservibles… y el montón de cuerpos putrefactos.

Un par de grandes ratas salieron buscando un escondrijo asustadas por la luz.

Las ratas fue lo único que se movió.

Mils desvió la mirada del amontonamiento de cadáveres despedazados. Sentía que podía desmayarse en cualquier instante.

Woodward, a pesar de estar más habituado que él a los cadáveres, sentía que le temblaban las piernas y el estómago le golpeaba en la garganta. No obstante, se forzó a mirar, a estructurar aquel espeluznante revoltijo.

Finalmente se volvió.

—Salgamos de aquí.

Ninguno respiró de nuevo hasta llegar al porche. El aire fresco de la noche les devolvió a la vida.

—Bien, por lo menos sabemos que estuvieron aquí por algún tiempo. Y ahora podemos deducir que han ocupado el sótano de cualquiera de las otras casas del pueblo.

Mils balbuceó:

—¿Cuántos cree que…?

—Por lo menos diez adultos y un bebé. De algunos de ellos no quedaban más que los huesos, pero otros… ¡Dios!

Dando media vuelta se apoyó en la pared y vomitó.

Mils se sentó en los escalones. Encendió un par de cigarrillos y el humo le supo a estiércol.

Cuando el policía fue a sentarse a su lado le ofreció el otro cigarrillo.

—Por eso no quise mirar, teniente.

Éste aspiró el humo hasta el fondo de sus pulmones. Durante unos instantes ninguno de los dos pronunció una palabra.

Después dijo desalentado:

—Usted y yo solos no podemos registrar casa por casa, ni todos los sótanos del pueblo. Hay que obligarles a salir o nunca daremos con ellos.

—¿Qué supone usted que les convirtió en monstruos sedientos de sangre, Woodward, la pócima del doctor Hazel?

—No lo sé, quizá. Él dijo que era una fórmula química semejante al plasma humano. Sangre artificial a mi modo de entenderlo, y si fue así tal vez ese líquido tenga la facultad de reactivar el corazón. ¿Cómo infiernos puedo saberlo?

Fumaron en silencio. De repente, Mils arrojó el cigarrillo y barbotó:

—Si fue eso lo que pasó, Woodward, a ese aprendiz de brujo le haré tragar su propia medicina.

Antes de que el policía pudiera replicar, lejos, sonó el bronco estampido de un disparo y los dos dieron un brinco. Echaron a correr desesperadamente…

Capítulo XXI

AGAZAPADO en la oscuridad, el doctor Hazel se había aburrido soberanamente después de quedar solo.

Por supuesto que él no creía nada en absoluto de lo que el policía le había contado. Los muertos jamás pueden volver a la vida. Nunca.

Estaría bueno.

Ni que creyera en milagros, y aún así un milagro tampoco explicaría la razón por la cual un resucitado se convertiría automáticamente en asesino sediento de sangre.

Sacudió la cabeza, casi divertido ante tamaños despropósitos. Quienquiera que hubiera cometido aquellos crímenes era alguien cuyo único misterio sería sin duda su cerebro tarado. Pensó que sería una lástima si cuando fuera descubierto le mataban en lugar de apresarlo, porque estudiar una demencia de esa naturaleza debería ser fascinante y aleccionador.

De pronto sus pensamientos dejaron de fluir al ponerse rígido. ¿Qué era lo que había oído?

¿Pasos? No estaba seguro.

En la calle, a su derecha.

Lo oyó de nuevo. Pasos torpes, como si quien fuere que se acercaba arrastrara los pies.

Ahí estaba. Ahora podría saber la verdad.

Esperó conteniendo el aliento. Había olvidado el revólver que tenía en el bolsillo y todos sus sentidos se centraban en escuchar el avance de aquellos pasos.

Cada vez estaban más cerca.

Y no eran los pasos de un hombre, sino de dos… ahora estaba seguro.

Se arrodilló con cautela intentando atisbar por encima del seto.

Los pasos se habían detenido. Intrigado, oyó un sonido extraño,

como gorgoteo de aguas profundas.

Justo entonces le pareció escuchar el lejano zumbido del motor de un coche procedente de la carretera por la que ellos habían venido. Más intrigado cada vez, escuchó, pero el arrastrar de pies borró todo otro motivo de atención.

¿Se alejaban?

Poco a poco se irguió para ampliar su radio de visión.

Así fue cómo los vio.

Eran un hombre y una mujer totalmente desnudos, que atravesaban la calle rígidos, pausados, hacia la luz.

Atónito, primero creyó que eran una pareja de drogadictos entregados a algunos de sus delirios.

Luego, cuando llegaron al otro lado y la luz les inundó, Hazel empezó a dudar. Un escalofrío le sacudió de arriba abajo, producido por un oscuro terror al que se negaba a admitir.

Veía los cuerpos rígidos parados allí, quietos delante del iluminado ventanal, y podía ver que la piel de sus cuerpos semejaba pergamino viejo. No era blanca como le habían dicho, sino amarillenta.

Tal vez fuera por efecto de la luz y la distancia… nunca había visto una piel semejante en toda su larga experiencia.

Excepto en cadáveres.

Como algo ajeno y confuso, oyó de nuevo el zumbido de un motor. Después de todo, ese pueblo no parecía tan muerto como le dijeran.

Atravesó el seto. Quería ver de más cerca la naturaleza del hombre y la mujer. Por primera vez recordó el revólver. Tal vez debiera dispararlo para llamar al policía y a Banon, pero entonces aquellos dos se asustarían y escaparían antes de que pudieran atraparlos…

Los vio caminar de aquella manera torpe hacia la puerta abierta del bar. Allí volvieron a detenerse. Hazel atravesó la calle silenciosamente y al llegar a la acera se detuvo.

Ahora sí. Ahora veía la piel y era semejante a pergamino, amarillenta, rígida y sucia y cuarteada.

Insensiblemente, llevó la mano al bolsillo donde el revólver le pesaba como el plomo.

No obstante aún no lo empuñó. Los vio penetrar en el bar y se

fue tras ellos, mucho más interesado en su curiosidad científica que asustado.

Ellos le descubrieron tan pronto cruzó el umbral. La mujer se había quedado al lado de la puerta y el hombre cerca del mostrador.

El médico sintió que sus piernas flaqueaban, porque hasta ese momento no les había visto la cara a ninguno de los dos.

Y allí estaban.

¡Los cadáveres!

Él los conocía muy bien. Durante días estuvo observándolos cada mañana…

Sintió el mazazo del pánico. El espanto ante lo imposible. El hombre, sus ojos muertos fijos en él, empezó a moverse.

Hazel balbuceó algo incomprensible y forcejeó para sacar el revólver.

La mujer dio un paso y le golpeó. Su brazo giró como un rígido palo y el golpe le cazó en un lado de la cara. Los huesos del pómulo se le astillaron con un crujido y el médico rebotó contra la pared y cayó emitiendo un largo quejido.

El revólver escapó de sus manos, se deslizó por el suelo y fue a parar a la acera.

El dolor terrible del hueso roto le aturdía. Intentó gritar, decir todo lo que se agolpaba en su aturdido cerebro.

Logró incorporarse sobre un codo, con todo girando a su alrededor. El hombre le agarró por los cabellos y estrelló la cabeza contra el suelo. El doctor Hazel ni siquiera gritó.

Notó que le zarandeaban, que arrancaban las ropas a tirones, desgarrándolas.

Una lechosa oscuridad le envolvía y la cabeza parecía que iba a estallarle, tanto era el dolor.

Pero ese dolor resultó una caricia cuando la mujer le hundió los dientes en el cuello. Desorbitó los ojos y aún vio al hombre que se arrodillaba de modo torpe. Sus articulaciones apenas se doblaban…

La mujer sacudió la cabeza, con los dientes hundidos en la carne. Hazel emitió un rugido, un sonido brutal. Luego, su garganta se desgarró y la sangre saltó a borbotones inundando la boca de la mujer, su cara y sus pechos.

El hombre clavó los dientes en el costado, sacudiendo la cabeza

de un lado a otro hasta desgarrar la carne y conseguir que la sangre brotara, roja, caliente…

En la calle las ruedas de un coche chirriaron al frenar violentamente. Una portezuela golpeó al cerrarse y pasos rápidos sonaron sobre el asfalto.

Los monstruos no cesaron en su macabra tarea. La sangre era un torrente rojo y cálido en el que saciarse.

Fuera, Jenny vio el revólver en el suelo y lo recogió, inquieta.

—¡Mils! —llamó—. ¡Mils!

Oyó el extraño gorgoteo allí dentro, un sonido blando, de succión.

Se asomó a la puerta.

Dio un grito y saltó hacia atrás como si la hubieran golpeado.

De las tinieblas surgió una mano agarrotada, rígida, que se cerró sobre su hombro hincándole las uñas casi hasta el hueso.

Enloquecida, Jenny se volvió. Instintivamente apretó el gatillo del revólver y el empuje del proyectil tiró hacia atrás al hombre desnudo.

Ése fue el disparo que oyeron Mils y el teniente.

Capítulo XXII

VIERON la luz derramándose sobre la acera y en los primeros instantes ni siquiera descubrieron el coche parado al lado del convertible de Mils.

Una sombra se movía dentro del bar, eso sí lo vieron. Llegaron jadeando y con tanto ímpetu que Woodward casi se estrelló contra el portal.

Dentro, el hombre desnudo pugnaba por levantarse. Su cara rígida chorreaba sangre.

La mujer continuaba adherida a la desgarrada garganta del cadáver del doctor Hazel.

Mils dejó escapar un quejido.

Woodward chilló:

—¡¡MUERTOS VIVIENTES!!

Levantó la escopeta apuntando al hombre que al fin había logrado incorporarse.

—Usted tenía razón, Banon… ¡Dios!

Tiró de los gatillos casi simultáneamente. De los dos cañones gemelos brotaron lenguas de fuego y un huracán de plomo se abatió contra el pecho y la cabeza del monstruo.

Le vieron volar hacia atrás con la mitad del cuerpo destrozado, golpear contra una mesa y derribarla con estrépito.

Las sillas saltaron en todas direcciones y el hombre cayó con un impacto sordo, rígido.

Ya no se movió.

Le faltaba casi toda la cabeza.

La mujer levantó la cara. Era una visión horrenda, una pesadilla, con los labios retraídos dejando al descubierto los dientes que goteaban sangre.

—¡Dispare, Banon, dispare!

Él buscaba nuevos cartuchos en los bolsillos.

Mils bajó el cañón del rifle. Ni siquiera apuntó. Tiró del gatillo y el tremendo cartucho vomitó fuego y llamas por el cañón, y una tremenda rociada de grandes postas pulverizó los pechos de la mujer lanzándola más allá del cuerpo muerto y sangrante de Hazel.

Instintivamente, Mils movió el mecanismo de carga y de nuevo tiró del gatillo. La tempestad de plomo casi arrancó de cuajo la cabeza de la mujer.

Woodward estaba lívido. Había cargado otra vez la escopeta y parecía haber perdido la facultad de hablar.

Mils balbuceó:

—Éstos ya no… no matarán a nadie más…

Se miraron espantados, lívidos.

En alguna parte de las sombrías tinieblas que amortajaban el pueblo sonó el estampido de un revólver y ambos pegaron un salto hacia la puerta.

—¿Quién demonios…?

Mils vio el coche azul parado en la calle. Lanzó un grito agónico y por poco no se desmayó.

Woodward lo descubrió también. Se volvió hacia Mils y éste gimió entre dientes:

—¡Jenny, es el auto de Jenny!

—¡Oh, no…!

—Y quedan dos de esos monstruos… los que mataron a Merry Lou.

—¿Hacia dónde sonó el disparo, se ha dado cuenta?

—No.

—¡Cristo, que dispare otra vez! Vamos, muchacha, dispara, dispara…

La voz de Woodward se ahogó con una especie de balido.

La noche era una masa de silencio.

Enloquecido, Mils rugió:

—¡JENNYYY!

Su voz rebotó contra la oscuridad, se pegó a la bruma y murió en el silencio.

Levantó el cañón y disparó al aire. El tremendo estampido se multiplicó una y otra vez, retumbando, alejándose, extinguiéndose.

Mils sollozó:

—¿Por qué, por qué, maldita sea?

—Nadie es capaz de adivinar lo que hará una mujer. Vamos, no puede estar muy lejos.

—¿A dónde vamos a buscarla?, tiene todo el pueblo para ocultarse, para llevársela y… y…

—¡Basta, Banon! Sé cómo se siente, pero no podemos perder la cabeza ahora.

Se lanzaron hacia las tinieblas. Sólo podían confiar en la suerte.

* * *

Agazapada junto a un seto, Jenny sujetaba el revólver con las dos manos. El terror la ahogaba y sentía la angustia desgarrarle el alma, porque en sus retinas seguía fija la escena que sorprendiera en el bar.

Y aquel sonido de náusea resonaba en su cerebro como un eco siniestro. Los había visto, había visto los muertos vivientes de que Mils hablara sin que nadie le creyera.

Y luego la garra en su hombro, por el que se deslizaba la sangre que brotaba de las profundas desgarraduras. Pero apenas si notaba el dolor, porque el pánico era cuanto podía sentir.

Oía los pasos torpes, pero obstinados que la buscaban. Aún no sabía bien cómo había huido después del disparo. El hombre no había caído, no obstante. La bala no le había matado y ella había corrido enloquecida, a trompicones, torpemente a causa de la falda y los tacones.

Ahora ya no llevaba los zapatos. Los había tirado después de que estuvieran a punto de atraparla de nuevo al doblar una esquina. Ella no conocía el pueblo, y extraviada, había vuelto casi sobre sus propios pasos. Había vuelto a disparar sabiendo que era inútil y ahora esperaba, conteniendo el aliento, el corazón golpeándola como un martillo contra las costillas.

Había oído los lejanos estampidos, broncos y potentes, y luego otro aislado y detrás la voz desesperada de Mils.

Pero si respondía ellos la atraparían, porque sus movimientos sonaban próximos, en el otro jardín oscuro en el que crujían las ramas y la hojarasca.

Estaban allí mismo.

Si se alejaran, si desistieran de buscarla…

Silenciosamente, en lo más profundo de su alma, llamaba a Mils con la desesperación mortal de su impotencia. Le llamaba sin voz,

con llanto…

Bruscamente, el seto se abrió y un cuerpo rígido pugnó por atravesarlo entre el seco ramaje.

Jenny lanzó un alarido. Echó a correr hacia la calle y sujetando el revólver con las dos manos disparó ante ella, al aire.

Pasó la acera sin notar siquiera la gravilla que le dañaba los pies.

Casi se estrelló contra la mujer desnuda, que tendió las zarpas, cuyas uñas como puñales le desgarraron la ropa y la piel del brazo antes que ella pudiera saltar a un lado y huir nuevamente.

Al atravesar la calle, enloquecida, sus pies se enredaron en una rama seca y cayó. Rodó dando tumbos, con la mortal angustia del pánico azotándola.

No supo dónde golpeaba, pero la cabeza pareció estallarle en medio de un breve centelleo de luces. Aturdida, gateó por el suelo, subió a la acera y entonces las zarpas la atraparon por los tobillos y se sintió arrastrada hacia atrás.

Ladeó la cabeza. La mujer la sujetaba con una fuerza aterradora, y el hombre atravesaba la calle con pasos lentos y tan rígido como una tabla.

Jenny creyó morir. Ni la voz acudió a su desesperada llamada cuando intentó aullar todo el horror y el espanto que la sacudían desde lo más hondo de su ser.

Aún intentó librarse con salvajes tirones, pero las zarpas eran tan duras como argollas de hierro.

El hombre llegó al borde de la acera. Sus labios se retrajeron en una mueca demencial y Jenny vio sus dientes negruzcos. Evocó la visión del doctor Hazle con la garganta desgarrada, y la boca succionándole la sangre y la vida a borbotones…

Cuando el monstruo empezó a inclinarse con torpeza, la muchacha emitió un último grito y se desmayó.

Mils y el teniente doblaron la esquina como gamos. Primero sólo vieron al hombre, y Woodward levantó la escopeta, pero Mils aulló:

—¡No dispare, Jenny está allí!

Siguieron corriendo para detenerse a pocos pasos de aquellos seres sin nombre, sin vida, sin alma.

La mujer continuaba aferrada a los tobillos de Jenny y tenía la cara vuelta hacia ellos. Sus ojos muertos no expresaban nada, pero

sus labios contraídos dejaban los dientes al descubierto en una mueca feroz, como un perro rabioso.

El hombre se irguió. Sus movimientos eran torpes y rígidos.

Woodward jadeó:

—¡Vamos, hijo de perra, apártate de ella, apártate para que pueda mandarte al infierno!

—No podemos disparar a menos que…

Paso a paso, Mils se acercó al grupo. Woodward sintió un nudo en la garganta cuando le vio acercarse a la mujer desnuda de cuyas fauces brotaba un sonido espeluznante, como si sus entrañas fueran un pozo de aguas turbias que gorgotearan sin cesar.

El hombre comenzó a moverse entonces, pero no para apartarse de Jenny, sino para salir al encuentro de Mils.

El policía gruñó:

—¡Cuidado, ahí viene, Banon!

Éste volteó la escopeta y estrelló el cañón en un lado de la cabeza de la mujer desnuda.

El golpe la tiró de costado y él vio que le había hundido el parietal. Los dedos como garfios soltaron los tobillos de Jenny, pero la mujer gateó intentando levantarse.

El hombre casi llegaba hasta él. Mils rechinó los dientes y apretó el gatillo. El alud, de fuego y grandes postas, decapitó a la mujer antes de que pudiera incorporarse y la tiró cinco metros más allá.

Ya no se movió.

El hombre tendió la zarpa y Mils sintió el desgarrón en su hombro. Se volvió enloquecido y en aquel instante el policía saltó y, con la culata de la escopeta, golpeó al monstruo y lo tiró de espaldas lejos del cuerpo de Jenny y de su otra presa.

Mils accionó el mecanismo automático y apretó el gatillo. El huracán atrapó al hombre desnudo cuando se incorporaba. Pareció igual que si estallara una bomba y su pecho se desintegró materialmente.

Siguió disparando una y otra vez, haciéndole pedazos, enloquecido hasta el delirio, chillando como un loco a cada nuevo estampido, a cada nuevo huracán de plomo.

Woodward no trató de detenerlo. No se movió, sobrecogido de espanto, pero dejándole a él esa postrera venganza a la que tenía derecho por todo el terror vivido, por toda la angustia sufrida, por

toda la demencia que le habían achacado. Por aquella otra muchacha devorada, por sus cabellos canos, por…

Los truenos horrísonos de la escopeta hicieron reaccionar a Jenny. Su agudo grito de espanto fue lo que detuvo a Mils de su loco comportamiento y sólo entonces vio conscientemente la piltrafa desgarrada que quedaba de lo que una vez fuera un hombre.

La escopeta se escapó de sus dedos y él se arrodilló ante la muchacha. Se abrazaron sollozando, estremecidos, convulsos por todo lo sucedido, por los abominables momentos vividos en la vorágine de demencia y de sangre.

Woodward recogió la escopeta y retrocediendo esperó luchando por calmarse, por dominar las náuseas, para recobrar él también la cordura que por unos momentos había perdido.

Después, mucho después, echaron a andar hacia los coches sin que ninguno de ellos pronunciara una palabra.

La luz del bar de Harley seguía desparramándose por la acera como un charco. Jenny balbuceó:

—Allí… los vi…

—Nosotros también —gruñó el policía—. No tema, están muertos, ahora están muertos.

Ella le miró. Sus bellos ojos azules seguían llenos de espanto ante el recuerdo.

—Pero el doctor… estaban…

—Olvídelo. No comprendo cómo le atraparon allí dentro, pero de cualquier modo olvídelo. Ya pasó.

Mils, con voz ronca, murmuró:

—No podemos dejarlo ahí, Woodward, como una carroña.

El teniente soltó un gruñido.

—Enviaré a los policías de Newport —dijo rechinando los dientes—. A esos héroes que abandonaron el pueblo aquella noche… para que se enfrenten con lo que quede. Tengo la esperanza de que cuando terminen el trabajo ellos también necesiten un siquiatra.

Mils le miró recto a la cara.

—Gracias por todo, Woodward.

—Por nada. Usted también debería olvidar. Y ahora, señorita, deme las llaves y yo llevaré su coche de regreso al hotel. Pero

déjeme decirle que su comportamiento fue una estupidez. Nunca debió venir.

Ella asintió.

Dijo:

—Estaba angustiada y sólo pensaba que Mils se encontraba aquí y que podía perderlo. No pude resistirlo y vine.

El teniente entró en el coche y puso el motor en marcha. Esperó que el convertible emprendiera el camino de la montaña y entonces él también condujo pegado a su cola.

Sumergidos en el bosque, con los conos de luz barriendo las sombras, Jenny se recostó contra él y susurró:

—¿Sabes? Me gustaría volver a la cabaña de la playa…

—Iremos otra vez, te lo prometo.

Cuando llegaron a la cumbre del monte, el alba despuntaba por encima del valle que dejaban atrás. Mils detuvo el coche obligando al teniente a frenar a su vez.

Tendieron la mirada por encima de los bosques, del valle, de la bruma que difuminaba el paisaje allá abajo, ocultando las casas, ocultando el mal.

Cuando reanudaron la marcha fue como si dejaran atrás definitivamente las pesadillas y el terror, la sangre y la muerte.

Ante ellos se abría, limpia y resplandeciente, la vida.

FIN